

CON FIGURA CIONES ES

Núm. 25

Octubre-diciembre de 2007

Rolando Cordera Campos	P resentación	3
David Ibarra	G obierno y poder en las empresas	5
Rafael A. Bielsa Hernán F. Gómez	D esagravio a nuestro populismo	20
Mauro Cerbino José Antonio Figueroa Julio Echeverría	E ntrevista con Bolívar Echeverría	37

PALABRA POR PALABRA

Renward García Medrano	C astígalos, Señor, no saben lo que escriben	51
------------------------	---	-----------

Leonardo Lomelí Vanegas **E**namorada **54**

Antonio Franco **D**esafíos de la migración **62**

Enrique Ochoa Reza **U**n tribunal internacional para Líbano **67**

María Luisa Barnés **L**a vaquilla, la España muerta de Berlanga **69**

Los socios de Elba Esther **73**

Libros recientes **75**

Víctor Manuel Villaseñor Andrade **E**ncuentro divino **78**

**CON
FIGURA
CION
ES**

Revista de Alternativa Ciudadana 21, Agrupación Política Nacional, de la Fundación Pereyra y del Instituto de Estudios para la Transición Democrática.

Director: Rolando Cordera Campos • *Subdirectora editorial:* Eugenia Huerta • *Redacción:* Oswaldo Barrera.

Consejo editorial: Antonella Attili • Bernardo Barranco • María Amparo Casar • José Carlos Castañeda • Luis Emilio Giménez-Cacho • Anamari Gomís • Blanca Heredia • Teresa Incháustegui • Marta Lamas • Julio López G. • Rafael López Castro • Rosa Elena Montes de Oca • Rafael Pérez Pascual • María Teresa Priego • Teresa Rojas • Nora Rabortnikof • Carlos Roces[†] • Jesús Rodríguez Zepeda • Luis Salazar • Gabriel Sánchez Díaz • Adolfo Sánchez Rebolledo • Carlos Tello Díaz • Raúl Trejo Delarbre.

Configuraciones. Revista trimestral, octubre-diciembre de 2007. Director y editor responsable: Rolando Cordera Campos. Número de certificado de reserva de derechos al uso exclusivo del título 04-2000-022917312900-102. Certificado de licitud de título (en trámite). Av. Universidad 1923, Privada de Chimalistac, Edif. E-2, Oxtopulco-Universidad, 04310 México, D.F. Impreso en Offset Reboacán, S.A. de C.V., Acueducto 115, 14370 México, D.F. Distribución: nosotros mismos.

Diseño original: Rafael López Castro • *Tipografía y formación:* Patricia Zepeda, en Redacta, S.A. de C.V.

ISSN 1405-8847

Los artículos son responsabilidad de los autores. Tiraje 1 000 ejemplares.

Presentación

Cuando este número de *Configuraciones* circule, las aguas en el sureste mexicano, en sentido literal, habrán encontrado cauce; sin embargo, pasada la emergencia es necesaria la etapa de verificación no sólo de los daños, sino una especie de deslinde de las responsabilidades políticas e institucionales para aclarar lo ocurrido.

La devastación de Tabasco no es una contingencia más; mucho menos la expresión “natural” de las fuerzas del cambio global. En todo caso, nos enfrenta con nuestras profundas fallas estructurales y con una debilidad política del Estado nacional que no se compadece con el tamaño de la economía o con las pretensiones de los gobernantes.

Pero no sólo los desastres naturales ocupan nuestra atención. México cierra 2007 con elecciones y la de Michoacán, con el triunfo del perredista Leonel Godoy, le permite al partido del sol azteca respirar. Tras los muchos descabros electorales registrados en el año, la elección de Michoacán se convierte en auténtico oxígeno, lo que, de alguna manera, repercutirá en el próximo cambio de dirección de ese instituto político. Habrá que estar atentos al proceso interno del PRD, porque ahí se juega mucho más que el cambio de estafeta.

Otro tema que ocupó la atención pública en los últimos meses fue la elección del nuevo rector en la Universidad Nacional Autónoma de México. El interés amplio que reclamó el relevo no sólo va más allá de la curiosidad por una institución que muchos piensan que simplemente renació de sus cenizas, o de la ociosidad del mundo mediático, sino que recoge una convicción profunda y una expectativa extensa en la educación superior como vía principal para la movilidad social. Ésta, la movilidad social hacia arriba, es algo que los últimos veinte años prácticamente desapareció del horizonte mexicano y, sin embargo, esta convicción que anida en vastas capas de la población urbana no se rinde ante la evidencia del momento. Es claro que ésta es una expectativa que la UNAM por sí misma no puede satisfacer, pero la sociedad sí y debe hacerlo pronto. No sobra decir que una de las condiciones primordiales para que esto ocurra es la existencia de una universidad pública vigorosa y orgullosa de sí misma, como ha vuelto a serlo la UNAM en estos años.

La reforma electoral con la que el Congreso de la Unión arrancó la reforma del Estado suscitó, desde su anuncio, dudas e inconformidades, de expertos y aspirantes, así como de defensores inesperados de un Consejo General del IFE cuyo accidentado origen le había restado credibilidad. Con la crisis político-electoral del año pasado, su falta de credibilidad subió de tono y lo que lo sostenía, como la confianza o el apoyo rezongón de dos de los tres partidos grandes, el PAN y el PRI, empezó a cruji.

La reforma del edificio electoral era algo que no sólo el PRD y sus aliados veían como deseable o de justicia. Para el conjunto del sistema político era una tarea nece-

saria y bienhechora desde el punto de vista de la reproducción del sistema y, en su momento, para abrir una brecha seria y consistente en pos de un entendimiento político significativo. Para sorpresa de muchos, esta necesidad y esta conveniencia no fueron asumidas por analistas destacados de nuestra política; lo peor fue que las grandes empresas de comunicación electrónica, del brazo de connotados dirigentes empresariales y coreados por algunas organizaciones patronales, se empeñaron en presentar la reforma como un atentado contra la democracia y sus órganos, así como contra la libertad de expresión, a cuya defensa convocaron haciendo uso de las concesiones públicas de que disfrutaban. De aquellas sorprendentes jornadas en los salones del Senado, en que comunicadores y representantes de esas empresas ofrecieron un espectáculo desconcertante de analfabetismo republicano, se pasó a cuestionar el sistema de partidos y al propio Congreso de la Unión, para terminar en una oleada de desprestigio del propio IFE cuyo Consejo General está a punto de ser renovado en forma escalonada.

Lo que a esta altura ha quedado claro es que los legisladores y sus partidos tomaron una decisión trascendental, congruente con el propósito de una reforma del Estado a fondo, al poner coto a la absurda canalización de dineros públicos a las grandes empresas mediáticas, empezando así a desandar el desdichado camino que los había convertido en tributarios solícitos y silentes de los medios y hecho de la política una actividad despojada de la autonomía y la dignidad mínimas que todo régimen democrático requiere. Tortuosos o no, los tiempos y los movimientos del Congreso mexicano nos han llevado por lo pronto a mejores embarcaderos para una política abierta y liberada de yugos inadmisibles. Dinero es poder, pero para ponerle dique e imponerle cauce es que también se inventó la democracia.

Cumplió ya un año el nuevo gobierno que surgió de un proceso que a nadie, o a muy pocos, dejó satisfecho, y seguimos perdidos en la inacabable (o inalcanzable) transición. Es urgente, parafraseando a Proust, recuperar el tiempo perdido porque de otra manera corremos el riesgo —presente— de acostumbrarnos a no estar en ninguna parte.

En este número, la oferta de *Configuraciones* es amplia y atractiva. David Ibarra, bien conocido por nuestros lectores, se refiere al cambio en el poder de las empresas; Hernán Gómez y Rafael Bielsa reflexionan en torno al populismo, y el filósofo Bolívar Echeverría, en interesante entrevista, aborda los temas centrales del cambio o los cambios actuales del mundo. Asimismo, mantenemos nuestras secciones Palabra por Palabra, asumida con entusiasmo por Renward García Medrano, e Interlínea, que ofrece cinco textos: “*Enamorada*”, de Leonardo Lomelí Vanegas; “Desafíos de la migración”, de Antonio Franco; “Un tribunal internacional para Líbano”, de Enrique Ochoa Reza; “*La Vaquilla*, la España muerta de Berlanga”, de María Luisa Barnés, y por último, una reseña de *Los socios de Elba Esther*, de Ricardo Raphael. Asimismo, la sección de Libros recientes y el texto literario, que en esta ocasión es de Víctor Manuel Villaseñor Andrade, joven narrador oriundo de Culiacán.

ROLANDO CORDERA CAMPOS
Director

Gobierno y poder en las empresas

David Ibarra*

Introducción

El mundo integrado por estados-nación está embarcado en una transición encaminada a formar una sociedad global. Los gobiernos pierden autonomía y capacidad de responder a las demandas de sus ciudadanos como resultado de las exigencias de la propia globalización. En esta situación, el nuevo orden internacional ha traído consigo una profunda transformación económica y política en múltiples vertientes todavía poco exploradas. Antes, la forma de producción resultaba inseparable de la organización social. Los conflictos ocasionaban forcejeos incesantes entre clases sociales y gobierno que desembocaban en equilibrios políticos móviles en el tiempo, a la larga garantes de una equidad distributiva aceptable y, por ende, de la paz social en cada nación.

Con la descentralización de la producción hacia los países periféricos —manifiesta en los déficit comerciales de las naciones industrializadas—, esas tensiones sociales básicas se trasladan al mundo sin que tengan los mismos contrapesos que operaban en el plano nacional. A los efectos polarizadores de la globalización mercantil no se opone una fuerza política importante, salvo el desarrollo incipiente de los derechos humanos, los magros avances hacia el sindicalismo universal o los débiles esfuerzos de los grupos globalifóbicos. A riesgo de generalizar en exceso, ahí se encuentra una de las causas principales de la pérdida de peso de los salarios en el producto mundial y del extravío del empleo pleno en las políticas macroeconómicas de los países.

Las relaciones dominantes en el mundo han transmutado la división internacional del trabajo. Ahora toman asiento de mando las redes financieras productivas e informáticas de las corporaciones transnacionales, a su vez dependientes de los grandes inversionistas institucionales del Primer Mundo. Tales hechos, magnificados por la erosión de las soberanías y de las capacidades de acción de los gobiernos, así como por la independencia ganada por los actores privados internacionales, tienen repercusiones directas en la alteración de la forma de gobierno de las empresas.

La globalización no sólo hizo superflua la dominación colonial al sustituirla con ventaja por la supresión de fronteras, lo que dio acceso competitivo a todos

* Economista.

los productores en todos los mercados, sino que tornó innecesarios, hasta cierto punto, los conflictos bélicos entre las naciones del Primer Mundo con el fin de asegurar o ganar zonas de influencia. También se ha alterado la vieja separación de funciones en la que las naciones desarrolladas retenían el monopolio industrial y del cambio tecnológico, dejando el suministro de materias primas al mundo periférico. Hoy, el reparto de tareas ha variado radicalmente: el Primer Mundo abandona las actividades manufactureras directas y de algunos servicios para centrar sus prelações en el sector financiero, en la formación de redes de empresas transnacionales y en el control de la innovación.

En efecto, la propiedad se divorcia casi por entero de la geografía, mientras se avivan procesos de oligopolización de la producción y del intercambio auspiciado por el sector financiero de las naciones del Primer Mundo. Las empresas transnacionales llevan a cabo no menos de dos tercios de las operaciones comerciales entre países y el comercio intrafirma de las mismas explica al menos un tercio de esas transacciones. De la misma manera, a fines de los años noventa, 75% de la inversión extranjera directa se destinó a alimentar los procesos de fusiones y adquisiciones, esto es, a la construcción del tejido y las interconexiones de las propias empresas transnacionales. Hoy día, la producción se ha hecho ubicua con ganancias en productividad y utilidades asentadas en el aprovechamiento de las diferencias en el precio de la mano de obra o de la dotación de recursos productivos de distintas localizaciones, pero los controles de la producción siguen estando en manos de las naciones dominantes.¹

La vanguardia de la fusión universal de mercados se concentra en la integración del poder financiero que aborda y cambia la jerarquía de mando entre los accionistas, los administradores y el personal de las empresas. Aquí, como en el caso del Consenso de Washington en materia de políticas macroeconómicas, el liderazgo de los países del Primer Mundo y en particular de Estados Unidos trata de universalizar conductas y controles que no siempre resultan congruentes con las instituciones y circunstancias históricas de otros países.

Sin duda, en términos macroeconómicos el desarrollo libre y fluido de las transacciones mercantiles transfronterizas necesita la supresión de inflaciones dispares entre los países, esto es, requiere el establecimiento de precios convergentes, casi universales, excepto en la mano de obra. De ahí que en el nuevo orden

¹ A título ilustrativo, obsérvese cómo en el breve periodo de 2000-2003 empresas extranjeras han construido alrededor de 60 000 plantas manufactureras en China, no sólo para abastecer al mercado de ese país sino también para exportar. Y del mismo modo se organizan servicios de informática, investigación y desarrollo en India, mientras la integración antes vertical de muchas empresas es sustituida por el suministro externo (*outsourcing*) de servicios y partes. El nuevo patrón de oferta de empresas y consorcios hace flexible la localización de la producción y también la porción del producto final a elaborar directamente, pero crea riesgos de interrupciones imprevisibles al dañarse algunos de los eslabones de las largas cadenas interdependientes. Véanse G. Ietto Gillies, *Transnational corporations and international production*, Londres, Edward Elgar Publishing, 2005; F. Sader, *Privatizing public enterprises and foreign investment in developing countries, 1988-1993*, Washington, Banco Mundial, 1995; UNCTAD, *World Investment Report*, Ginebra, varios números; S. Palmisano, "The globally integrated enterprise", *Foreign Affairs*, vol. 85, núm. 3, 2006, pp. 127-136.

económico internacional valgan más la estabilidad de precios, las finanzas públicas equilibradas y la libertad de comercio que el crecimiento, el empleo o el fortalecimiento de las bases productivas nacionales o mundiales.

Los paradigmas empresariales

De la misma manera, en el ámbito microeconómico del gobierno empresarial, las transacciones financieras necesitan paradigmas, reglas uniformes en materia de libertad de inversión, valuación de activos o empresas y reparto de utilidades que protejan esencialmente los intereses de los inversionistas y de los grandes intermediarios financieros. El paradigma dominante en Estados Unidos parte de la concepción ideológica que ve a la empresa no como un ente colectivo que ha de armonizar los intereses de todos los involucrados —sociedad, accionistas, administradores, financieros, empleados, clientes o proveedores—, sino como un conjunto de derechos de propiedad que sólo corresponde ejercer a los accionistas. Por eso, se sostiene que una firma bien manejada ha de estar al servicio exclusivo de sus accionistas y el criterio de éxito reside en la capacidad de sus administradores y consejeros para elevar el precio de las acciones en la bolsa (el llamado “shareholder value”).² Por eso, ahora vale más la integración de las redes transnacionales, la subida sistemática de las cotizaciones accionarias y la distribución de dividendos que la capitalización y la expansión sostenida de las empresas; valen las operaciones de compra, fusión o privatización de empresas más que la inversión productiva fresca; valen los intereses simbióticos de inversionistas institucionales, accionistas y administradores sobre los de los empleados, trabajadores, clientes y proveedores de las empresas.

En el ascenso del dominio financiero conviene examinar los cambios experimentados en la esfera mundial conducentes a materializar las prelaiones indicadas. De un lado, los mercados de capitales registran expansión y concentración de los acervos de ahorro en los fondos de inversión institucional. A título ilustrativo, valga mencionar que el valor de los activos de los inversionistas institucionales (según la OCDE) ya casi duplican el producto en Estados Unidos y exceden de 40% en Francia. En contrapartida, las familias norteamericanas han visto descender su participación accionaria directa en el total nacional, mientras las manejadas por

² Con tales objetivos en mente se han desarrollado sistemas contables y de control financiero, como el uso de EBITDA (Earnings before Interest, Taxes, Depreciation and Amortization), que mide el flujo de caja de las empresas y su capacidad de cubrir dividendos, o el EVA (Economic Value Added), que mide la rentabilidad de una firma, una vez descontadas las utilidades medias de su mercado (o dicho de otra manera, sería el excedente de los beneficios empresariales ajustados por el riesgo particular del negocio, en relación con la tasa de rendimiento del capital), y que se usa para predecir de manera confiable las cotizaciones del mercado. Asimismo, los principios contables abandonan un tanto los criterios de valuación histórica de los activos para alcanzar normas de valuación de mercado o de reposición. Véanse R. Wilson y R. Kraakman, “Reinventing the outside director: An agenda for institutional investors”, *Stanford Law Review*, vol. 43, núm. 4, abril de 1991; John Olin, *Program in law and economics*, Washington; OCDE, *Principles of corporate governance*, 2004; M. Aglietta y A. Roberioux, *Corporate governance adrift*, Londres, The Saint-Gobain Center for Economic Studies/Edward Elgar Publishing, 2005.

los fondos mutualistas y de pensiones pasan de representar 3% en 1950 a más de 40% en 2000.³

El fenómeno alcanza dimensiones casi universales. En efecto, los activos manejados por los inversionistas institucionales de todos los países de la OCDE pasan de menos de 14 billones a 50 billones de dólares entre 1990 y 2004.⁴ El correlato de esos cambios se traduce en acrecentamiento de la influencia de los inversionistas institucionales en el manejo corporativo de las empresas.

El primero de los fenómenos mencionados —la concentración de fondos— sitúa en los inversionistas institucionales el poder de manejar buena parte de los ahorros universales. Se trata de instituciones, sobre todo en Estados Unidos, con limitaciones regulatorias sobre concentración accionaria y que no pueden ni están preocupadas por apuntalar las estrategias particulares de las empresas, los países o el crecimiento de la inversión en el mundo, ni por guardarles fidelidad, sino por satisfacer objetivos más simples: optimizar los rendimientos de corto plazo (incluidas las ganancias de capital) de los fondos que administran, amortiguar los riesgos y hacer prevalecer sus intereses y los de los accionistas que representan.

En segundo término, el mundo financiero, después de las múltiples crisis cambiario-bancarias de los años ochenta o noventa y de la casi desaparición de los créditos bancarios sindicados —que ahora regresan—, ha hecho innovaciones importantísimas con el fin de desembarazarse de los riesgos de los préstamos y del fondeo a los negocios que antes debía absorber. Al parecer, el núcleo central de esas transacciones se desplaza parcialmente de los bancos a los mercados bursátiles, vía no la emisión de acciones, sino la de bonos, o bien la bursatilización de créditos, en la que bancos e inversionistas institucionales se amalgaman para prestar cada vez más, a la par de reducir contingencias desfavorables.

La dispersión de riesgos ha recibido los premios del creciente volumen de liquidez internacional que los inversionistas institucionales deben colocar rentablemente y en competencia. La plétora de dólares se relaciona con el ascenso explosivo de las reservas de divisas internacionales, producto, a su vez, de los sustantivos déficit comerciales de Estados Unidos. Otra causa es el reciclaje de las reservas de los países productores de petróleo. Una tercera son las inversiones reales por debajo del potencial de las corporaciones transnacionales, manifiesto en la significativa diferencia entre sus utilidades no distribuidas y su gasto de capital, que directa o indirectamente influye en la caída del ritmo mundial de desarrollo al compararse los periodos 1950-1973 y 1973-2004.⁵ A lo anterior se asocia la intensificación de los procesos de privatizaciones, fusiones y adquisiciones que al centrarse en transacciones con activos viejos no absorben liquidez en términos netos, sobre todo cuando se realizan por medio del intercambio de acciones. La UNCTAD valúa en 6 billones de dólares las operaciones transfronterizas de ese tipo

³ Véase M. Aglietta y A. Reberieux, *op. cit.*

⁴ Véase FMI, *Global financial stability report*, Washington, 2005.

⁵ Véanse D. Ibarra, 2006, *La liquidez internacional*, México, artículo inédito; FMI, *World Economic Outlook*, Washington, varios números; S. Weisbenner, *Corporate share repurchases in the 1990's*, finance and economic discussion paper, Washington, Federal Reserve System, 2000.

realizadas entre 1990 y 2005.⁶ Los fondos colectivos formados por inversionistas institucionales han elevado su participación en el mismo tipo de transacciones de 4.6 a 18.8% entre 1987 y 2005, y ya comienzan a involucrarse en la adquisición de empresas como intermediarios, no sólo como consultores. En el mismo periodo, México vendió empresas por algo más de 56 000 millones de dólares.⁷

La integración de las redes transnacionales estuvo centrada al principio en el sector manufacturero, que en 1990 absorbió alrededor de 50% de las fusiones y compras transfronterizas. Hoy, la integración de las redes transnacionales se ha cargado al sector de servicios, que ya absorbe cerca de dos tercios de esas transacciones. Según el Fondo Monetario Internacional, las fusiones y adquisiciones sólo de instituciones financieras subieron de 239 000 millones de dólares a 779 000 millones anuales entre 1997 y 2006, y las de carácter transfronterizo pasaron de cero en el primero de los años mencionados a 360 000 millones en el último. En el caso de México, los principales bancos, las instituciones de seguros y las afores son en su gran mayoría filiales de empresas extranjeras.⁸ El sector financiero se globaliza y oligopoliza persiguiendo no sólo utilidades, sino una dispersión de riesgos al emprender operaciones en distintos mercados, aunque ello acrecienta la posibilidad de contagios al disponerse de mecanismos imperfectos de supervisión internacional.

Esos y otros cambios multiplican la influencia de los inversionistas institucionales y los inducen a ensanchar su radio de influencia en la búsqueda incesante de oportunidades de colocación de los fondos acumulados o a sostener la liquidez primaria y secundaria de los mercados bursátiles. Por eso se han dado innovaciones en las características de los instrumentos financieros, con el fin de buscar el ensanchamiento de la demanda y los accesos a los mercados. El caso más importante se vincula con la pulverización de los riesgos en el otorgamiento de financiamientos o créditos, sin atenerse a buena parte de las inhibiciones prudenciales del pasado.

En efecto, la emisión de bonos chatarra y la bursatilización de las operaciones financieras, esto es, la emisión secundaria de títulos que dispersan las pérdidas potenciales de los prestamistas primarios entre un gran número de tenedores, han crecido vertiginosamente en los últimos años. Sólo los saldos de los contratos asociados con los derivados del crédito⁹ ascendían a 26 billones de dólares (2006). Hoy día se canalizan recursos con menos trabas, al ajustar las contingencias de las

⁶ Véase UNCTAD, *World investment report*, Ginebra, 2005.

⁷ *Idem*.

⁸ Véanse FMI, *Global financial stability report*, Washington, 2007, y UNCTAD, *op. cit.*

⁹ Los derivados crediticios son contratos que dispersan la totalidad o parte del riesgo de una obligación, sin transferir la propiedad original. A su vez, los "credit default swaps" son una especie de seguro contra el incumplimiento de crédito. Hay, además, papel respaldado por activos (*asset backed securities*) o por hipotecas (*mortgage backed securities*) y obligaciones colateralizadas (*collateralized debt obligations*). Al mismo tiempo, ya comienzan a surgir compañías especializadas en manejar derivados de crédito (*derivative product companies*) con el apoyo de bancos de inversión. Véase Banco Internacional de Pagos, *Credit risk transfer*, Basilea, Joint Forum, 2005, y FMI, *Global financial stability report*, Washington, 2007.

cuentas incobrables a proporciones aceptables por los prestamistas, que les permiten tomar ventaja de los altos premios de operaciones donde los incumplimientos de los deudores pudiesen ser elevados.

Otra manifestación del acrecentamiento del poder de los inversionistas institucionales alimentó la avalancha de compras hostiles o apalancadas de empresas que tuvieron lugar en Estados Unidos durante la década de los ochenta. Entre 1984 y 1990, se utilizaron alrededor de 500 000 millones de dólares para financiar compras hostiles, recomprar acciones, sacar a empresas de las bolsas de valores y elevar la concentración del capital. Las compras hostiles no sólo tuvieron el propósito de obtener ganancias de empresas administradas de manera deficiente, sino también el de reducir los riesgos de los ciclos de la globalización (mediante la adquisición de empresas con diversas producciones) o el de revitalizar las utilidades de los consorcios compradores incorporando negocios prósperos. Y en particular, el de formar conglomerados enormes con mejores condiciones para competir en los mercados planetarios. Sin duda, las compras beligerantes tuvieron ventajas en cuanto a eliminar administradores ineficientes, suprimir capacidades productivas excedentes y ejercer mayor presión en la generación de utilidades y flujos de caja.¹⁰ Sin embargo, también llevaron al endeudamiento excesivo y al quebranto de numerosas empresas o a desviar su administración de objetivos estratégicos de largo plazo hacia metas financieras de corto término. En todo caso, la reacción de accionistas y de los fondos se dirige a establecer controles financieros, revisar la capacidad de las administraciones y asegurar, si posible, ganancias de capital.

Desde 2006, las fusiones y adquisiciones han tenido un auge sin precedentes. Las operaciones alcanzaron la cifra de 3.6 billones de dólares, impulsadas por las altas utilidades y la baja inversión corporativa, las bajas tasas de interés y la enorme liquidez internacional, incluyendo el reciclaje de fondos de los países petroleros. En otros casos, varias empresas han dejado de estar registradas en la bolsa, por las compras hostiles y otros procedimientos, a fin de eludir las regulaciones asociadas con la Ley Sarbanes-Oxley. El tamaño de las nuevas transacciones sigue incrementándose hasta llegar a 1 300 millones de dólares en promedio, como un medio para evitar posteriores intentos de invasiones indeseadas, usando algunas veces la suma de recursos de varios consorcios compradores. Buena parte del financiamiento proviene de contratos apalancados. Los créditos suelen estar bursatilizados, lo que disminuye el riesgo de los prestamistas financieros y amplía la base de inversionistas.

La ola de compras apalancadas sigue fortaleciéndose en 2007. En los primeros meses ya se han concretado compraventas por 431 000 millones de dólares, y

¹⁰ Las compras hostiles produjeron apreciables utilidades en el valor de las acciones del orden de 30%. Véase H. Demsetz, *The economics of the business firm*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995. De la misma manera, las fusiones suelen resultar altamente rentables. La edición mexicana del *Financial Times* anunció recientemente la fusión del Banco de Nueva York (BONY) y el Mellon Financial, con fondos por 43 000 millones de dólares, que se especializaban en la custodia y administración de valores. Así, lograron alzas significativas (10 y 5% respectivamente) en las cotizaciones de las acciones de ambas instituciones, ahorros estimados en 700 millones de dólares y reducciones de 9% en el personal.

están pendientes otras operaciones, como la del Banco Holandés ABN-AMRO para adquirir en 99 000 millones de dólares RFS Holdings; la de Porsche por Volkswagen por 98 000 millones, y la oferta de Thompson Corp. por Reuters por 17 000 millones. A lo anterior habría que incluir la compra en 2006 de la firma de telecomunicaciones Bell South por parte de AT&T en 89 000 millones de dólares. Sea como fuere, las compras apalancadas están intensificando la oligopolización global, a la par de aumentar los riesgos asociados a la mayor vulnerabilidad creada por el acentuado endeudamiento de las empresas frente a posibles *shocks* de los mercados. El ambiente favorable de altas utilidades, baja inversión fresca, tasas de interés bajas, estabilidad de mercados y propensión a tomar riesgos es poco probable que se mantenga indefinidamente.¹¹

En cuanto a los consejos de administración, el nuevo paradigma intenta independizarlos de la burocracia de las empresas, asignarles funciones sustantivas (aprobación de la planeación estratégica, competitividad, eficiencia, incentivos al personal, información financiera) que van mucho más allá de la simple supervisión gerencial anterior y, además, se les hace responsables de contratar, monitorear y fijar los salarios de los altos funcionarios, así como acrecentar el “shareholder value” de las acciones.¹²

El paradigma del consejo autónomo resultó reforzado por la recesión de 2001-2002, que disminuyó las ventas de por lo menos un cuarto de las mayores empresas norteamericanas y causó el desplome de sus cotizaciones accionarias. Tales tendencias indujeron a las tecnoburocracias a la contabilidad creativa, al engaño e incluso al fraude, arrastrando consigo a los consejos de administración, los auditores y las consejerías jurídicas, como lo muestra el caso de Enron. Para la generalidad de los críticos, todo ello constituyó una comprobación adicional del imperativo de independizar los consejos del manejo directo de los negocios.

La migración del poder empresarial

En Estados Unidos, la singular combinación de propiedad accionaria dispersa, alta liquidez en los mercados de capitales, prohibiciones y regulaciones contra la concentración accionaria, transferencia de riesgos fuera de las empresas financieras, subinversión física fresca y marginación de empleados y trabajadores del manejo de las empresas conforma una constelación de circunstancias favorables a la migración del poder de las tecnoestructuras burocráticas hacia los mercados bursátiles y los inversionistas institucionales. Esos hechos alteraron las tendencias de años atrás, cuando se abría la brecha entre propiedad y

¹¹ A los anteriores elementos de incertidumbre se añade el enfriamiento del mercado inmobiliario de Estados Unidos. El papel residencial emitido en ese país asciende a casi 6 billones de dólares (enero de 2007), de los cuales casi 15% está colocado en los mercados internacionales. Véase FMI, *Global financial stability report*, Washington, 2007.

¹² Véase National Association of Corporate Directors, *Blue Ribbon Commission on the role of the board*, 2000; I. Millstein, “The professional board”, *Business Lawyer*, núm. 50, 1995; I. Millstein y P. Mac Avoy, “The active board of directors and performance of large publicly traded corporation”, *Columbia Law Review*, núm. 98, junio de 1988.

control real de las empresas en favor de los administradores,¹³ es decir, cuando las acciones de las empresas quedaban en manos de un número creciente de personas con participaciones cada vez menores de capital. La fragmentación resultante inducía la transferencia del control empresarial a los administradores, en tanto los accionistas ganaban liquidez al momento de decidir la venta de sus posiciones. Por eso, las tecnoburocracias corporativas comenzaron a ser criticadas con particular intensidad en la década de los ochenta en Estados Unidos, por servir primordialmente a los intereses de los administradores, por sobreinvertir y crear empleos excesivos y, sobre todo, por no velar suficientemente por los accionistas.

El peso ganado por los inversionistas institucionales, quizá junto con los efectos de la competencia foránea, del ciclo económico, de la maduración del ciclo del producto o de ineficiencias manifiestas, condujo al despido de los directores de un núcleo importante de las mayores empresas de Estados Unidos (General Motors, Westinghouse, IBM, American Express, Eastman Kodak, entre otras) y, al mismo tiempo, a la formación de comités de auditoría mayoritariamente independientes. Asimismo, la Securities and Exchange Commission (SEC) demanda a los consejos velar por el interés de los inversionistas en las compras hostiles de un núcleo importante de las empresas grandes de Estados Unidos. En otro sentido están las abundantes fusiones y compras hostiles de negocios con administraciones deficientes y con potencial de generar más utilidades con la instalación de consejeros independientes.

Las reformas corporativas se afianzan con la expedición de la Ley Sarbanes-Oxley de 2002 y las reglas de la SEC, o de las principales bolsas accionarias de Estados Unidos sobre las responsabilidades de los consejos de administración y la ampliación del flujo de información puesta a su servicio.¹⁴ Se intentó que esos consejos, lejos de supervisar más o menos superficialmente a los administradores, asumieran facultades sustantivas, entendidas éstas como las asociadas con los intereses de los accionistas y, por supuesto, de los inversionistas institucionales.

Con todo, las nuevas relaciones entre los consejos y la administración de las corporaciones norteamericanas no se han asentado plenamente en torno al objetivo de elevar al máximo el valor de las acciones. Al efecto, surgen nuevas presiones perfeccionistas en el sentido de separar más nítidamente las funciones y responsabilidades del consejo con respecto a las del manejo de la empresa, incrementar las remuneraciones de sus miembros independientes, aportarles la información necesaria para la adopción de decisiones fundamentales y reforzar los comités, también independientes, de auditoría. Se busca crear un cuerpo autónomo que super-

¹³ Véanse A. Berle y G. Means, *The modern corporation and private property*, Nueva York, Harcourt, 1932; W. Douglas, "Directors who do not direct", *Harvard Law Review*, núm. 47(1305), 1934; J. Galbraith, *The new industrial State*, Nueva York, Penguin Books, 1974; W. Laazonick y M. O'Sullivan, *Perspectives on corporate governance, innovation and economic performance*, Economy and Society, Innovation and Economic Performance, Economic and Society, I(29), 2000.

¹⁴ La SEC requiere de las empresas registradas en bolsa la constitución de comités formados por consejeros independientes.

visé la administración con el doble propósito de garantizar los intereses de los grupos señalados en el párrafo anterior.¹⁵

Hoy día, los intermediarios institucionales, en representación de los accionistas, poco a poco hacen prevalecer su visión, forman alianzas, cooptan a las tecnoburocracias de las empresas y tratan de influir en las políticas públicas. Al menos en Estados Unidos, las políticas gubernamentales no han sido inocentes en los cambios de la gobernabilidad de las corporaciones. La flexibilización de las normas antimonopolio de la década de los ochenta facilitó las formaciones oligopólicas por rama industrial y, en contraste, desalentó la integración anterior de conglomerados diversificados. De su lado, la deducibilidad de los intereses en el impuesto a la renta indujo en buena medida las fusiones y compras apalancadas. Más aún, se dan contradicciones entre las normas de las entidades federativas que combaten las adquisiciones hostiles —por temor a crear desempleo y menos inversión a largo plazo— y las regulaciones federales que, lejos de restringirlas, parecen auspiciarlas, por ejemplo, por medio de la normatividad de la SEC y de la referida permisividad al facilitar la fusión de empresas a pesar de las leyes “antitrust”. En contraste, a escala internacional no existen mayores restricciones a las formaciones oligopólicas, cuya participación varía de mercado a mercado, adquiriendo con mucha frecuencia poder dominante en los países en desarrollo.

Los mercados de valores y los bancos de inversión están dedicados principalmente a valorar las empresas, impulsar el alza de cotizaciones, cuidar el reparto de dividendos, propiciar ganancias de capital y promover los procesos de fusión, privatización y adquisición. La concentración en ese tipo de actividades permite a los inversionistas institucionales despreocuparse de las estrategias medulares de las múltiples empresas que incorporan a sus portafolios,¹⁶ reducir riesgos y poner en su lugar controles financieros estandarizados. Eso mismo simplifica y ensancha la amplitud de sus operaciones y la identificación de nichos redituables de actividad que han llevado a triplicar su participación en las utilidades corporativas de Estados Unidos entre 1981 y 2003.¹⁷

Con todo, los mercados accionarios no contribuyen mayormente al financiamiento de la inversión productiva fresca, donde siguen teniendo primacía la generación de ahorros de las empresas, el crédito bancario y la emisión de bonos. Tal fenómeno no sólo es privativo de México, en Estados Unidos, durante el largo periodo de auge bursátil 1982-2000, las emisiones accionarias frescas netas resultaron negativas,¹⁸ en parte debido al expediente empresarial de recompra de sus propias acciones, subproducto, a su vez, de las prácticas dedicadas a impulsar el

¹⁵ Véase American Law Institute, *Principles of corporate governance: Analysis and recommendations*, 1994; I. Millstein y P. MacAvoy, “The active board of directors and performance of large publicly traded corporation”, *Columbia Law Review*, núm. 98(1985), 1998.

¹⁶ Además existen impedimentos legales que castigan el “inside trading”.

¹⁷ Véase R. Brenner, “New boom or new bubble”, *New Left Review*, núm. 25, enero-febrero de 2004, pp. 57-100.

¹⁸ Véase C. Mayer, “Structure de financement et organization des enterprises”, en J. Touffut, *Institutions and croissance*, París, Saint-Gobain, 2001.

alza de las cotizaciones accionarias y ahorrarse impuestos, así como de los procesos de adquisiciones hostiles.

La competencia en la colocación de los amplísimos recursos acumulados por los inversionistas institucionales explica el aflojamiento de las condiciones financieras impuestas hoy día a los países emergentes en los mercados de capitales, el apoyo a las cascadas de fusiones y privatizaciones (características de la integración oligopolizada mundial de las redes corporativas de producción y comercio), así como el respaldo a las operaciones de capital de riesgo características del NASDAQ, donde las altas ganancias de las empresas exitosas cubren las pérdidas de numerosos proyectos fracasados y facilitan el impulso a iniciativas innovadoras.

En todo caso, ya se consolida una fuerte asociación de intereses entre administradores de empresas y mercados bursátiles que converge en el propósito de acrecentar a corto plazo el valor de mercado de las acciones. Los primeros buscan evitar que cualquier subvaluación accionaria induzca invasiones hostiles de terceros o conduzca a la dilución del capital; los segundos, obtener ganancias asociadas con el alza de cotizaciones en los mercados de valores y que predominen al máximo posible sus intereses en el manejo de las empresas. Con tal fin se ofrecen sueldos, opciones accionarias y otras remuneraciones generosas (retribuciones especiales, bonos de resultados, derechos pensionarios, etc.) ligados a las cotizaciones de bolsa que unifica los intereses de los manejadores de fondos y los de la tecnoburocracia de las empresas. Más aún, a fin de vencer las resistencias de los administradores a ceder en compra o fusión sus firmas —manifiestas, por ejemplo, en presiones políticas o en mecanismos accionarios defensivos—¹⁹ se les ofrecen compensaciones y esquemas de retiro (“golden parachutes”) extraordinarios.

Otra arma de singular eficacia para disciplinar el manejo corporativo es la ausencia de fidelidad de los inversionistas institucionales con las empresas. Cuando los administradores no hacen de la maximización de las cotizaciones accionarias su objetivo central, los fondos retiran de sus portafolios los valores de la empresa indisciplinada, lo que hace caer la valuación de sus activos. En promedio, los inversionistas institucionales de Estados Unidos sólo mantienen de dos a cinco años las tenencias de acciones de empresas determinadas, en la búsqueda incesante por elevar el valor de corto plazo de los portafolios.

Por supuesto, la toma de poder de accionistas y financieros no ha estado exenta de costos. A la inversión fresca de las corporaciones por abajo del potencial permitido por las utilidades se añaden el parcial abandono de objetivos de largo plazo, la transferencia de riesgos bancarios a los ahorradores, la especulación accionaria o la contabilidad creativa falsificadora de resultados que han dado lugar a enormes y numerosos escándalos, dañinos para los pequeños y medianos participantes en los mercados financieros o que han causado desempleo en las

¹⁹ Uno de los mecanismos utilizados es el de establecer cláusulas contractuales que, al darse la compra hostil de la empresa, les permite distribuir acciones a costo bajo a sus tenedores fieles (“poison pills”), diluyendo el capital del posible comprador y encareciendo la operación. En los hechos, sin embargo, las “poison pills” más que prevenir las invasiones beligerantes han servido para elevar las primas asociadas con la adquisición de la empresa.

empresas fusionadas. Así, mientras los salarios han tendido a perder poder adquisitivo real en casi todos los países, la valorización sostenida de las acciones inyecta capacidad de compra a los estratos de ingreso medio y alto²⁰ (efecto riqueza). Ello ahonda las disparidades distributivas e imprime inestabilidad a la demanda de consumo, al subordinarla a las fluctuaciones no siempre favorables de las bolsas de valores. Por lo demás, bajas depresivas en cualquiera de los mercados accionarios importantes pueden desencadenar contagios financieros de proporciones multiplicativas. En el caso de los países periféricos se añade el impacto no siempre positivo de la extranjerización de buena parte de las mejores empresas públicas y privadas, la dependencia excesiva en la inversión extranjera en la macroeconomía y la aceptación de reglas foráneas en el manejo de las empresas nacionales.

Sea como fuere, la vieja visión democrática sobre la responsabilidad social de las empresas y de la obligación de atender a todos los agentes involucrados, así como alcanzar el máximo crecimiento posible y sujetar el reparto de dividendos a las necesidades de capitalización e inversión de las propias empresas, es sustituida poco a poco por metas más bien cortoplacistas. Hoy se pretende impulsar al alza el precio de las acciones, obtener ganancias de capital, cuidar la distribución de utilidades o participar y promover fusiones, adquisiciones y privatizaciones, incluso como medio para cancelar capacidades productivas excedentes y disciplinar la administración de los costos. Los estudios en torno al nuevo paradigma corporativo y a los consejos independientes no arrojan resultados nítidos en cuanto a su impacto en la eficiencia ganada por las empresas. En algunos casos hay resurgimiento en los negocios y mayores márgenes de utilidad; en otros se da la situación contraria. En donde se observa convergencia sólida es en la asociación de intereses entre corporaciones e inversionistas institucionales.²¹

La convergencia paradigmática

Dadas las exigentes demandas financieras mundiales, hay tendencias a integrar paradigmas corporativos de alcance universal. Con todo, surgen resistencias institucionales derivadas en particular de tensiones entre la esfera económica y los alcances políticos de la democracia. No en todos los casos se repite la misma configuración de las circunstancias privativas de Estados Unidos, aun entre el grupo de países

²⁰ Se trata de la conclusión de la teoría económica tradicional en el sentido de que el consumo depende de la riqueza de las familias, esto es, del valor corriente de sus activos más el valor descontado de sus futuros ingresos. Véanse F. Modigliani y R. Brumberg, "Utility analysis and the consumption function", en K. Kurihara (comp.), *Post Keynesian economics*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1954; F. Modigliani y M. Miller, "The cost of capital, corporation finance and the theory of investment", *American Economic Review*, núm. 48(3), 1957, pp. 388-436.

²¹ Véanse A. Agraval y Ch. Knoeber, "Firm performance and mechanisms to control agency problems between managers and shareholders", *Journal of Financial Quantitative Analysis*, núm. 31, 1996, pp. 377-378; J. Harford, "Takeover bids and target directors' incentives", *Journal of Financial Economics*, vol. 69, julio de 2003; S. Bhagat *et al.*, "Director ownership, corporate performance, and management turnover", *Business Lawyer*, núm. 54, 1999; R. Balega *et al.*, "CEO duality and firm performance: 'What's all the fuss?'", *Strategic Management Journal*, núm. 17, 1996.

desarrollados. En Alemania, Francia o Japón, la concentración accionaria es comparativamente alta; la vinculación institucional y de supervisión entre bancos y empresas en el manejo de las corporaciones productivas y comerciales de Alemania, Corea o Japón es estrecha, lo que establece diferencias con el modelo estadounidense. Además, en el caso de Japón, los conglomerados crean fondos mutuos de inversión, intercambios accionarios y relaciones estratégicas de largo plazo con proveedores y clientes, sobre todo entre empresas afiliadas. En varias naciones europeas, la participación de empleados y trabajadores en los consejos de administración y vigilancia restringe en alguna medida los poderes de los inversionistas institucionales o de las tecnoburocracias al incorporar elementos democráticos en el manejo de las empresas, congruentes con las disposiciones normativas de sus estados de bienestar. En esos países, los administradores están semiprotegidos de los dictados de los mercados, al responder a los grandes accionistas y a los empleados de la empresa.

Sin embargo, hay tendencias a la convergencia de los sistemas de gobierno de las empresas, sobre todo en materia financiera, donde tiende a predominar el modelo estadounidense. En la concepción de Estados Unidos, las empresas pertenecen a los accionistas, como derecho pleno de propiedad, situación que les autoriza a ejercer un papel decisivo en el manejo y la fijación de sus objetivos. La concepción europea o japonesa es distinta pero tiende a diluirse.

No obstante, aun en Estados Unidos aumenta la concentración propietaria no sólo de las instituciones financieras, sino la de accionistas individuales con interés en el desenvolvimiento estratégico de las empresas, incluso tomando en cuenta el mayor riesgo a que someten sus recursos *vis à vis* los de los portafolios diversificados. En parte ello es resultado de diversos procesos: primero, el de las compras hostiles o apalancadas de los años ochenta que retiraron más de 500 000 millones de dólares en acciones—; luego, el de las fusiones y adquisiciones posteriores, en el que las corporaciones transnacionales planean cuidadosamente su desarrollo en un mundo de competencia oligopólica, y, por último, el fenómeno expreso en las tendencias mundiales a la concentración del ingreso y del ahorro mientras se comprime la inversión.

En el campo académico, el propio modelo estadounidense ha sido criticado desde diversos ángulos y se han sugerido reformas tendientes a reducir los riesgos del cortoplacismo; dar a los accionistas mayoritarios un papel activo de largo plazo en el manejo de las empresas; coordinar mejor, más democráticamente, los intereses de los accionistas con los de los administradores o empleados; invertir en activos intangibles relacionados con la innovación, la investigación tecnológica, el adiestramiento del personal y la competitividad.²²

En los países europeos se acrecienta con intensidad el peso de los mercados accionarios y el de los inversionistas institucionales que, a diferencia de su sistema anterior, no conocen a fondo las estrategias de las empresas y comienzan a formar portafolios diversificados para diluir riesgos. Ello se expresa en el ascenso del

²² Véase M. Porter, "Capital choices: Changing the way America invests in industry", en Donald Chew (ed.), *Studies in international corporate finance and governance systems*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

valor de capitalización respecto al producto de la bolsa francesa o alemana de 8 a 103% y de 9 a 61%, respectivamente, entre 1980 y 2001. Asimismo, los activos financieros de los inversionistas institucionales han ascendido de 62 a 133% respecto al producto en Francia y de 34 a 80% en Alemania entre 1992 y 2000. Por otro lado, las ventas transfronterizas de empresas de la Unión Europea se han triplicado con creces en el trienio 2003-2005, hasta alcanzar un valor conjunto de 773 000 millones de dólares. También, la propia Unión Europea adquirió empresas foráneas por 673 000 millones de dólares en el mismo periodo, abriendo las puertas a la fertilización cruzada de los sistemas de gobierno de las empresas. A su vez, los bancos europeos comienzan a destinar mayores recursos a las bolsas, en detrimento de su papel tradicional de invertir y controlar las empresas. Esa evolución, con sus desventajas respecto a acentuar la visión cortoplacista, acaso tenga la virtud de corregir las tendencias a la sobreinversión de las empresas europeas y a ensanchar el financiamiento de proyectos innovadores de riesgo.

En consecuencia, puede concluirse que el modelo europeo tiende a aproximarse con alguna rapidez al estadounidense en términos de la evolución de los sistemas financieros y de su reglamentación jurídica. Sin embargo, conserva rasgos distintivos en cuanto a la participación de los trabajadores en los consejos de vigilancia y administración, en el grado de concentración accionaria y en el papel que desempeñan las instituciones bancarias. Por su lado, el modelo estadounidense tiende a registrar la concentración accionaria creciente, mientras se aleja del ideal democrático y conserva muchas otras de sus singulares características.

La situación nacional

En México se tiene un sistema híbrido que no corresponde a modelo alguno, aunque se intente, sin lograrlo del todo, acercarse al estadounidense. Antes de la instauración de la reforma neoliberal (1982-1996), la banca de desarrollo, sus filiales y empresas asociadas seguían sin proponérselo el patrón europeo y el japonés. En ese sentido, Nacional Financiera, por ejemplo, realizaba la supervisión escrupulosa de sus empresas asociadas. Sin embargo, en el grueso de los negocios privados su comportamiento estaba poco afectado por la banca o la bolsa al predominar un régimen de propiedad familiar altamente concentrada. Por otro lado, el subdesarrollo de los inversionistas institucionales, las regulaciones precautorias aplicables a las mismas y los limitados alcances de la bolsa desalentaron y todavía desalientan la implantación de regímenes semejantes a los estadounidenses. En la actualidad no pasan de 160 las empresas registradas en la Bolsa Mexicana de Valores y su valor de capitalización al cierre de 2005 apenas alcanzaba 30% del producto, cifra que se compara desfavorablemente con participaciones entre 120 y 140% de Estados Unidos, Canadá, Reino Unido o Chile. Asimismo, el mercado de seguros, incluidas las primas de las anualidades de pensión vendidas por el sector privado, apenas representaba 1.7% del producto en 2005.²³

²³ Véase FMI, "Financial sector assessment program", en FMI, *The pension annuity market*, Washington, 2007.

Con todo, la evolución de la economía y la de los intermediarios financieros comienza a marcar acercamientos al sistema anglosajón de gobierno de las empresas y a separar los regímenes de firmas grandes de la masa de negocios medianos y pequeños. La banca de desarrollo, que combinó en su mejoramiento recursos del gobierno, foráneos y de captación interna en la promoción de proyectos de inversión y de empresas, ha dejado de hacerlo y, en contrapartida, ha privatizado sus núcleos productivos. Tradicionalmente, las compañías de seguros, en tanto inversionistas institucionales, han acumulado reservas invertibles sobre todo en valores gubernamentales, pero también privados y de propiedad inmobiliaria. A ello se añade, desde la promulgación de la Ley de los Sistemas de Ahorro para el Retiro (1997), de las Administradoras de Fondos para el Retiro (Afores) y de las Sociedades de Inversión Especializadas en Fondos para el Retiro (Siefores), la captación de ahorros obligatorios de los trabajadores, que acumulan recursos por 660 000 millones de pesos (2006).

Las regulaciones prudenciales todavía llevan a que la inversión de las Siefores se canalice principalmente a la adquisición de papel estatal. Sin embargo, poco a poco se liberalizan las normas hasta permitir la canalización creciente de recursos al sector privado. Hoy, los topes permitidos representan poco más de 20%, con casi 6% dedicado a inversiones accionarias, esto es, se establecen vínculos cada vez más fuertes entre los inversionistas institucionales y las empresas.

Más importante que lo anterior es la apertura financiera-comercial y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que explican la inyección de inversión extranjera masiva (casi 200 000 millones de dólares entre 1994 y 2006) y la incorporación de prácticas de gobierno de las casas matrices y de financiamiento de los negocios que se asemejan a las prevalecientes en Estados Unidos, de donde proviene casi 60% de esos recursos. En efecto, ya sea por la vía de fusiones o de adquisiciones o la de creación de nuevas empresas, hay una alteración de las reglas de gobierno de un número creciente de negocios de propiedad foránea. Desde luego, no se trata aquí de vinculaciones entre intermediarios financieros locales y consorcios internacionales establecidos en México, sino de las articulaciones habituales en sus propios países de origen.

De la misma manera, buena parte de las grandes empresas mexicanas cotiza en las bolsas norteamericanas o tiene acceso a los mercados internacionales de capitales, por lo que deben adaptar sus prácticas en materia de reparto de dividendos, sistemas contables y cobertura de la información que se hace pública. Asimismo, se han alterado algunas de las regulaciones nacionales en materia de información y cálculo de resultados que indican cierto acercamiento a modelos foráneos. Asimismo, las reformas financieras en materia de liberalización de mercados o de regulación tienen semejanza con las estadounidenses. Se observa un fenómeno análogo con respecto a las disposiciones para combatir los monopolios y hacer prevalecer la competencia en los mercados internos, así como en los procedimientos informativos o contables obligatorios.

Las pocas empresas mexicanas exitosas de alcance transnacional (Cemex, América Móvil, Bimbo, Cervecería Modelo, Maseca) siguen por lo general la pauta

estadounidense de organización. Al estar sujetas a la competencia oligopólica internacional, se les acusa y combate por tener posiciones dominantes en el mercado interno. Incluso se pretende, en aras de la competitividad, arrebatárles parte del pequeño mercado nacional. Ante las circunstancias expuestas, la solución reside no en fraccionarlas en pequeñas empresas para enfrentarlas a los enormes consorcios extranjeros, sino en implantar políticas regulatorias de corte moderno, siguiendo el modelo inglés después de la gran oleada de privatizaciones del gobierno conservador anterior.²⁴

Con el afianzamiento de los procesos de privatización, extranjerización y liberación financiera, el modelo mexicano se aproxima paso a paso al estadounidense. No obstante, la concentración accionaria en México sigue siendo sensiblemente superior a la de Estados Unidos, no sólo cuando se trata de empresas públicas, sino también en el caso de las privadas, ya sea por el peso de la propiedad accionaria directa o por la retención de participaciones privilegiadas de control. Esas circunstancias limitan el papel de los consejeros independientes, tanto las compras hostiles, dada la escasa dispersión accionaria entre el público. Sin embargo, eso mismo les aporta la ventaja de poder plantearse y seguir estrategias de largo plazo con menor apego a las directrices cortoplacistas de los inversionistas institucionales y de las bolsas de valores.

Lo dicho en párrafos anteriores resulta esencialmente aplicable al sector moderno y grande de las empresas establecidas en México. El resto de las numerosísimas empresas productivas (pequeños y medianos negocios que exceden en número el 97% de los establecimientos) está polarizado en el extremo contrario al mundo corporativo. Se trata fundamentalmente de empresas de propiedad individual o familiar a las que por debatirse en condiciones de atraso y de falta de financiamiento se les inhibe para constituirse en semillero de las nuevas generaciones de empresarios. En efecto, ese segmento de la producción no tiene acceso a la bolsa de valores ni a fondos de capital de riesgo. En la última década, el crédito de la banca comercial y el de la de desarrollo les ha sido reducido en más de 50% en términos reales. El desmantelamiento de los fideicomisos de fomento económico y del sistema de encaje legal les ha cercenado otras fuentes de recursos. Los subsidios gubernamentales se han abatido hasta casi desaparecer y no se han instrumentado programas de reconversión productiva que les permitan competir en condiciones menos desventajosas frente a la apertura de los mercados externos e internos. Se trata, en suma, de un segmento empresarial que vive en condiciones precarias, obligado a guardar fidelidad a formas organizativas tradicionales cada vez más alejadas de las presentes en las corporaciones modernas del mundo •

24 de mayo de 2007

²⁴ Haciendo caso omiso de las presiones ideológicas de estirpe foránea, la debilidad política de dichas empresas está asociada, en parte, con el hecho de ubicarse en sectores que por su naturaleza o por diversas circunstancias tienen pocos nexos con otros productores y empleadores nacionales, desvinculación característica y principal flaqueza del sector exportador mexicano.

Desagravio a nuestro populismo

Rafael A. Bielsa* y Hernán F. Gómez**



Quiere la historia de los grandes viajeros que una de sus más notables figuras fuera el conde piamontés Carlo Vidua, un intelectual anticonformista que vino al mundo en 1785. Perseguidor incansable de la libertad, en una época marcada por el resurgimiento del absolutismo, marchó a Estados Unidos en busca de mejor inspiración. Falsas serían sus previsiones cuando encontró que, aunque cinco sextas partes de los habitantes de ese país no sufrían del mismo poder arbitrario que los europeos, el otro sexto se componía de criaturas humanas latigueadas, vendidas y alquiladas como bestias sólo por su color de piel. Esa razón amargó continuamente su estancia en América, especialmente porque constató cómo los más fervientes demócratas eran también los principales defensores de la esclavitud.

Al recordar aquella experiencia, el conde escribió en una de sus cartas: “Es cierto que en Turín, al sentir las exageraciones insoportables de cierta gente, me sentía empujado a la liberalidad, y me daba fatiga no serlo de manera excesiva. De la misma manera, en el otro mundo las exageraciones liberales me disgustaban tanto que me era difícil no convertirme en un partisano de las *soirées de St.-Petersbourg* [...]. La estancia en Filadelfia te convierte en absolutista mientras que en otros países te inclina a desear la fuerza del *Demos*”.¹

Aparentemente, nada tiene que ver la vida de este buen viajero con el tema de este artículo, el populismo, ese concepto vago e impreciso que se ha colocado en el centro del debate público. Que nació como un sustantivo común, pero se ha convertido en un ofensivo adjetivo calificativo.² Que hoy empresarios y políticos, periodistas y politólogos, estudiantes, amas de casa y hasta ministros de culto lo utilizan con asiduidad. Que nadie sabe con absoluta claridad qué dice la pieza,

* Poeta, articulista y especialista en sistemas judiciales. Ha sido síndico general de la Nación (1999-2001) y canciller de la República argentina (2003-2005). Ha publicado, entre otros, *Sombras nada más, Argentina: una luz de almacén y Justicia y Estado*.

** Cronista, entrevistador y analista político. Ha publicado *Desde el Sur y Conversaciones sobre el hambre*.

¹ Cartas de Carlo Vidua, *Lettere*, Turín, Pomba, 3 vols., 1834.

² Valga la aclaración que el sustantivo “populismo” no figura en el *Diccionario de la Real Academia Española* (2001). Es posible encontrar, sin embargo, el adjetivo “populista”.

pero todos la tararean insensata e incesantemente. Que en el discreto encanto de la lucha política es una forma fácil de descalificar al adversario. Y que nadie se reconoce en él porque debe evitarse como se evita al demonio.

En el lenguaje de ciertos formadores de opinión que asumen de forma acrítica los moribundos dogmas del Consenso de Washington y de sus usinas discursivas, populista es todo el que defiende un Estado interventor —cualquiera que éste sea—, que brinda asistencia, controla empresas, ejerce la dirección de servicios públicos, otorga subsidios o provoca cualquier tipo de “distorsión” en el mercado. Para algunos, populistas son también aquellos gobiernos que optan por mantener, o bien recuperar, el control estratégico de sus recursos naturales. Esta visión, a veces sumamente tramposa, se refuerza en el hecho de que el populismo ha sido históricamente condenado tanto por la derecha como por un sector de la izquierda y es un fenómeno hostil para buena parte de los intelectuales.

Ideologías de la más diversa índole —desde el comunismo hasta el fascismo— han sido catalogadas como populistas. Es tal la variedad de fenómenos y de liderazgos así etiquetados que el término ha perdido sentido al usarlo en demasía. En México han sido considerados populistas gobernantes y líderes tan encontrados como Álvaro Obregón, Lázaro Cárdenas, Andrés Manuel López Obrador, Luis Echeverría, Carlos Salinas y hasta Vicente Fox (en tiempos de campaña).

En Sudamérica, populistas hoy no son sólo Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa o Néstor Kirchner,³ sino que también lo son —en el espectro opuesto— Álvaro Uribe, Joaquín Lavín y Álvaro Novoa. En su momento, también lo fueron Carlos Ménem, Alberto Fujimori y Fernando Collor de Mello, todos ellos considerados neopopulistas en sus discursos electorales, aunque neoliberales en sus posteriores gobiernos. Según ciertas visiones, populista fue Salvador Allende y lo es también el marxista Fidel Castro. Para cierto sector financiero, lo era Lula antes de adoptar la política económica de Fernando Henrique Cardoso.⁴

En Francia, populista fue Pierre Poujade, en los años cincuenta, y hoy la izquierda y los sectores liberales de ese país consideran populista el discurso xenófobo del ultraderechista Jean Marie le Pen, mientras que a otros les resulta irritantemente populista la cautivadora sonrisa de Segolène Royal. De igual forma, populistas o neopopulistas se les ha llamado a los gobiernos nacionalistas y xenófobos que han surgido en varios países de Europa y que no son otra cosa que una reacción nacionalista y racista de clases acomodadas en países anegados por la inmigración. En Austria, populista es el liberal Jörg Heider; en Estados Unidos, el empresario

³ No existe un consenso sobre la condición populista de Néstor Kirchner. Para efectos de este ensayo así lo consideramos en tanto devino del fracaso de las políticas monetaristas y la crisis de representación de 2002, y en tanto a nuestro juicio cumple con los criterios de la definición de populismo que ofrecemos en este trabajo.

⁴ Así lo expresó, por ejemplo, el ex presidente Ernesto Zedillo en un artículo publicado en *Foreign Affairs* (diciembre de 2002) en el que se refería a la “procedencia populista de Lula y el Partido de los Trabajadores”. La etiqueta de Salvador Allende como un gobernante populista fue utilizada por el semanario *The Economist* en un suplemento especial dedicado al tema (“The return of populism”, 12 de abril de 2006). Guy Hermet, del Instituto de Estudios Políticos de París, por su parte, considera populistas tanto a Salvador Allende y Lula da Silva como al propio subcomandante Marcos (!).

Ross Perot; en Holanda, lo era el fenecido Pym Fortuyn; en Rusia, el ex presidente Boris Yeltsin y el líder del partido liberal-demócrata Vladimir Zhirinovskiy.

¿Qué pueden tener en común figuras como Cárdenas, Le Pen, Morales o Perot además de haber sido catalogados, en distintos momentos y con distintos propósitos, como populistas? Lo mismo que tuvieron en común los matrimonios Kennedy, Trudeau, Perón, Lloyd George, Roosevelt, De Gaulle y Churchill: todos eran matrimonios. (Por lo demás, fueron considerablemente infelices, con excepción del de Winston S. Churchill y Clementine Ogilvy Hozier). Son tantos los neos, los tipos y subtipos de populismos, tantas las definiciones del concepto y tan escaso el consenso en torno a una simple definición, que sería mejor buscar un término distinto y más preciso para explicar los fenómenos políticos que apelan o involucran al pueblo. Pero como eso no va a ocurrir, queremos poner en este ensayo algunos puntos sobre las “ies”.

En las próximas líneas no hemos de ser neutrales ni exageradamente científicos, y quizá tampoco tajantemente modernos ni liberales. Con franqueza, estamos aburridos de tanta leyenda negra. Tan cansados estamos de esa perorata antipopulista que hemos decidido en este artículo tomar el partido opuesto.⁵ En adelante, visto que nadie se reconoce populista, nosotros lo haremos. No alimentaremos más la autocomplacencia ni nos referiremos a ese “síndrome perverso” en los términos que algunos quisieran seguir escuchando. Por el contrario, trataremos de desagrarar ese pobre concepto tan vilipendiado. Habida cuenta de que tanta catilinaria no ha servido para comprender más, probaremos a acercarnos amistosamente descalificando menos.

El populismo que pretendemos desagrarar no es, naturalmente, ese que explota los sentimientos más pedestres de las clases medias o de las más pudientes para promover el racismo, la discriminación y la exclusión. Mas, sostenemos que el descrédito de la voz es lo que explica que se le use para caracterizar dichos rasgos, y no a la inversa. No todos los populismos son lo mismo, por lo que resulta embustero afirmar —por conveniencia analítica— que lo sean. El que a nuestro juicio merece una comprensión distinta y una actitud más generosa es ese proceso por medio del cual se busca fortalecer al pueblo mediante la incorporación de las clases marginadas y los sectores medios en la actividad política para ejercer una redistribución de los bienes públicos. Nuestro populismo busca dar una vuelta de tuerca a la histórica desigualdad en América Latina. Para ello, reivindica el papel del Estado y promueve una conducción que no necesariamente debe ser providencial y un cambio a favor de las grandes mayorías populares. Este proceso se puede llevar a cabo con responsabilidad de liderazgo y de gobierno o sin ella, como sucede con cualquier proceso político.

⁵ Se han publicado las críticas de Hernán Gómez a los gobiernos llamados populistas en América Latina, particularmente a las tentaciones autoritarias de gobernantes como Hugo Chávez y, en menor medida, Néstor Kirchner y Evo Morales (*Nexos* 339, 346 y 349). Disponibles en internet: <<http://guerrillero-dandy-americalatina.blogspot.com>>.

Se dice y se repite

Los críticos del populismo suelen definirlo a partir de una serie de características que existen en muy diversos fenómenos y no son privativas del populismo, sino parte de la política, histórica o cotidiana. El populismo suele asimilarse a la demagogia, a la simpleza del discurso, a las políticas económicas deficitarias, a la manipulación de las masas, al voluntarismo, al autoritarismo, así como a un discurso emotivo que apela al sentimiento popular, valiéndose de la “antipolítica” y alimentando el odio de clase. Si analizamos con cuidado estos atributos, veremos que no son todos exclusivamente populistas ni están necesariamente presentes en todo liderazgo populista.⁶

Se dice y se repite que existe una asociación directa entre populismo y demagogia, cuando en realidad la política está llena de toda suerte de demagogos que no deben su condición al populismo. Incluso es posible aventurar que no todo populista es necesariamente un demagogo. Si entendemos por demagogia la “práctica política que consiste en ganarse con halagos el favor popular”, encontramos que un populista marxista, como algunos consideran a Fidel Castro, no es un ejemplo de demagogia, salvo que alguien considere que convocar al pueblo a los más grandes sacrificios sea halagarlo. Tampoco lo es un populista como Néstor Kirchner, que está muy lejos de halagar al pueblo ni ofrecerle soluciones mágicas. Por el contrario, el énfasis de su discurso está en el trabajo y la productividad. “Todavía estamos en el infierno” es la frase que con mayor frecuencia ha repetido Kirchner durante su gobierno.

Se dice y se repite que los líderes populistas hacen gala de un discurso “antipolítica”, cuando en muchos casos el populismo precisamente lo que busca poner de manifiesto es el valor de la política frente a quienes desde una visión tecnocrática pretenden reducirla a “mera administración”. Se dice también que los líderes populistas tienen un discurso “antielitista” que alienta el “odio de clase”,⁷ otra generalización que tampoco se aplica en todos los casos. Néstor Kirchner no alimenta oposiciones de ese tipo. En todo caso, lo que ha hecho es denunciar a individuos con nombre y apellido provenientes de distintos estratos de la sociedad. Evo Morales, por su parte, más que ser “antielitista”, lo que reivindica es otra élite: la proveniente de los pueblos originarios. Rafael Correa, a pesar de estar enfrentado a la partidocracia tradicional, no representa a un político clasista, lo que queda drásticamente de manifiesto cuando sostiene que los ciudadanos “no pueden esperar impávidos” a que los parlamentarios “hagan lo que les da la gana”, pues sus mandantes (el pueblo) “quieren una consulta popular y una Asamblea Constituyente”, refiriéndose a las dilaciones que encuentra para cumplir con su promesa electoral.

Se dice, se repite y se critica con dureza que los líderes populistas apelen al “sentimiento popular”. Sin embargo, tampoco es posible afirmar que Morales apele

⁶ En la definición de algunos de estos conceptos hemos recurrido a Rodrigo Salazar, 2006, *Populismo y representación política en América Latina (1996-2002)*, tesis de maestría de futura publicación, FLACSO. Las posiciones políticas que emanan de esa obra, sin embargo, son de nuestra entera responsabilidad.

⁷ Enrique Krauze, “Decálogo del populismo iberoamericano”, *El País*, 10 de octubre de 2005.

a ese sentimiento como un todo. Su llamado, en todo caso, es a la parte de los pueblos originarios que él representa. Y si de “apelar al sentimiento” se trata, esto sólo es criticable en política si se opone a la razón o a la *phronesis* aristotélica (sabiduría más bien práctica). Por lo demás, que los políticos no apelarán a los sentimientos sería lo mismo que los automovilistas pretendieran llegar a algún lugar sin apelar a la caja de cambios.

Se dice y se repite que los populistas son “voluntaristas”, en tanto fundan sus previsiones más en el deseo de que se cumplan que en las posibilidades reales de que ello ocurra. Es posible que algo de esto sea cierto, aunque ¿cómo definirían esos mismos críticos al general Charles de Gaulle cuando esperaba a que lo atendieran en Gran Bretaña, refugiado en Saint Stephen’s Circle, horas antes de decir al pueblo francés —que no lo conocía— que no pensaba rendirse y que a partir de entonces nacía la Francia de la resistencia? Es posible también que el populismo sea un procedimiento que atenta contra la “temporalidad normal de la razón política”.⁸ Habría que definir, sin embargo, cuál es esa temporalidad y quién determina su pauta, si una insensible burocracia o las necesidades más apremiantes de los ciudadanos. “El tiempo no es una entidad abstracta, es vida humana”, dijo Jean-Paul Sartre.

Se dice y se repite que los populistas tienen una tendencia a simplificar fenómenos complejos. Ese “amor por lo simple”, sin embargo, es una debilidad que hemos observado en numerosos políticos de todos los espectros ideológicos. Sería interesante preguntarse si George W. Bush no lo exhibe de forma rotunda cuando, al ofrecer su visión estratégica mundial, señala que en el hemisferio occidental “no se puede permitir que la atracción ilusoria del populismo, contraria al libre mercado, erosione las libertades políticas y atrape a los más pobres en ciclos de pobreza”.⁹ ¿Este “amor por lo simple” hace de George W. Bush también un horrendo populista? Esta simpleza que caracteriza a muchos políticos —no sólo a los populistas— tiene mucho más que ver con el tipo de discurso al que éstos se ven sujetos en un mundo en el que las pautas de la comunicación están cada vez más determinadas por medios electrónicos que no admiten —o no quieren admitir— la profundización del mensaje.

Se dice y se repite que los populistas se presentan y actúan como “héroes providenciales” que controlan subrepticamente a las masas diciéndoles cuáles son sus “propias necesidades”. Quienes así se expresan quieren desconocer que en casi toda la política realmente existente hay alguien (delante o atrás) que establece de forma abstracta cuáles son las necesidades más importantes de la gente. “Propias” es un buen término, porque refiere al que habla y a los que son hablados por el que habla. De ese modo se introduce una dimensión de lo colectivo que quizá de otra manera estaría completamente ausente. No es necesario que esa función la ejecute un Mesías ni éste es necesariamente el comportamiento de todo líder populista. Sólo a partir de una mirada al comportamiento de la sociedad en diferentes contextos históricos es posible detectar si éste es el caso. Haya de la Torre

⁸ Guy Hermet, “El populismo como concepto”, *Revista de Ciencia Política*, vol. xxiii, núm. 1, 5-18, 2003.

⁹ The White House, *The National Security Strategy of the United States of America*, 2006.

(marxista heterodoxo) no era mesiánico, ni tampoco lo fueron Rómulo Betancourt o Víctor Paz Estenssoro. La manipulación de las masas es consustancial a buena parte de la política tradicional. En el caso del populismo, es posible afirmar que la participación del pueblo como factor de rompimiento ha tenido efectos reformadores que en algunos casos han provocado efectos históricos trascendentales.

No creemos en esa visión simplificada que concibe a los marginados como seres desprovistos de inteligencia y raciocinio y los caricaturiza como agentes pavlovianos que responden a los estímulos externos de un líder que los “hipnotiza” cual si del flautista de Hammelin se tratara. Aclaremos el debate: la movilización desde arriba no ocurre solamente en las organizaciones populistas, sino que la han practicado y la practican hasta los partidos más liberales en América Latina (si es que éstos realmente existen). Salvo excepciones, el clientelismo y la manipulación es la historia de buena parte de los partidos en nuestra región.

Alcanzar niveles de popularidad es una preocupación de todos los políticos, no sólo de los populistas. Todos los políticos recurren a una cierta dosis de populismo para ser elegidos, e incluso para mantener un cierto grado de aceptación una vez que llegan al poder.¹⁰ Populismo y popularidad —un atributo que nadie querría negar a los políticos— derivan de la misma raíz etimológica.¹¹ Como bien se ha afirmado, “no hay política que no tenga algún matiz populista”.¹² Los *outsiders* de la política que han llegado al poder sin un apoyo partidista sólido, pero que convencen a una gran cantidad de ciudadanos con un discurso que condena a los partidos tradicionales, pueden o no ser populistas. Ni Mario Vargas Llosa ni Carlos Mesa lo son ni lo fueron.

Se dice y se repite que los líderes populistas convierten a sus adversarios en demonios, moralizan la cosa pública y la conciben en “términos maniqueos”. Sí, probablemente, aunque hay otros muy buenos ejemplos de esa forma de hacer política. ¿Qué hay de la definición reaganiana del “imperio del mal”? ¿Y de Konrad Adenauer, Alcide de Gaspari y todos los políticos europeos que manipularon a su gusto la fobia anticomunista de la guerra fría? ¿Qué se puede decir de la forma en que George W. Bush y Tony Blair libran su batalla contra el terrorismo? ¿Acaso no sobran ejemplos de otros gobernantes que han hecho escuela (y carrera) denunciando a un “enemigo identificado”?

Se dice y se repite que los populistas hacen un manejo irresponsable de la economía, lo que pone en peligro la estabilidad de las finanzas públicas. Algunos suelen creer que todo populista tiene una máquina de hacer dinero y que está dispuesto a echarla a andar a la menor provocación; se dice que todo populista tiene una tendencia innata a endeudarse compulsivamente. En su “Decálogo del populismo iberoamericano”, por ejemplo, el ingeniero industrial Enrique Krauze —tam-

¹⁰ Guy Hermet, *op. cit.*

¹¹ Joan Corominas y José Antonio Pascual, *Diccionario crítico etimológico*, tomo Me-Re, Madrid, Gredos, 1991-1997, p. 673.

¹² Yves Meny e Yves Surel, *Pour le peuple, par le peuple*, París, Fayard, 2000; Ernesto Laclau, “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, núm. 205, septiembre-octubre de 2005.

bién doctor en historia— afirma: “El populista utiliza de modo discrecional los fondos públicos. No tiene paciencia con las sutilezas de la economía y las finanzas [...]. La ignorancia o incomprensión de los gobiernos populistas en materia económica se ha traducido en desastres descomunales de los que los países tardan decenios en recobrase”.¹³ A decir verdad, quien no ha tenido demasiada paciencia con las sutilezas de la política de la región es el propio Krauze, a quien la realidad desmiente más de lo que confirma.

Habría que distinguir aquí, como afirmamos en un principio, entre populistas con responsabilidad de gobierno y aquéllos sin ella, entre quienes manejan la economía con seriedad o sin ésta. En México, por ejemplo, el gobierno de Lázaro Cárdenas ejerció una “disciplina fiscal impecable” (no así el de Luis Echeverría Álvarez),¹⁴ mientras que en Argentina, el periodo de hiperinflación más alto de la historia contemporánea se dio bajo el gobierno del radical Raúl Alfonsín. El “populista” Néstor Kirchner se ha caracterizado por un férreo control de la caja y su gestión ha mostrado números negros; el superávit ha sido uno de los ejes macroeconómicos de su estrategia de crecimiento. En todo caso, lo que hoy ha comenzado a emerger en algunos países de América Latina —populistas o no— es un cierto revisionismo frente al Consenso de Washington, orientado a dotar al Estado de un papel más activo en la sociedad. Eso, que para algunos es populismo, en todo caso fue John Maynard Keynes, y hoy es Joseph Stiglitz.

Se dice y se repite que todo populista es autoritario. Algunos han definido el populismo propiamente como un “modelo autoritario basado en un liderazgo carismático”.¹⁵ Ello puede explicarse —aunque no se exculpe— con el hecho de que las instituciones y las leyes de la democracia liberal son percibidas por algunos populistas como un producto de las élites oligárquicas, elaboradas para perpetuar el orden existente y limitar las reivindicaciones sociales. El discurso populista, además, en su negación del adversario, conlleva muchas veces un germen “potencialmente autoritario”.¹⁶ Ello no implica, sin embargo, que todo populista se plantee “desestabilizar o derribar” la democracia representativa”, como suele afirmarse a menudo.¹⁷ Mas, como lo demuestra el caso de Correa en Ecuador, una estructura democrática formal en ocasiones puede erigirse en barrera para una más cabal democracia representativa.

La mayor parte de los populistas ha ganado en elecciones limpias y, aunque el estilo político de muchos busque sortear ciertas instancias del Estado o incluso trate de debilitar la división de poderes, sólo en casos contados se han tomado

¹³ Enrique Krauze, *op. cit.*

¹⁴ Soledad Loaeza, “La presencia populista en México”, en Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean-François Prud’homme (comp.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, El Colegio de México, 2001.

¹⁵ A decir de Gino Germani, el populismo es un modo de dominación autoritario bajo un liderazgo carismático asociado a las clases populares. Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2003.

¹⁶ Rodrigo Salazar, *op. cit.*

¹⁷ Guy Hermet, 2001, en Rodrigo Salazar, *op. cit.*

medidas que ostensiblemente las anulan o que flagrantemente violan la legalidad formal. No cabe duda de que el populismo puede ser deficitario en lo que a calidad institucional se refiere, pero ello no convierte a todos sus exponentes, automáticamente, en “enemigos peligrosos” para la democracia. En todo caso, hasta no hace mucho tiempo, la democracia ha padecido de enemigos que no son precisamente populistas y que han medrado considerablemente su calidad institucional.

En la crítica de que el populismo es autoritario hay verdad, siempre y cuando la afirmación se coloque en su justa dimensión y contexto histórico, y se admita que en la actualidad hay una amplia gama de matices. En efecto, los populismos de los años treinta y cuarenta en la región fueron autoritarios. Pocos son los que niegan que Perón, Vargas o Velasco Ibarra tuvieran una concepción autoritaria del poder. Sin embargo, también es cierto que sus liderazgos coincidieron con la más dura crisis mundial del liberalismo, que no sólo se expresó en la emergencia de totalitarismos en casi toda Europa, sino en un estilo de liderazgo autoritario generalizado. Los casos más ilustrativos fueron el de Franklin Delano Roosevelt, en Estados Unidos, y, más adelante, el del general De Gaulle en Francia.

La discusión es muy distinta en lo que se refiere a los populismos de hoy. Caben pocas dudas de que el estilo de Chávez es acusadamente militarista.¹⁸ En cuanto a Kirchner, su autoritarismo en todo caso es una cuestión de modales, que es lo que más critican en él sus opositores. En todo caso, el estilo de Kirchner no es más autoritario que el de Sarkozy —acaso menos— ni más que el de Jacques Chirac o George W. Bush o Vladimir Putin. Y si el lector se da a la tarea de revisar de vez en cuando la prensa montevideana, caerá en cuenta de que el presidente Tabaré Vázquez —que no pareciera ubicarse en el espectro populista— no pocas veces es tildado de autoritario por el Poder Legislativo de su país. El estilo autoritario o personalista, en lo administrativo, es perfectamente compatible con la socialdemocracia más consumada.

Por lo demás, es importante “conservar la distinción entre el aspecto liberal y el aspecto democrático de la política” —como sostiene el ecuatoriano Ramírez Gallegos. Sólo si evitamos colocar el liberalismo político como el único referente democrático es posible distinguir la cuestión con mayor rigor.¹⁹ En Venezuela, por ejemplo, la constitución bolivariana creó formas de democracia participativa que podrían constituir una experiencia democratizadora *sui generis* si al ser evaluadas en su contexto, con una mirada sobre la totalidad de la acción de gobierno, arrojan un saldo positivo.

¹⁸ Pocos socialdemócratas sinceros dejarían de pestañar si leyeran lo que sigue: “En términos militares, el ataque principal o el ataque secundario. La acción fundamental debe ser dirigida a la prevención, cuando estamos hablando de educación el año pasado se incrementó en un veinte por ciento la matrícula escolar, este año la vamos a seguir incrementando. Le estamos restando delincuentes futuros en potencia al hampa, o cuando generamos empleo en el Plan Bolívar 2000 o cuando abrimos allá el ‘Jean Tex’ en Maracay van 3 000 desempleados a trabajar, a hacer pantalones y camisas, estamos reduciendo la posibilidad del incremento del hampa, de la delincuencia”. Hugo Chávez, alocución en cadena nacional con motivo del primer año y medio de gobierno, miércoles 2 de agosto de 2000.

¹⁹ Franklin Ramírez, “Mucho más que dos izquierdas”, *Nueva Sociedad*, núm. 205, septiembre-octubre de 2006.

No deja de ser relevante, también, el referendo revocatorio que se incluyó en dicha constitución, por medio del cual la ciudadanía puede remover a un presidente a la mitad de su periodo. Chávez salió triunfador de un referendo así el 15 de agosto de 2004. Si una figura análoga hubiese existido en Argentina o en Bolivia, tanto Fernando de la Rúa como Gonzalo Sánchez de Lozada habrían sido destituidos sin que se derramara una gota de sangre, y Alejandro Toledo, que gobernó Perú con índices de aprobación menores a 15% durante años, hubiese vuelto a su casa mucho antes.²⁰

El debate entre democracia y populismo es vasto y podríamos extendernos en él aún más. Sin embargo, hay que señalar que más allá de discusiones académicas, en ese desprecio al populismo suele haber muchas más concepciones de clase —que en nuestra región llevan el componente de una vergonzante discriminación étnica y racial— que una genuina preocupación por la “simplificación del debate político”, el “maniqueísmo” presente en el discurso de algún gobernante o la propia democracia. Sobre esta última, un simple examen de la historia latinoamericana demuestra que —salvo excepciones— no fueron los gobiernos populistas los grandes responsables del rezago democrático en nuestros países. Fue la oligarquía, respaldada por el partido militar y estimulada por el poder imperial, la que una y otra vez recurrió a golpes de Estado para hacerse del poder —en estos casos sí— de forma ilegal, ilegítima y hasta criminal.

Nuestro populismo

Muy poco tienen que ver los populismos que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX —en Rusia primero y en Estados Unidos después— con el populismo latinoamericano que emergió esencialmente entre los sectores urbanos durante los años treinta y cuarenta de la pasada centuria. Los fenómenos de masas que tuvieron como protagonista a la clase obrera en nuestra región (también llamados movimientos “nacional-populares”) y que abarcaron desde el sur del río Bravo hasta la Patagonia, fueron la consecuencia histórica de un acelerado proceso de modernización y de un creciente grado de movilización social que rebasó la capacidad de los mecanismos de integración de las instituciones democráticas.²¹

Los gobiernos de Juan Domingo Perón en Argentina, Getúlio Vargas en Brasil, José María Velasco en Ecuador, Víctor Paz Estenssoro en Bolivia, Rómulo Betancourt en Venezuela y —no menos importante— Lázaro Cárdenas en México transformaron “dramáticamente” las estructuras sociales y sirvieron para la consolidación de estados más fuertes. En varios casos, estos gobiernos también desafiaron la gran dependencia de nuestras economías frente al capital extranjero, al llevar a manos del poder público el dominio de bienes estratégicos como los ferrocarriles o el petróleo. Más que simples populistas —como bien afirma Herbert Braun— fueron “populazos”.²²

²⁰ Gennaro Carotenuto, “Chávez, el reformista”, *La Jornada*, 3 de febrero de 2007.

²¹ Germani, 1973, en Rodrigo Salazar, *op. cit.*

²² Herbert Braun, “Populazos, populitos, populismos” en Guy Hermet, Soledad Loeza y Jean-François Prud’homme, *op. cit.*

Sin duda, eran hombres que sabían hablar con el pueblo y en el lenguaje de un pueblo que por primera vez aparecía en el escenario político como protagonista, como sujeto y no sólo como objeto de la historia. Es cierto, nadie puede negar que los líderes populistas corporativizaron a las masas, en parte para así consolidar su propio poder político, pero tampoco nadie puede afirmar que no entregaran nada a cambio. Lo suyo no se reducía a mera demagogia.

Hay gran cantidad de datos duros que demuestran cómo gobiernos populistas del tipo de Juan Domingo Perón y Lázaro Cárdenas —más allá de todas las críticas que se les quiera hacer— instrumentaron políticas que se tradujeron en el mejoramiento económico, social y cultural de sus pueblos. En México, entre la segunda mitad de 1935 y principios de 1938, cuando el programa cardenista pudo desarrollarse plenamente, la reforma agraria logró transformar la geografía social y política del país de una forma sin precedentes, lo que generó una redistribución de la riqueza nacional. Cárdenas alteró radicalmente la estructura de la propiedad rural con la expropiación de casi 18 millones de hectáreas, en su mayoría tierras cultivadas, que se tradujeron en un aumento de 400% de la superficie agrícola.²³

Las expropiaciones dejaron en manos de los ejidatarios zonas tan productivas como la algodонера de La Laguna en el norte, las plantaciones de henequén en el sur o las tierras de regadío del valle del Yaqui en el noroeste. Si en 1930 las propiedades ejidales sólo constituían 13% de las tierras cultivables de México, hacia 1940 este porcentaje ascendía a 47%. Así, para finales de los cuarenta, la mitad de la población rural tenía acceso a tierras, ya fuesen ejidales o privadas. En 1940, los ejidatarios tenían alrededor de siete millones de hectáreas cultivadas, mientras que los propietarios privados sólo 6.8 millones.²⁴

Intelectuales de muy diversas tendencias han señalado el carácter trascendental y reformador de la gestión cardenista. Alan Knight asegura que “el cardenismo fue un movimiento radical genuino” que “buscó reformar una sociedad caracterizada por un capitalismo dependiente”.²⁵ Arnaldo Córdova, a pesar de ser un duro crítico de la política de masas instrumentada en esos años, señala: “el desarrollo de la reforma agraria durante el sexenio cardenista es impresionante si se consideran los beneficios obtenidos por los campesinos. Tanto en lo referente a la calidad de las tierras que recibieron como en lo tocante a la asistencia que se les prestó, la obra de Cárdenas constituye todo un récord”.²⁶

En Argentina, “la quintaesencia del populismo” —como Enrique Krauze califica al gobierno de Juan Domingo Perón— permitió que el país alcanzara la distribución de la riqueza más equitativa que conozca su historia. Por años, Argentina fue uno de los países socialmente más armónicos de Latinoamérica, con el menor índice de analfabetismo de la región, una poderosa clase media, la mayoría de la

²³ Alan Knight, “Cardenismo: Juggernaut or jalopy?”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 26, núm. 1, febrero de 1994, pp. 73-107.

²⁴ Lorenzo Meyer, “La institución del nuevo régimen”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2002.

²⁵ Alan Knight, *op. cit.*

²⁶ Arnaldo Córdova, 1974, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, p. 105.

población concentrada en las ciudades, una notable excelencia educativa y una participación de los trabajadores en el PIB que durante el primer peronismo alcanzó picos de 50%, en una tendencia que logró mantenerse por encima de 40% hasta 1976, cuando se produjo el último golpe militar. El país creció como nunca antes. Según el censo de 1954, el número de establecimientos industriales y mineros se había incrementado en 110.60% y el personal fabril ocupado en 25.6% en relación con 1946. Por 650 millones de dólares fue totalmente repatriada la deuda externa.

“Estos guarismos —como escribió el marxista Juan José Hernández Arregui en su famosa obra *La formación de la conciencia nacional*— expresan una prosperidad desconocida hasta entonces que abarcó y benefició a todas las clases sociales”. Los saldos acumulados a favor del país durante la guerra se emplearon para comprar soberanía y elevar las condiciones de vida de un pueblo que, tras el mito de la Argentina productora de carneros, había vivido socialmente sumergido. En 1942 concurrieron a las salas de espectáculos de Buenos Aires —y el hecho fue común en todo el país— 13 356 838 espectadores. En 1949, 27 195 367; lo mismo ocurrió en los estadios, en los teatros, en los lugares de diversión. El costo de la vida —poniendo como número base 100 para 1943— aumentó a 180, los salarios a 267. Los ahorros, ese mismo año, pasaron de 82 por persona a 210.24. Argentina ofrecía el nivel de vida más alto de América Latina, y uno de los más elevados del mundo.²⁷

En cuanto a Brasil, cómo será que el populismo de Getúlio Vargas también dejó una indeleble marca reformadora que el propio presidente Lula —a pesar de haber declarado que el suyo sería un gobierno *popular* y no *populista*— muchas veces se ha comparado con él y con otros gobernantes populistas como Juscelino Kubistchek y João Goulart. Getúlio —“el padre de los pobres”— conserva tal peso simbólico que Carlos Lessa (el primer presidente del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social nombrado por Lula) colgó en su despacho un gran retrato de Vargas, lo que contradecía el supuesto fin de la era getulista que decretó el ex presidente Cardoso.

Suele afirmarse que en aquellos años América Latina vivía un periodo de auge derivado de la coyuntura internacional, marcada por la segunda guerra mundial. Algunos creen también que incluso ese pináculo no se aprovechó como se debía y que las políticas que entonces se instrumentaron eran “insostenibles en el tiempo”. Todos estos argumentos son discutibles. También durante los años noventa, Argentina vivió inserta en un contexto de auge, derivado del exceso de oferta de capitales, los que empleó para sostener una paridad cambiaria de uno a uno, endeudándose y favoreciendo los negocios de especulación financiera. El “viento de cola” sólo sirve a los navegantes despiertos o afortunados.

La prueba más clara de que el auge se aprovechó como era debido es que Argentina, aún después del segundo gobierno de Perón, siguió creciendo casi cinco puntos porcentuales por año hasta 1974. Desde entonces, y hasta 2002, sólo lo hizo a niveles inferiores a los dos puntos. En 1974, la masa asalariada todavía participaba de algo más de 40% de la riqueza que producía la nación; hoy no llega

²⁷ Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Peña Lillo/Ediciones Continente, 2004, pp. 304-338.

a 30%. Si hoy se distribuyera la riqueza como en 1974, habría en Argentina sólo 4% de pobreza. De igual forma, si desde 1974 hasta hoy el país hubiera crecido cuatro puntos porcentuales por año, aun distribuyéndose la riqueza de modo no equitativo, habría 4% de pobreza.

Cuando una economía crece de manera constante durante algunos años se produce un salto cuantitativo de consecuencias cualitativas. Eso fue precisamente lo que ocurrió durante el peronismo de los cincuenta y es lo que está ocurriendo —guardando las debidas proporciones— en la Argentina de hoy. Hay un cierto correlato entre el populismo peronista y el “populismo kirchnerista” (o “reformismo de izquierda”, como lo consideran otros): el gobierno actual ha logrado más de cuatro años de crecimiento ininterrumpido, bajó la desocupación de 22% a menos de 10%, retrajo la pobreza en 11% y la indigencia en 14%, 5 200 000 argentinos salieron de la franja de pobreza e indigencia y, según el índice de Gini, se redujo la concentración de la distribución del ingreso en 11 puntos, modificando una tendencia de 30 años. No está de más decir que se duplicó el presupuesto en educación, se triplicó el de ciencia y tecnología y se elevó el porcentaje del PIB dedicado a la educación hasta en seis por ciento.²⁸

El populismo con otros ojos

El populismo en América Latina debe mirarse con los ojos de nuestra propia historia, a la luz de una región históricamente desigual —la más desigual del mundo— y débil (cuando no frágil) en lo institucional y en lo democrático. Sus formas autoritarias y la preeminencia de caudillos son —nos guste o no— una parte innegable de nuestra cultura política. Desde tiempos remotos, el pueblo se identifica con esas figuras y se moviliza en torno a ellas. Son estas formaciones políticas —y no otras— las que hasta ahora han sido capaces de construir una hegemonía en términos gramscianos.

En nuestra región, el populismo tuvo una función histórica indiscutible. A pesar de sus posiciones liberales y muy contrarias al populismo, en un suplemento especial *The Economist* afirmaba con razón: “[El populismo en América Latina] fue el medio a través del cual las clases trabajadoras y los sectores medios fueron incorporados al sistema político. En Europa esa labor la llevaron a cabo los partidos socialdemócratas. En América Latina, sin embargo, donde los sindicatos eran organizaciones muy débiles, esa función la concretaron líderes populistas”.²⁹

Sólo hace falta echar un vistazo a los partidos y gobiernos bien o mal llamados socialdemócratas —casi todos fracasados— que lograron gobernar en América Latina durante el siglo xx para darse cuenta de que su contribución histórica y su impacto social fueron insignificante al lado de los grandes movimientos nacio-

²⁸ Véase Javier González Fraga y Martín Lousteau, *Sin atajos*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2005.

²⁹ “The return of populism”, *The Economist*, 12 de abril de 2006. Es importante aclarar que nada dice esta definición en cuanto al *tipo* de incorporación de la clase trabajadora que significó la socialdemocracia en Europa frente al que implicó el populismo en América Latina; cada uno —evidentemente— fue muy distinto.

nal-populares. Más pobre aún fue el alcance de los partidos comunistas —algunos de ellos proscritos y otros imposibilitados para participar en elecciones—, de escasa base social (algunos de sus cuadros difícilmente habrían ganado una elección para representantes de su salón de clases), que eran secciones nacionales o apéndices del antiguo Partido Comunista de la Unión Soviética y que muy tarde lograron extirpar su sectarismo o sus raíces estalinistas para formar alianzas más amplias. La ceguera de esa izquierda vernácula para comprender el acceso de las grandes masas populares al escenario de la política local, y para aceptar su carácter progresista, los llevó a automarginarse de sus grandes transformaciones históricas.

“Tanto en la tradición marxista como en la liberal —afirma el venezolano Edgardo Lander— hay una marcada tendencia, cargada de eurocentrismo, a subestimar el significado histórico del populismo en América Latina”.³⁰ El sociólogo argentino Nicolás Casullo explica: “El punto decisivo de la operatoria populista es la capacidad de desarrollar en los hechos *la escena concreta del conflicto* y de accionar allí, tumultuosamente, proyectos sociales enfrentados en lo político, en lo cultural y en lo intelectual. En un continente de históricos poderes hegemónicos e implacables dominios liberales, conservadores, militares, racistas y del gran empresariado, el populismo siempre supo, y pudo, recrear formas democratizantes de presencia de bases sociales a contrapelo de esa realidad abusiva. Siempre logró hacer política de masas intervinientes”.³¹

Al norte, al sur, al este o al oeste, a barlovento o a sotavento, los errores de análisis y posteriores faltas del marxismo ortodoxo en América Latina han sido tan mayúsculos que uno no sabría si esos errores los alejaron de las grandes corrientes populares o fue la lejanía del pueblo la que los llevó a cometer tales equivocaciones. En un capítulo en cuyo título figura la expresión “la degradación de las izquierdas”, Hernández Arregui menciona múltiples ejemplos. Escojamos dos. El Partido Comunista argentino acusaba al peronismo de estar al servicio de los patrones con el argumento de que, gracias a sus hoteles y campos para vacaciones, policlínicos y consultorios jurídicos, proveedurías y ayuda social, los jefes de la Confederación General del Trabajo (CGT) se proponían vaciar el movimiento sindical de todo contenido de clase. Por otra parte, al gobierno de Villarroel en Bolivia, “esfuerzo trágico de un pueblo hermano por la liberación”, lo calificaba de “dictadura tambaleante”.³² En Cuba, Huber Matos hace el siguiente relato: “Ha llegado [a la sierra] Carlos Rafael Rodríguez, uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Popular [comunista] [...]. Me cuenta que en Caracas se ha firmado un pacto entre los comunistas, el Movimiento 26 de Julio y otras organizaciones cuba-

³⁰ Edgardo Lander, “Izquierda y populismo. Alternativas al neoliberalismo en Venezuela”, en César Garavito, Patrick Barret y Chávez Daniel, *La nueva izquierda en América Latina*, Caracas, Norma, 2004.

³¹ Nicolás Casullo, “Populismo, el regreso del fantasma”, *Página 12, El País*, Buenos Aires, 28 de mayo de 2006.

³² Juan José Hernández Arregui, *op. cit.*, capítulo V (“Perón, el ascenso de las masas, y la degradación de las izquierdas”), p. 309.

nas, a fin de coordinar una acción común contra la dictadura, sin que esto suponga compromiso político alguno por parte de los nuestros”. Y en nota al pie: “[En] el Pacto de Caracas [...], contrario a lo que dice C.R. Rodríguez, los comunistas fueron excluidos”. Y prosigue: “Los comunistas están haciendo un trabajo de dos caras, algunos de ellos mantienen buenas relaciones con Batista y otros con Fidel. Es oportunismo y pienso que no los necesitamos como aliados. Tiene mucho más sentido alcanzar el triunfo sin llevarlos como lastre”.³³ Cualquier coincidencia con el Pacto Cívico Militar que el Partido Comunista proponía en Argentina, previo al 24 de marzo de 1976, a la vista de lo que antecede, no es producto del azar.

El rechazo al populismo en América Latina fue tan grande como los intereses que afectó, ya fuera de forma real o simbólica. El populismo de los “populazos” fue la irrupción de la “chusma”, de “los nacos” “los rotos”, “los descamisados” y los “cabecitas negras” en el centro de la escena política. La “gente decente”, en una sociedad acostumbrada a un orden vertical, se horrorizó frente a esa emergencia del pueblo llano. Nuestras clases cultas pusieron el grito en el cielo: los caudillos del siglo pasado habían vuelto a disputarles el poder. El mundo derecho se había convertido en mundo al revés: incultos personajillos le prometían el poder al despreciable vulgo dejándolos a ellos al margen de las decisiones.³⁴

El populismo fue el inicio de un proceso (que está muy lejos de haber concluido) orientado a acabar con el “Estado oligárquico” en América Latina. Vino a revertir la idea de un orden social dirigido esencialmente de arriba hacia abajo en el que, hasta entonces, la política era un ámbito dominado por muy pocos.³⁵ A diferencia del *comic* que suele presentarse hoy, los líderes populistas de entonces no eran sólo unos vociferantes que arengaban a las multitudes en público. Por el contrario, eran hábiles políticos, hombres pragmáticos que supieron negociar con la nueva clase industrial a favor de grandes proyectos de desarrollo nacional, como no supo hacerlo la vieja clase política.³⁶ En casi todos los casos, su avance sólo pudo ser detenido por gobiernos militares.

La vuelta del antipopulismo

Hoy suele hablarse de un renacer del populismo en América Latina y con él parece haber vuelto, entre algunos sectores, una fuerza reaccionaria que sería deseable que no obtuviera los resultados del pasado. Algunos sectores de la derecha conservadora que gobierna Estados Unidos y su red de repetidoras han comenzado a desplegar una retórica que coloca ciertos populismos radicales en un lugar parecido al que ocupó la amenaza comunista durante la guerra fría. Ayer a la caza de los rojos, hoy a la caza de las brujas populistas, estos extremistas intelectuales han colocado a algunas de estas figuras entre los elementos “peligrosos” para la gobernabilidad democrática e incluso para la seguridad internacional.

³³ Huber Matos, *Cómo llegó la noche*, Buenos Aires, Tusquets Editores/Fábula, 2004, p. 128.

³⁴ Herbert Braun, *op. cit.*

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

La actitud de la derecha, sin embargo, es comprensible: está guiada por una estela de intereses específicos que encuentran salida en la confrontación ideológica. Nos preocupa, sin embargo, que algunas izquierdas (incluso algunos liberales de izquierda, como sería más apropiado considerarlos) no tomen la suficiente distancia crítica frente a este tipo de retórica y sigan refiriéndose al populismo en términos prejuiciosos y sumamente generalizadores. La vasta elaboración teórica sobre el fenómeno populista latinoamericano que surgió a partir de los estudios de Gino Germani y de Torcuato di Tella,³⁷ entre otras muchas visiones, debería permitirnos un discurso sustancialmente distinto al de John Negroponete o Andrés Oppenheimer. En cualquier caso, algunos países viven una realidad estimulante: durante los noventa, las derechas comunicaban números y las izquierdas respondían con ideologías. Por el contrario, hoy son las izquierdas las que exhiben números y las derechas son las que disparan dogmas. No está de más recordar que Correa es un economista con estudios en Lovaina (Bélgica) y en Illinois (Estados Unidos).

Tiempo atrás, la izquierda hizo una importante distinción entre tipos de populismo. Si bien es cierto que Lenin calificó al populismo ruso como una “utopía conservadora pequeñoburguesa”, también reconoció que era necesario “distinguir sus aspectos reaccionarios de sus componentes progresistas”. El propio Carlos Marx, que criticó el populismo por excluir la lucha de clases y conciliar el conflicto social, también llegó a establecer un matiz similar.³⁸

Una lectura más generosa con el populismo de izquierdas es la del sociólogo argentino Ernesto Laclau. Si nos apartamos de las definiciones más peyorativas del concepto, podemos entender que el fenómeno populista no es necesariamente malo. Todo depende de sus resultados, en toda la acepción del término. En un buen sentido, el populismo puede concebirse como la existencia de un régimen que garantiza el camino de la política y evita que ésta se convierta exclusivamente en administración. Para Laclau —a quienes algunos consideran el sostén intelectual de algunos liderazgos progresistas que han emergido en América Latina—, un régimen populista es aquel que permite movilizar a las masas desde el poder para ayudar a la formulación y deliberación de sus demandas.

En la visión de este sociólogo, el populismo emerge cuando el discurso dominante entra en crisis y pierde su capacidad para absorber las demandas democráticas de la sociedad.³⁹ No es otra cosa que un modo particular de articular y gestionar ese cúmulo de demandas y reivindicaciones que el sistema político no puede atender o es renuente a hacerlo. Dado que las demandas son sumamente heterogéneas, el populismo establece entre ellas una relación de solidaridad que las homogeneiza en un conjunto más simple y que un líder enarbola ante las masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él.⁴⁰

³⁷ Nicolás Casullo, *op. cit.*

³⁸ *Idem.*

³⁹ Rodrigo Salazar, 2006, *op. cit.*

⁴⁰ Ernesto Laclau, “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, núm. 205, septiembre-octubre de 2006, pp. 56-61.

“Preguntarse si un movimiento es o no populista —afirma Laclau— es plantearnos un dilema equivocado. En todo caso, el cuestionamiento que debemos hacer es el siguiente: ¿Qué tan populista es determinado movimiento?”. El populismo debe verse como un *continuum*, cuyo extremo opuesto —o su contrario— es la tecnocracia pura y dura, completamente insensible a la política.⁴¹ “No es casual —afirma este sociólogo— que uno de los blancos de la crítica de los defensores del *statu quo* haya sido siempre el populismo, dado que lo que ellos más temen es la politización de las demandas sociales. Su ideal es el de una esfera pública enteramente dominada por la tecnocracia”.⁴² En el fondo, no existe ningún extremo absoluto, ni la política sin administración y técnica ni la administración y la técnica sin política. A juicio de Laclau, no hay ningún movimiento político que esté exento de cierta dosis de populismo: el fin del populismo sería el fin de la política.

Quienes hoy con su dedo acusador señalan al populismo como la raíz de nuestros males en la región, esos que llaman a frenar ese “virus”⁴³ que crece por América Latina, deberían poner el mismo empeño en hacer la crítica a las condiciones que condujeron a su “resurgimiento” en América Latina. Varios estudios sobre los aspectos que llevaron a Hugo Chávez al poder, por ejemplo, coinciden en señalar como una de sus principales causas el deterioro económico previo, así como la indignación moral frente a la corrupción de la clase política tradicional y la insatisfacción de los electores con la democracia.⁴⁴ El caso de Correa en Ecuador es comparable, como lo es también el de la debacle de 2001 en Argentina, que presagió la llegada de Néstor Kirchner al poder.

Es interesante observar también lo que ha ocurrido después, una vez que estos movimientos llegan a ser gobierno. No todo es blanco y negro. Hay algunos datos que muestran que los llamados populismos que emergieron en los últimos años han permitido recuperar una cierta credibilidad en los sistemas democráticos en varios países de América Latina. Tanto en Argentina como en Bolivia, Néstor Kirchner y Evo Morales han logrado revertir los índices de rechazo a la política y que sus presidencias alcancen índices de aprobación superiores a 60%. En su más reciente libro sobre América Latina, Javier Santiso, un economista de la OCDE muy crítico del populismo, también ha puesto atención al fenómeno de la recuperación de la credibilidad democrática en algunos de estos gobiernos, fenómeno que deja en su obra como un interrogante sin resolver. Según datos del Latinbarómetro de 2004, Venezuela registró uno de los apoyos a la democracia más altos en América Latina, seguido por Uruguay.⁴⁵

Llegados a esta parte, cabe preguntarnos si el populismo, como concepto, sirve realmente para explicar la compleja realidad que vive hoy América Latina.

⁴¹ Ernesto Laclau, *Populism: What's in a name?*, disponible en: <www.essex.ac.uk/centres/TheoStud/papers/Populism%20What's%20in%20a%20name.doc>.

⁴² Ernesto Laclau, 2006, *op. cit.*

⁴³ Enrique Krauze, *op. cit.*

⁴⁴ Coppedge (2005) y Weyland (2003) en Rodrigo Salazar, 2006, *op. cit.*

⁴⁵ Javier Santiso, *La economía política de lo posible*, Washington, Banco Interamericano de Desarrollo, 2006.

Los movimientos nacional-populares que surgieron durante la primera mitad del siglo pasado tienen poco que ver con la realidad de un mundo independiente como el de hoy, donde la esfera de los estados nacionales se ha reducido significativamente. Quizá se parecen en la existencia de amplias convergencias que articulan la movilización popular y revalorizan el papel de un Estado que reconoce sus responsabilidades sociales. Sin embargo, los populismos de hoy se distinguen de los del pasado por una visión más plural y diferenciada de lo popular y de la nación, que —en la mayoría de los casos— ya no se limita a determinados actores del mundo del trabajo —la clase— o de la política —el líder— o del Estado.⁴⁶

Cuando se trata de comprender a los gobiernos de centroizquierda en la región, suele trazarse una línea forzada y artificial —más ideológica que antropológica—, entre una izquierda “democrática”, “moderna”, “pragmática” y “sensata”, y otra “demagógica”, “nacionalista” y “populista”. Este tipo de generalizaciones —que llevan implícita la idea de una “izquierda buena” y una “izquierda mala”— no contribuyen al análisis de la compleja realidad política de cada una de esas naciones, no hacen honor a sus historias ni ayudan a resolver sus problemas. Por eso es necesario observar más, categorizar más y mejor, y anatematizar menos.

En uno de sus más recientes ensayos, Ramírez Gallegos señala: “La izquierda en América Latina ha asumido formas específicas en cada país de acuerdo con las herencias institucionales del neoliberalismo, el lugar de los movimientos sociales y la trayectoria histórica de los partidos progresistas [...]. Para comprender con mayor rigor su ascenso es necesario explorar los particulares contextos de su emergencia, los bloques de poder sobre los que se apoyan y los márgenes de maniobra que dejan las herencias institucionales. Hacerlo permitirá verificar que en América Latina coexisten más de dos izquierdas”.⁴⁷

Quiere el género epistolar que aquel piamontés del que hablamos al principio nos dejara un sinnúmero de cartas en las que hoy podemos recordar su paso por África, Europa y América. Valga una de éstas para meditar: “...confrontando cada cosa, los viajes terminan por producirme dos conclusiones, y no más: que para juzgar justamente sobre las cosas humanas conviene generalizar poco y distinguir mucho. Las largas reflexiones sobre estas materias me han habituado a ver el mal mezclado con el bien en cada sistema y me han inclinado a opinar que los juicios generales casi siempre son erróneos y que la perspicacia de una mente profunda está en saber calcular en cada sistema la masa de los bienes de aquella de los males”.⁴⁸ ●

⁴⁶ Carlos Vilas, “La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares”, *Nueva Sociedad*, núm. 205, septiembre-octubre de 2006.

⁴⁷ Franklin Ramírez, *op. cit.*

⁴⁸ Carlo Vidua, *op. cit.*, carta núm. 54.

Entrevista con Bolívar Echeverría*

M **auro Cerbino:** Usted estudió en Berlín, hace ya 40 años; estuvo allá en el periodo anterior a la caída del muro de Berlín. Me gustaría arrancar con esta pregunta referida a su trayectoria intelectual, con la intención de motivar una especie de cruce entre sus vivencias antes y después de la caída del muro de Berlín: ¿cómo ve hoy, Bolívar Echeverría, el debate en el campo del marxismo y la izquierda en general?

Bolívar Echeverría: En el tiempo que estuve allá, que fue entre 1961 y 1968, Berlín se identificaba con su época, de manera similar a la que otras ciudades se han identificado con otras épocas. Así como Benjamin decía: “París, capital del siglo XIX”, así también podría decirse: “Berlín, capital de los años veinte”; es decir, la peculiaridad de esa época agitada y trágica y la peculiaridad de la ciudad descrita por Döblin en su famosa novela *Berlin-Alexanderplatz* coinciden hasta confundirse entre sí. Y mira, para mí, y tal vez no sólo para mí, Berlín podría ser también “la capital de los años sesenta”. Berlín era en esa época la ciudad ejemplar de la guerra fría, era el punto en donde amenazaban tocarse los dos polos que debían mantenerse separados y de alguna manera en empate para que no sobreviniera la hecatombe de la guerra nuclear, la guerra que podía ser la última y final, etcétera, etcétera. En Berlín vivíamos una situación muy artificial. Era una ciudad-isla, una puebla del Occidente democrático en el medio hostil del “mar comunista”, subvencionada por la Bundesrepublik del “milagro económico alemán”. Y era esa artificialidad precisamente la que permitía el desarrollo de una cantidad de fenómenos que era imposible encontrar en el resto de Alemania. Escaparate de libertades, debía permitir que muchas actitudes y discursos antipequeño burgueses, que quedaban en ella de antes del nazismo y que eran ajenos al buen sentido alemán de posguerra, se hicieran presentes sin recato. Así, por ejemplo, en medio de una sociedad totalmente anticomunista, es decir, casi identitariamente anticomunista, incluso el marxismo, la “ideología” de la odiada “zona soviética”, podía permitirse sacar la cabeza. Ciertos profesores de la Universidad Libre de Berlín comenzaron a hablar del marxismo; pero no del marxismo como el sustento de alguna nueva doctrina política y menos aún del dogma del “socialismo realmente existente” (como lo bautizaría después Rudolf Bahro) cuya realidad nefasta la teníamos ahí, a dos cuadras de distancia, sino del marxismo en el sentido puramente teórico,

* Realizada por Mauro Cerbino, José Antonio Figueroa y Julio Echeverría para la revista *Iconos*, Quito, 23 de mayo de 2003.

como un discurso utópico indispensable en la modernidad. Recuerdo, por ejemplo, al profesor Lieber, que fue el primero en abrir en la Universidad Libre de Berlín, allá por 1964, un seminario sobre temas marxistas en torno al libro de Lukács, *Historia y conciencia de clase*. La redefinición del concepto de “proletariado” a la que invitaba la discusión en torno al libro de Lukács llevó a varios estudiantes que pertenecían a la juventud del Partido Socialdemócrata, entre ellos a Rudi Dutschke, a plantear que la revolución sólo podía pensarse en términos planetarios y que, dentro de ellos, la lucha de liberación de los pueblos del “Tercer Mundo” ocupaba provisionalmente el lugar que, en términos nacionales, había ocupado la lucha del proletariado.

MC: Una idea marcusiana también.

BE: Así es... Dejaron de ver en la expansión y consolidación del capitalismo un proceso de simple ampliación por contagio, como el de una mancha de aceite, y la imaginaron como una expansión que polarizaba la economía del planeta, que creaba “zonas burguesas” y “zonas proletarias”. El hecho de que la clase obrera europea desconociera su “vocación” revolucionaria, y se aburguesara junto con el conjunto de su sociedad nacional, se compensaba con el hecho de que las naciones oprimidas del tercer mundo se “proletarizaran” en el nuevo escenario planetario de la lucha de clases.

José Antonio Figueroa: Supongo que muy ligada a la experiencia de las luchas anticoloniales, sobre todo de África, que en ese momento tenían mucha fuerza.

BE: Así es, muy atentos a eso. Ten en cuenta que el movimiento estudiantil alemán resurgió a partir de las manifestaciones que hacíamos conjuntamente los pocos estudiantes latinoamericanos y estos estudiantes socialistas a los que me refiero. Cada vez que venía alguno de esos dictadores africanos, Chombé, por ejemplo, o algún presidente latinoamericano, constitucional o cuasi, o algún autócrata del Medio Oriente, el sha de Irán, por ejemplo, invitados por la Alemania Occidental, para que hicieran gestos de horror ante “la ignominia del muro de Berlín” y esas cosas, las manifestaciones estudiantiles crecían en número y en radicalidad. Lo que más nos llenaba de indignación era la mentira que estaba en el uso autojustificador que el Estado occidental hacía de esos títeres suyos en el Tercer Mundo.

JAF: ¿Cree usted que había una forma de revitalización del latinoamericanismo en el debate que suscitaba la lucha anticolonial?

BE: Yo creo que sí, porque, en ese momento, en verdad, los únicos estudiantes extranjeros que más o menos estábamos organizados en Alemania éramos los latinoamericanos (nos agrupábamos en una asociación, la AELA) y era así con nosotros con quienes más contacto tenían los estudiantes alemanes, con quienes más discusiones tenían. Por ejemplo, el libro de Fanon, *Los condenados de la tierra*, no lo discutieron con árabes o norafricanos, sino con nosotros.

JAF: A fines de los años ochenta o a principios de los años noventa, aquí en el Ecuador, empezaron difundirse escritos suyos en torno a uno de los ejes de su obra que es el tema del mestizaje. Creo que esa posición contrastaba con el neoin-

digenismo que estaba también consolidándose con fuerza en el escenario nacional. Ahora, 15 o 20 años después, cuando nos encontramos en un contexto nacional marcado por un cogobierno de indígenas y cuando se ha consolidado la multiculturalidad, ¿cómo se podría repensar el tema del mestizaje?

BE: En esa época, cuando planteé este problema del mestizaje, lo hacía justamente en polémica soterrada con el fundamentalismo indigenista. Lo que decía es que, indios puros, propiamente, capaces de sacar de sí la semilla de su civilización arcaica y de hacerla germinar como la alternativa salvadora frente a la modernidad decadente y en crisis, no existen; que, en toda la América, no hay indios que no hayan entrado en un proceso histórico de mestizaje; que este mestizaje es, más que de nadie, en un sentido o en otro, un proyecto suyo y que los rasgos actualmente reprimidos de su identidad —igual que los rasgos reprimidos de las otras identidades: americanas, ibéricas, africanas, asiáticas, para no hablar de las nuevas, las que se gestan en la vida cotidiana de nuestros días— no podrán reivindicarse en un proyecto volcado contra la modernidad sino sólo en uno que persiga una modernidad alternativa frente a la que prevalece actualmente, que es la capitalista. Tal vez en alguna zona perdida, si todavía las hay, de la Amazonia, existan indios puros, pero creo que —exagerando tal vez— la simple presencia de los aviones que atraviesan el cielo de la cuenca amazónica, como pájaros que ellos saben son hechos por otros humanos como ellos, afectan ya, “mestizan” y distorsionan esas culturas tan cerradas, complejas y frágiles, arcaicas. Pero lo que quisiera subrayar es esto: yo partía de la idea de que lo importante, en la historia de la cultura, no es la transformación que sufrirían ciertas sustancias identitarias o ciertas identidades sustanciales, sino al contrario, la decantación formal, y la fidelidad creativa a esa decantación formal, de ciertos “motivos identitarios” evanescentes y pasajeros por parte del comportamiento social, teniendo en cuenta que éste, antes que nada, es un comportamiento creador de formas. Quería plantear el problema del mestizaje como un hecho de creación de formas a partir de formas anteriores, y para ello, entonces, me pareció interesante considerar lo peculiar del comportamiento de los indios a comienzos del siglo xvii y particularmente de los indios ciudadanos durante ese siglo; peculiaridad a la que me parece adecuado calificar de “barroca”. ¿Por qué barroca? Por lo siguiente: los indios a los que me refiero son indios que estaban ya convencidos de que su antiguo mundo, el mundo de sus abuelos, de sus bisabuelos, era un mundo que se había ido para siempre, que era imposible reconstruir; de que lo único que podían hacer ellos para mantenerse en vida, y para poder así cultivar los restos de su identidad ancestral, era asumir y apoyar o incluso reconstruir la civilización de quienes los habían vencido y casi aniquilado. Ésta era una civilización que venía deteriorándose y que, para entonces, estaba en trance de desaparecer, descuidada por sus introductores ibéricos, los conquistadores y sus hijos, abandonados ellos mismos por la metrópoli, a la que habían dejado de ser tan útiles como en el siglo pasado. La única posibilidad que ellos veían de vivir una vida más o menos civilizada, y por tanto menos hostil a su supervivencia, era, paradójicamente, la de apoyar o incluso sustituir a los europeos en la reproducción e incluso la reconstrucción de la civilización europea que había des-

truido la suya. La de imitar o representar teatralmente la vida europea, pero como lo hace el comportamiento barroco, según el cual la vida real se ve obligada a sacrificarse a la vida ficticia y la ficción pasa a ser una nueva realidad. Quería pensar el hecho del mestizaje, no bajo el modo de la influencia de una sustancia cultural sobre otra, sino bajo el modo de la actualización de una “voluntad de forma” que pierde la suya anterior al transformar otra, ajena. En la América ibérica, decía, no se ha dado una prolongación de lo europeo existente, como sucedió en Norteamérica, sino una recreación o reinención, una sustitución de eso ya existente por otra versión diferente de eso mismo.

JAF: Por ejemplo, se hace todavía una lectura bastante anacrónica cuando se piensa que grandes escritores americanos como Garcilaso de la Vega o como Guamán Poma de Ayala tenían en mente la idea de restaurar un pasado, cuando en realidad hacían propuestas muy afinadas con el presente que estaban viviendo.

BE: De acuerdo.

MC: Consciente de que corremos el riesgo de un cierto reduccionismo, de un cierto empobrecimiento del asunto, ¿podríamos hablar de algún ejemplo que hayas podido observar o estudiar en Latinoamérica con este efecto de recreación o, como yo diría, de resignificación?

BE: Mira, yo creo que los ejemplos que generalmente se dan, que son los ejemplos del arte, del arte barroco de México, de la escuela quiteña, del barroco cuzqueño, de ese barroco llamado “colonial”, tan famoso a últimas fechas, son en verdad los ejemplos menos representativos, menos fuertes, que pueden darse de este barroquismo. Ahí son todavía las mismas formas europeas las que están siendo alteradas, remodeladas en el sentido de los americanos. El trabajo al que someten esas formas resulta bastante superficial, me parece a mí, en comparación con la transformación de ellas que tiene lugar en los distintos planos de la vida cotidiana, que es, ella sí, una transformación radical. En el ámbito religioso, sobre todo, en el de la religiosidad popular, donde otro catolicismo sustituye al catolicismo oficial, sin quitarlo de su sitio; donde María, la mediadora de Dios, la marginal, pasa a estar “en el centro”, como diría Monsiváis, a “sustituir provisionalmente”, por un pequeño momento que resulta eterno, a ese mismo Dios. Pero no sólo en ese ámbito, sino también, por ejemplo, en el del erotismo real, más enrevesadamente “perverso” de lo que se cree, en la recomposición de las relaciones reales de parentesco, de una permisividad calladamente desafiante; o en el urbanismo espontáneo, que distribuye un sentido dramático en la traza renacentista indiferente; pero más que nada o sobre todo en el uso recodificador de la lengua española, capaz de crear una lengua dentro de otra, el español americano. Incluso en la economía y la política se puede ver con mucha claridad ese barroquismo radical, que sólo sale a la luz bajo la figura monstruosa de la corrupción como instrumento clave de la convivencia social. Es interesante ver que en el siglo XVII se genera en América algo así como una “economía mundo”, para hablar con Braudel; un conjunto orgánico de crecimiento de capital, una vida económica subterránea que es, ya de entrada, “informal” y que sin embargo no pretende destronar a la vida formal (ni siquiera en el caso de los jesuitas, expulsados por Carlos III bajo

la acusación de intentarlo). Esto que ahora sostiene la vida de la mayoría de las gentes en la América Latina, por debajo de la producción formal y torpemente globalizada, la “informalidad” de la economía, tiene raíces profundas en la historia. El único modo en que podía funcionar la economía en América era el de la corrupción como sistema, el de la distorsión estructural de la legalidad en el proceso mismo de su cumplimiento. Las leyes y disposiciones de la Corona se cumplían obedientemente, pero “representándolas”, es decir, filtrándolas a través de una “legalidad salvaje”, informal, que parasitaba en ellas pero las subordinaba calladamente en la práctica. El famoso “se obedece pero no se cumple”.

MC: Es la matriz católico-cristiana que se contrapondría a la matriz protestante.

BE: Sí, completamente.

MC: En este sentido, no sé si se trata de una recreación de esto, o es un asmir un poco algo que viene de la metrópoli, de España, de Europa, ¿no?

BE: Claro, el barroquismo no aparece por primera vez en América, sino que aparece *también* en América. Y en este caso, en el de la economía y la política, aparece en condiciones inéditamente favorables.

MC: Pero, ¿tú verías ahí la posibilidad de establecer condiciones para un proyecto alternativo, un proyecto de sociedad, un proyecto de modernidad alternativa desde América Latina?

BE: No, yo no creo que se pueda armar un proyecto de modernidad alternativa barroca, ¡para nada! Pienso que la modernidad barroca, como estrategia para soportar el capitalismo, ya tuvo su tiempo, ya existió, y que pervive entre nosotros con efectos en un cierto sentido positivos, por aligeradores de la vida, pero en otro sumamente dañinos, por promotores del conformismo. Otra cosa es que una posible modernidad alternativa, como “negación determinada” que sería de la modernidad actual, tendría matices barrocos, si sale de la América Latina, pero sería necesariamente una modernidad posbarroca, puesto que sería poscapitalista.

JAF: Continuando en esta línea de análisis, cuando usted establece las relaciones entre el nivel económico y el *ethos* barroco, usted plantea que en oposición al *ethos* barroco está la modernidad del capitalismo central que privilegia lo que sería el nivel abstracto de la teoría del valor. Este privilegio de los elementos abstractos sería lo que generó ese impresionante movimiento que terminó en la objetivización total del mundo y la destrucción del mundo sería una de las tendencias. Por el contrario, en la modernidad barroca, que usted llega a considerar incluso como una modernidad alternativa, al privilegiar el valor de uso nos encontraríamos con una modernidad menos devastadora. Sin embargo, al analizar las formas económicas de estas modernidades excéntricas nos encontramos que la devastación es a veces hasta más grande que en las modernidades centrales. ¿Cómo compatibilizar su crítica a la noción de valor del capital, hecha de elementos provenientes de la Escuela de Frankfurt y del hispanoamericanismo, sin caer en una apología de sistemas que han producido hechos tan devastadores, o quizá más devastadores que los de la modernidad central?

BE: Mire..., mi planteamiento no es exactamente el que usted dice, es tal vez un poquito más complejo. Yo parto de esta idea: ahí donde comienza a funcionar

la economía en torno a la valorización del valor, ahí, todo el proceso vital se ordena necesariamente en torno a la contradicción entre el valor de uso y el valor abstracto valorizándose, que sería la acumulación del capital. Ésta es una contradicción que se resuelve de ciertas maneras institucionales: construyendo un Estado nacional, por ejemplo. Ahora bien, lo interesante para mí es el modo como esa neutralización institucional de la contradicción capitalista está siendo vivida, experimentada y asumida por los seres humanos en su vida cotidiana. En lo que yo planteo, el hecho general de la subordinación del valor de uso al valor valorizándose, es decir, el hecho general de la devastación que trae consigo la modernidad capitalista es algo a lo que ningún método de vida puede escapar, ningún *ethos*, ningún tipo de comportamiento mediador: ni el realista o pragmático ni el romántico ni el clásico y, por supuesto, tampoco el barroco. Nadie puede escapar a ese destino de devastación: es la ley de la época. Pero lo interesante, desde mi punto de vista, está en el cómo lo vive la gente, en el modo como ella experimenta la neutralización institucional y política de esa contradicción económica y esa devastación. A ese modo de vivir la neutralización de la contradicción capitalista, de construir un “mundo de la vida” según ese modo, es al que llamo yo un *ethos* moderno. Hay, digo entonces, distintas maneras de vivir esa neutralización, distintos *ethos* o *ethe* modernos; el uno, el más afín, el más funcional al capitalismo, el “realista” o “pragmático”, el estudiado por Max Weber, es el que parte de una denegación considerablemente neurótica, en verdad, de la existencia misma de una contradicción que esté siendo neutralizada. Supone sin cuestionar que aquello que el capital induce en la producción y el consumo es lo mejor que los creadores y disfrutadores del valor de uso podrían imaginar; es decir, que no puede haber ninguna contradicción porque lo que es bueno para el valor abstracto autovalorizándose es naturalmente bueno también para los seres humanos. Es obviamente el *ethos* más afín a la reproducción de la economía capitalista. En total contraposición a éste, y para no hablar de todos los demás, lo que hace el *ethos* barroco es vivir la institucionalidad como la neutralización que es de la devastación del valor de uso del mundo de las cosas por el valor económico capitalista que él tiene, pero vivirla de una manera sumamente peculiar, la manera de la teatralidad barroca, trascendiendo esa destrucción del valor de uso mediante una reconstrucción del mismo pero en lo imaginario, restaurándolo como un valor de uso de segundo grado. Por eso no es demasiado exagerado decir que el barroquismo nace en verdad en las partes más bajas o más marginales de la sociedad, “en la basura”, allí donde la neutralización es más urgente y difícil, donde la contradicción es inoculable y aguda y donde no hay escapatoria de la devastación. No nace sino que es aprovechado en los palacios de los mecenas romanos, no está primero en la gran pintura ni en el *witt* o en el ingenio cortesanos, sino en acciones desesperadas como las de los desharrapados de Nápoles o como la del mestizaje de los indios ciudadanos de América, del que hablábamos antes. Pero hay que tener claro que el *ethos* barroco no rescata ni puede rescatar al valor de uso de su devastación; lo que hace es trascender la destrucción del valor de uso, que es inevitable. Al hacerlo, al teatralizar la existencia, al instalarse en lo imaginario, parece estar dotado de

esa famosa “magia” que convierte al mundo en “maravilloso” y que tanto atractivo tiene para los neobarrocos.

JAF: Hay un ejemplo, para mí, paradigmático y problemático, tratando de pensar en esta forma de destrucción a través de la trascendencia del valor de uso, en el contexto de América Latina. Me refiero al narcotráfico, que se da en zonas que coinciden mucho con los imaginarios de las zonas que a usted le atraen: son zonas absolutamente marginalizadas, zonas de altísima incidencia de mestizaje, y también en zonas donde hay una problemática relacionada con lo que sería el valor y el valor de uso. Al plantear que existe una forma de trascendencia del valor de uso, y al no aceptarlo explícitamente, ¿no es ésta una forma de opacar el deseo que sí es explícito en esta gente, hasta el punto de que se les reprime? Si usted tiene un deseo, no lo va a trascender, sino que lo va a tratar de realizar, ¿haciendo uso de este deseo de esperar a que lo trascienda, como lo plantea en el barroco, no es también una forma de deslegitimar ese deseo?

BE: En un sentido sí, pero lo que me parece a mí es que, en todos estos fenómenos informales, se da la instalación de mundos cuya consistencia es imaginaria, ¿no es así? Por ejemplo, Escobar. Escobar era idolatrado entre las poblaciones controladas por su mafia, ¿por qué? Porque les construía un mundo artificial, de un valor de uso que no tenía ningún sustento, que no existía más que para el momento. Ésa es un poco la idea. No traía una transformación social, no promovía una redistribución de la riqueza, no fomentaba las fuerzas productivas. No había nada de eso, sino simple y llanamente la posibilidad de vivir un mundo que la legalidad declaraba imposible; la aprovechaban incluso acosados por el ejército, incluso temerosos de que al salir del lugar en donde estaban comiendo o disfrutando los abatieran a balazos.

JAF: Ésa es una característica del capitalismo, el valor de uso se agota en sí mismo. Pero, el problema es que en contextos periféricos, el valor no aparece, porque el sistema no lo permite, no existe ni siquiera un marco de legitimidad en que se le diga a la gente, bueno, efectivamente, potenciemos esto hacia delante. Entonces, el valor se agota en sí mismo, se agota a través del uso, me parece.

BE: No lo sé, lo que yo veo, en verdad, es que las leyes del mercado funcionan ahí perfectamente, las leyes del mercado capitalista.

Julio Echeverría: Tal vez hay una relación entre legalidad o Estado nacional ahí, y acumulación o valor valorizándose, que no funciona en el caso del narcotráfico, porque no hay ese Estado nacional que es el que planta las reglas, establece las reglas y esa legalidad necesaria para que el capitalismo pueda valorizar el valor, ¿no? ¿Qué es lo que pasa?

BE: Aparece una legalidad parasitaria, no alternativa sino parasitaria, porque todos estos procesos son procesos perfectamente funcionales dentro del capitalismo. El narcotráfico no es algo que atente contra las leyes del capitalismo, sino que se inserta perfectamente en su vigencia. Tal vez los estados se escandalicen o hagan como que se escandalizan ante el narcotráfico, pero el narcotráfico y el lavado de dinero son perfectamente útiles para el funcionamiento de la economía capitalista. Lo que aparece ahí, creo yo, es que cuando el Estado, nacional o trans-

nacional, necesita este fenómeno, permite el apareamiento de una especie de tumor económico de legalidad parasitaria que intenta, dentro de la imposibilidad oficial o formal de su existencia, existir de todas maneras, ése sería el comportamiento barroco, ¿no? “En verdad nuestro negocio no tiene legitimidad, en verdad el Estado nos debería golpear y nos golpea. En verdad esto no tiene ningún futuro, ninguna perspectiva, pero hoy, sólo por hoy y dentro de estos límites, aquí y ahora, vamos a vivir de esta vaina”.

JE: Hay un Estado no consolidado de partida y hay una coexistencia entre ese Estado no consolidado y ese tipo de capitalismo que se sirve también de formas ilegales.

BE: La sociedad parasitaria funciona muy bien, porque funciona en términos autoritarios; lo que hay ahí son las órdenes de los capos, sustentadas en las múltiples formas de la violencia, por eso funciona perfectamente mientras puede.

JAF: Estamos hablando del narcotráfico que sería un ejemplo extremo pero existe también todo el campo del trabajo informal. Lo interesante es que si uno hace la conexión con el periodo colonial, cuando los mestizos y las castas hacían una serie de actividades ilegítimas, el asunto es que parece que hubiera una urgente necesidad ya de establecer mecanismos de legalización y alejar de lo subterráneo a estos sectores, desde una lógica del reconocimiento implícito del valor, ¿sí?

BE: Sí, como tú dices, ésta sería la figura más extrema del fenómeno de la informalidad. Pero como tú dices también, en el conjunto de la vida cotidiana de prácticamente todos los países latinoamericanos, la corrupción, es decir la creación de esas legalidades parasitarias, subterráneas, casi clandestinas, que tienen sin embargo una inmensa potencia, es un hecho. No es posible hablar de la economía latinoamericana si no tomamos en cuenta este proceso de producción/consumo anómalo, condenado por el proceso oficial, pero que es indispensable para él; que tiene sus propias leyes, que rigen en la ilegalidad como parásitos dentro de la legalidad establecida. En esa anomalía, en esa catástrofe de la legalidad, encuentran ellas su plenitud. Esa plenitud en medio del vacío, que es lo peculiar del barroco, comenzó a cultivarse tempranamente en la América Latina, ya a comienzos del siglo XVII. Ahí se fundó el mundo barroco, un mundo muy pleno, muy rico, creador de formas, pero que se da siempre bajo la convicción de que no tiene derecho a existir, de que en principio puede ser aniquilado, como lo fue efectivamente, de un plumazo, por Carlos III en 1768. Una medida casi puramente administrativa bastó para que se viniera abajo ese mundo barroco, en el que se puso a prueba una modernidad capitalista alternativa.

MC: Para tocar temas un poco más generales, ¿cómo has leído tú el libro de Hardt-Negri, *Imperio*? ¿Cuáles crees que son las repercusiones que puede tener este texto al interior del debate? ¿Qué problemas pone, propone, tanto al interior del marxismo como de la izquierda? ¿Qué reflexiones sobre todo para América Latina ves que proponga este texto?

BE: Mira, yo creo que la parte fuerte de la argumentación del texto es la que le corresponde obviamente a Negri, y es una argumentación que podríamos llamar ortodoxa marxista, casi ultraortodoxa-marxista, en el sentido en que él se atie-

ne a lo que sería la reconstrucción del argumento fundamental o básico de *El capital* de Marx, en el sentido de la consideración del capital como una entidad cuya reproducción es en principio o en potencia necesariamente planetaria, una entidad que sólo cuando alcanza su planetariedad llega a ser realmente. Para Negri, me parece, todas las figuras que ha tenido el capitalismo desde el siglo XIX han sido figuras que se han ido aproximando a la escala planetaria, que sería la propia del funcionamiento de la acumulación del capital. En ese sentido, el imperio es la culminación de esto, es decir, es la “dictadura del capital” en el momento en que puede por fin deshacerse de recursos de los que tuvo que echar mano a lo largo de esta historia; recursos, por ejemplo, como la constitución de soberanías nacionales, de conglomerados de capital separados unos de otros con base en monopolios demográficos y territoriales. Una nueva base tecnológica ha permitido que el planetarismo dé por fin al capital la figura que le corresponde, una figura que ya puede prescindir de esas corporizaciones y encarnaciones todavía primitivas que maniataban la acumulación de capital. El imperio no tiene raíces, no se asienta en ninguna parte, no tiene territorio, ni tiene tampoco asidero étnico de ningún tipo; no tiene preferencias nacionales. Ésa era la idea de Marx justamente. La figura concreta es un mal necesario para el capital; mientras menos estorbosa sea, mejor para él porque entonces puede funcionar mejor.

MC: ¿Cómo te explicas que de parte de ciertos intelectuales marxistas de izquierda haya habido una especie de rechazo al texto?

BE: Yo creo que tiene que ver con el hecho de que estos argumentos de Marx no llegaron a manejarse ampliamente en el marxismo del siglo XX. Por muchas razones: razones políticas concretas, que hicieron del marxismo una ideología de soporte al dogma del “socialismo real”; razones de historia cultural, en el renacimiento post 68 del marxismo, con el predominio del marxismo de la convergencia Este-Oeste y el althusserismo, que los expulsó por ideológicos y hegelianos. El hecho de que la lectura de *El capital* hecha por Negri es una lectura que se hizo en verdad sobre todo en Alemania y en ciertos representantes del marxismo en Italia, una lectura que quedó sin mayor trascendencia en el marxismo francés e inglés, que fueron los dominantes en Occidente.

MC: El elemento novedoso me parece a mí, aparte de lo que tú señalas, también es esta idea de que esa supuesta oposición o resistencia al capital global tendría que necesariamente ser una resistencia y oposición global a su vez. Hay una fuerte crítica a todos los localismos, incluso pasando por todo el trabajo que hacen las ONG, distribuidas por toda América Latina y por todos los países en desarrollo, o los sures del mundo. Entonces ahí, me parece que Negri dice: “la posibilidad de que haya una resistencia, una oposición a algo que podamos subvertir de este capital global, tiene que ser necesariamente global”. Entonces, esta noción de multitud que realmente deja como medio planteada o por plantearse.

BE: Yo creo que ahí podría haber tal vez una discrepancia, porque lo que veo es que la dictadura del capital reformula, reubica, redimensiona lo que conocemos como Estado nacional, pero no logra eliminarlo por completo, mientras que, según tengo entendido, Negri supone el hecho de su eliminación completa.

Los últimos años han hablado un poco en contra de esto, justamente con lo que sucede ahora con los Estados Unidos. Yo creo que ahí hay una confusión entre redimensionamiento del Estado nacional, que para muchos debería ya dejar de llamarse nacional, pero que tiene o cumple todavía una cierta función en el proceso planetario de acumulación de capital, y lo que sería una total eliminación del mismo. Porque lo interesante de todo esto, me parece a mí, es que el capital, aun en términos de capital global o de imperio, necesita de todas maneras corporizarse, tomar cuerpo, necesita tener una concreción de algún tipo. El tipo de concreción va a ser diferente, sin duda, pero la concretización tiene que darse. El que se ha dado durante siglos ha sido el de la concreción del Estado nacional; un Estado cuyas pretensiones absolutas, de detentador incuestionable de la soberanía, resultan ahora torpes, inoperantes, puesto que ancla esa soberanía en “la sangre y el suelo”, en la raza y el territorio, y no en marcas “más sutiles” de identidad, como los “estilos de cultura” o las “elecciones civilizatorias” —Oriente, Occidente, cristianismo, islam, etcétera— desde donde parece que habla ahora, ya en un lenguaje transnacional, la voluntad del capital.

MC: Pero esa concreción podría ser simplemente una máscara hacia la cual podría ir cierto tipo de oposición, pero lo que está atrás de la máscara está conectado en la red virtual..., el problema está detrás de eso y las conexiones en red que existen para sostener al capital global.

BE: Ése es el punto en que sí adquiere sentido la noción de “multitud”, porque junto a eso o frente a eso hay efectivamente una cantidad de redes de resistencia que se mueven por las mismas vías transnacionales por las que se mueve el capital.

MC: Que aglutina estos distintos particulares, que conformarían ciertas multitudes globalizadas, como para tener un cierto tipo de incidencia política, ¿o ya no se puede hablar de incidencia política?

BE: Pienso que la noción misma de incidencia política es algo que tiene que cambiar, porque obviamente la idea de incidencia política estuvo siempre conectada con la idea de la construcción de un contrapoder, del tipo que tú quieras. Era siempre un contrapoder que en algún momento decisivo iba a enfrentarse al poder, de un modo u otro, con las armas y las estrategias y tácticas que tú quieras, y llegar a sustituirlo de alguna manera. Ésta es, caricaturizando, la idea que teníamos de cómo se pueden cambiar las cosas. Ahora resulta claro que el monopolio total y absoluto de la violencia detentado por el Estado nacional-transnacional vuelve imposible que uno imagine siquiera un enfrentamiento tipo Vietnam, en el que David se vuelve capaz de tumbar a Goliat con el poder de su honda. Es imposible pensar en la violencia subvertidora del *establishment* como una violencia que se sitúe en el exterior y ataque desde ahí a las fuerzas armadas de ese *establishment*.

MC: ¿Y qué es lo posible?

BE: Posible es una violencia sutil, paradójicamente “pacífica”, que sea capaz de provocar efectos de implosión en el *establishment*. La construcción de un poder diferente del de las armas en el campo de batalla cuya consistencia está por

descubrirse. Yo creo que estamos en el momento de un desafío a la imaginación, más que de otra cosa.

MC: Para ti, ¿qué significa hoy ser de izquierda?

BE: Para mí, ser de izquierda significa hoy dirigir o alinear las ideas y los comportamientos, sea donde sea y en el lugar que sea en referencia a la posibilidad de una modernidad alternativa, no capitalista. Ésa sería mi definición.

JAF: Usted había hecho referencia a la expulsión casi por decreto del barroco en el siglo XVIII, por una racionalidad más vinculada a un racionalismo de Estado. Sin embargo, desde fines del siglo XIX empieza a resurgir con fuerza no solamente una producción estética, sino reflexiones de filosofía social que tienen una gran concatenación con el barroco. Para el siglo XX las conexiones ya son absolutamente explícitas. Uno de los intentos de los fundadores del realismo mágico es redescubrir la correlación entre mestizaje y barroco, generalmente en disputa con Europa, como sucedió en la disputa con el surrealismo llevada a cabo por Carpentier y luego hay una clara intención de recuperar el barroco en el contexto posmoderno, como lo hacen usted o Carlos Espinoza. Más allá de las historias intelectuales, ¿cuáles serían los escenarios que nos permitan ver cómo se ha ido revigorizando el sistema del barroco?

BE: Mira, yo creo que ahí la historia de las élites hispanoamericanas se conecta mucho con la historia europea. Esto es comprensible porque esas élites pretendieron adoptar identidades nuevas, diferentes de la heredada de España, de la que debían distinguirse para justificarse y que se encontraba por lo demás “tan desprestigiada”. Los ciudadanos de las nuevas repúblicas comenzaron a imitar, incluso a copiar identidades (francesa, inglesa, italiana, incluso alemana) tratando —de manera que delataba sin querer su barroquismo— de que la imitación fuera suficiente para convertirlos en lo que querían ser. La fundación de las repúblicas, muchas de ellas sin ningún sustento histórico, económico ni de ningún tipo, vino a llenar en términos puramente militares, de caudillismo militar, el vacío de gobierno que dejó la retirada de la Corona española. Eran fundaciones cuyo proyecto de identidad no era propositivo sino sólo autonegador. Niegan la única identidad que se había conformado justamente en la época barroca, y que fue combatida desde mediados del siglo XVIII, con el despotismo ilustrado. Durante todo el siglo XIX las élites latinoamericanas, las dueñas de las repúblicas, se plantearán militantemente como antibarrocas, como antilatinoamericanas. Ahora bien, es interesante ver cómo lo barroco funciona justamente en aquellos que lo están combatiendo. La creación de las repúblicas es ella misma un hecho barroco, porque implica un fingir ser algo que se sabe que no se es. Vivimos durante estos casi dos siglos encaramados sobre una sociedad sometida, representando el papel de Estado nacional soberano, a sabiendas de que no teníamos ni íbamos a tener la base para serlo, es decir, una acumulación de capital nacional (no una masa de recursos naturales nacionales) relativamente autosuficiente y por ello competitiva en el mercado mundial. Hemos representado que somos el Estado nacional paraguayo, el Estado nacional ecuatoriano, peruano o colombiano, incluso el Estado nacional argentino o mexicano, a sabiendas de que éramos una pura representación, en espera del

milagro que nos pasaría de la ficción a la realidad. El barroquismo de las élites antibarrocas, lo único que las hermana con sus sociedades, se mostró ya en la fundación de las repúblicas. El barroquismo es tan fuerte entre nosotros que incluso, en el campo de las artes, nuestro romanticismo tiene mucho de barroquismo disfrazado.

JAF: Cuando el barroquismo se convierte en un problema central de la filosofía, ¿no es una forma de construirlo ya como una narrativa de desencanto? Lo pregunto porque creo que una cosa es que el barroco esté atrapado en la obra estética, o en las fiestas que se hacen por el rey ausente, o que esté implícito en el proceso de construcción de la república romántica y otra cosa es que sea un discurso filosófico, lo que implica, incluso, una dinámica antibarroca, para nombrarlo, para designarlo claramente.

MC: ¿Crees que se puede plantear (y cómo lo verías) la constitución de un lugar epistemológico del pensamiento latinoamericano, que empezaría sosteniendo la producción de un discurso filosófico sobre las formas culturales en Latinoamérica? ¿Tú ves que hoy, se puede hablar ya, de una tradición de un pensamiento epistemológico latinoamericano y cómo se articularía eso, de qué estaría hecho?

BE: No lo creo. Pienso que en América Latina lo que hubo, primero, fue la expulsión del discurso propiamente filosófico, el discurso nuevo, moderno, post-teológico como efecto de la fortaleza del discurso teológico renovado por los jesuitas seguidores de Molina, y lo que ha habido después es la sustitución de éste por el discurso de la ficción, por la reflexión encarnada en el uso poético de la lengua. Creo que es en la literatura en donde se ha volcado la capacidad reflexiva de los latinoamericanos, que lo más fuerte está allí. Si queremos saber qué es, qué pasa en el Perú, creo que hay que comenzar por leer *Conversación en la catedral*. La inmensa cantidad de estudios sociológicos y etnológicos que hay sobre ese país sólo alcanza sentido si se siguen las claves para entender lo que viene en otros libros como ése, del mismo Vargas Llosa, de Alegría, de Arguedas, de Bryce Echenique, etcétera. Ahora bien, lo que ha habido también es la pretensión, a partir de esta reflexión en imágenes que es la reflexión literaria, incluso por parte de los mismos autores de esta literatura, de dar el salto hacia el discurso puramente reflexivo o teórico o filosófico, y de hacerlo como sea, sin respetar las exigencias epistemológicas de ese salto. Es decir, cuando se parte de constatar la existencia de lo maravilloso en la construcción del mundo barroco para sustancializarla enseguida como un rasgo propio de la naturaleza y la humanidad que se dan por estos lares (un rasgo en el que todos, especialmente los europeos racionalistas, suelen ser invitados a perderse), se traiciona lo más esencial de la vigencia de ese mundo, que es su artificialidad, su contingencia, su falta de naturalidad, precisamente. Se toma por un dato natural y se construye toda una epistemología sobre la factualidad del mismo, algo que no es un dato natural sino por el contrario una invención, un escenario creado para soportar la miseria, transfigurándola teatralmente en lujo, haciéndola maravillosa. Y eso me parece muy mal, porque se abandona lo principal del barroco que es su ambivalencia, es decir, se desconoce el trasfondo de desesperación que sustenta a lo maravilloso.

JAF: Pero al nombrar el fingimiento se está hablando del desencanto del mundo, de manera análoga a la lógica tecnoburocrática de origen anglosajón y protestante. Porque la filosofía dice “el barroco es sentimiento” y la función estética es incapaz de demostrarlo, es decir, se comparte un nivel de desencanto de origen efectivamente moderno.

BE: Un desencanto que queda fuera cuando de la forma barroca en literatura se deriva una epistemología y a veces hasta una *Weltanschauung*. Es lo que me disgusta, en ocasiones, de los neobarrocos como teorizadores de la cultura; Carpentier, por ejemplo. Creo que están tan fascinados con el mundo trascendido que se olvidan del mundo que hubo que trascender, algo de eso se nota incluso en nuestro clásico, en *Cien años de soledad*.

JAF: Y eso se conecta un poco con la idea de la fiesta permanente en América Latina que festeja la posmodernidad permanente, *avant la lettre*, que caracterizaría al mundo hispanoamericano.

BE: Claro, siempre hubo hispanoamericanos que vendieron espejitos a Europa. Muchos posmodernos compraron espejitos latinoamericanos y creyeron que efectivamente era posible desentenderse del referente, de lo aún no nombrado, y vivir exclusivamente en una superposición de significaciones suspendidas en el aire, que no topan jamás el suelo, “como los latinoamericanos”, como Remedios, la bella. Pero lo importante, si uno quiere reflexionar sobre esto, es tener en cuenta la ambivalencia del hecho barroco: el hecho barroco es sin duda maravilloso y sin duda hay en él la insistencia en que lo principal del ser humano es su fidelidad a los valores de uso, pero es también profundamente conformista puesto que se agacha ante la prepotencia del mundo capitalista. El barroco, aunque reacio a lo capitalista, es un *ethos* que protege su rebeldía del peligro revolucionario. No es revolucionario porque no necesita serlo; para él basta, simplemente, con saltar por encima del mundo malo, sin tener que transformarlo, trascendiéndolo en lo imaginario y viviendo un paraíso torturado, en medio de la basura.

JAF: Pero si ha habido cuatro siglos de barroco y las condiciones del continente han ido deteriorándose a pasos crecientes, ¿es necesario hablar del barroco o es necesario desencantarnos de él, radicalmente?

BE: Desencantarnos, por supuesto, pero siempre que sea radicalmente. La cuestión es que no se trata de pensar de modo no barroco, sino de modo poscapitalista, porque todos los otros *ethes* también están metidos en eso.

MC: Yo sé que obviamente no es una pregunta fácil, ni la respuesta obviamente tampoco, pero, cuando tú dices, ser de izquierda es pensar alternativo al capitalismo, ¿de qué modo?

BE: Es una pregunta difícil, sin duda, como tú dices, pero la clave de su respuesta me parece que está en esto: la enajenación que caracteriza a la modernidad capitalista no es un hecho que aconteció alguna vez en el pasado y cuyos efectos perduran en el presente, sino un proceso que está sucediendo permanentemente en todos los actos humanos de la vida cotidiana y no sólo en la imposibilidad estructural de una democracia real. La sujetividad humana, su autarquía, su capacidad de autorrealizarse libremente es como Sísifo: recomienza siempre de

nuevo, aunque una y otra vez termine por ser derrotada, por ser arrancada del ser humano y trasladada a la cosa, a lo ajeno, al valor-capital. La posibilidad de subvertir el orden establecido está siempre ahí, desde lo más mínimo e íntimo hasta lo más amplio y colectivo. La resistencia contra la modernidad capitalista no tiene siempre que estar consagrada por el ámbito de la política; su vocación de convertirse en una rebeldía colectiva se cumple muchas veces esquivando ese ámbito consagrado, esa versión política de lo político. Ser de izquierda no tiene ahora que ver con la topografía de una Convención Nacional, como en 1792, sino con el estar en contra del sentido enajenante de la modernidad capitalista que se manifiesta a cada paso.

MC: Pensar que la política está adscrita a la vida cotidiana.

BE: Claro, yo creo que eso se ha venido dando, sobre todo a partir de las experiencias de las muchedumbres con las nuevas técnicas. La generalización casi inmediata de las innovaciones técnicas radicales ha sido el fenómeno más globalizador que se ha dado en los últimos veinte o treinta años. La búsqueda de una *lingua* franca de la cultura, de una “identidad mínima” y por ello compartible por todos los usuarios de la nueva técnica ha llevado a la aparición de fenómenos fascinantes, que llevan, por ejemplo, en el ámbito de la estetización de la vida cotidiana a la creación de artes inéditas. El rock, desde los años sesenta, no debería ser visto sólo como un nuevo género en el amplio panorama de la música. El rock abre un nuevo momento, o una nueva vía en la historia de la música y las artes escénicas. Es, en muchos aspectos, a la vez una regresión y un salto más allá respecto de lo que se configuró hace unos dos o tres mil años como arte musical, una posmúsica que es lugar *sui generis* de lo político, sin serlo de la política. Pero éstos son temas muy difíciles, como tú dices, de los que podemos hablar con más tiempo en otra ocasión ●

PALABRA POR PALABRA

Castígalos, Señor, no saben lo que escriben

Renward García Medrano*

Yo no tengo muchas opiniones. Al final de la vida el hombre se da cuenta de que ha pasado años garantizándose una sola verdad. Aunque una sola, si es evidente, basta para regir una existencia.

ALBERT CAMUS

Los estudiosos del origen del lenguaje (Swadesh) han probado la estrecha interacción, yo diría interdependencia, entre el lenguaje articulado y el pensamiento que, en cierto sentido, son dos manifestaciones de lo humano. En la práctica, no es posible elaborar ideas sin un sistema de signos y significados que se organizan conforme a ciertas reglas. Sin un lenguaje específico, por ejemplo, sería imposible la formulación y comprobación de hipótesis matemáticas y esa sola laguna habría sido un ancla prematura al conocimiento y, por lo mismo, al desarrollo de la especie humana.

Las lenguas formadas por palabras articuladas que se ordenan conforme a cierta lógica sintáctica son el recurso hasta ahora insustituible para la formulación y transmisión del pensamiento y, en la práctica, son indispensables para la convivencia humana y, en particular, para el ejercicio profesional. Son códigos que hacen posible la comunicación entre quienes conocen y entienden los significados de sus elementos (palabras) y las normas para ordenarlos, de suerte que representen ideas coherentes.

Aun los investigadores de las matemáticas

abstractas y de ciencias afines deben recurrir a alguna lengua para entablar comunicación en temas distintos a su materia de estudio. Si pretenden comunicar cualquier tema de su especialidad con los legos, se ven obligados a “traducir” sus ideas a términos comprensibles para sus interlocutores.

En el ámbito académico, aprender significa apropiarse de conocimientos nuevos a partir de los que ya se poseen. Pero el puente entre lo conocido y lo desconocido entraña el proceso que he llamado de “traducción” del lenguaje especializado al de uso común, y esto únicamente es posible con la ayuda de profesores que no sólo conocen ambos lenguajes, sino también la gradación necesaria para la impartición de conocimientos nuevos, o bien con el estudio de textos elaborados de manera cuidadosa para conducirnos de lo conocido a lo desconocido.

En cualquier caso, el ejercicio profesional supone el conocimiento de los lenguajes específicos de las distintas disciplinas que integran

* Periodista. Correo electrónico: renward3@prodigy.net.mx

los planes de estudio y del lenguaje común, que no sólo es el que presuntamente conocía el novel estudiante, sino el que ha debido practicar en sus diarias relaciones con otras personas. Sus clases, sus lecturas, las conferencias a que acudió, las monografías, investigaciones y otros trabajos que debió elaborar en la universidad lo hicieron transitar permanentemente por el puente que une al lenguaje común con los de las disciplinas científicas y tecnológicas que aprendió.

Pero los puentes tienen dos extremos. En la figura que estamos usando, un extremo es el lenguaje común y el otro el especializado. Para transitar de uno a otro en cualquier sentido es indispensable conocerlos a ambos, pues una persona que no entienda alemán no podrá leer un libro de historia escrito en ese idioma ni tomar una clase de esa o cualquiera otra materia impartida en la misma lengua. Si el estudiante del ejemplo conoce algunos rudimentos del alemán, pero aún confunde significados y no ha asimilado la lógica de esa lengua, tampoco podrá entender los libros ni a los maestros y menos todavía podrá hablar o escribir al respecto ni en alemán ni en otra lengua cualquiera.

Si nuestro estudiante habla español, sus maestros usan el mismo idioma y los libros también están escritos en él, no habrá más límite a su aprendizaje que su base previa de conocimientos, sus capacidades intelectuales, la calidad de la enseñanza y sus incursiones por propia iniciativa en la lectura, la reflexión y la discusión de temas vinculados con la profesión que espera ejercer. Pero si su español es deficiente, su léxico estrecho y su sintaxis incoherente; si confunde significados y no puede expresarse coherentemente por escrito, no podrá asimilar los conocimientos que necesita, puesto que una parte del puente (la lengua castellana) está deteriorada y tampoco será capaz de ejercer su profesión con un margen razonable de seriedad.

Esto es particularmente cierto en las disciplinas humanísticas, pero también vale para las ciencias exactas, pues sería prácticamente imposible aprender física en los cursos normales de la Universidad de Tokio para quien no habla, lee ni escribe en japonés o lo hace de manera rudimentaria, parcial y deficiente.

¿Podemos confiar en la preparación de nuestros estudiantes y profesionistas si, en su gran mayoría, son incapaces de expresarse con pro-

piedad en español y menos aún por escrito? ¿Han podido aprender lo dicho en las clases o lo leído en los libros? ¿Es posible aprovechar una buena traducción de Joan Robinson, Max Weber, Eric Hobsbawm o siquiera de Milton Friedman para quien sólo conoce el español de un empleado bancario?

No puedo admitir que se tenga una buena formación profesional en cualquier área del conocimiento si no se puede usar la lengua materna con un mínimo de aptitud. No es verosímil que los profesionistas así preparados tengan cualidades para un ejercicio profesional confiable, ni siquiera en campos tan “técnicos” como la odontología, la veterinaria, la actuaría o la astronomía.

Por eso considero un crimen que las autoridades, los maestros y la sociedad se limiten a expresar preocupación cuando las investigaciones de la OCDE u otros organismos internacionales o mexicanos revelan los mínimos índices de lectura y redacción de los alumnos mexicanos. Y también que las universidades públicas y privadas, incluida la UNAM, permitan que egresen de sus aulas jóvenes que en su mayoría, sí, en su mayoría, son incapaces de expresarse coherentemente por escrito y aun les otorguen un título profesional, una maestría o un doctorado.

Los recursos públicos son insuficientes, sin duda, pero eso no impide que el sistema educativo centre la atención en la lectura, la redacción y las matemáticas, ni que las instituciones de educación superior incluyan el conocimiento básico del castellano en los planes de estudio. José Vasconcelos distribuyó ediciones baratísimas de los clásicos en todo el país, construyó escuelas, promovió el teatro, la música, la danza, propició el surgimiento del muralismo mexicano, movilizó a los niños y jóvenes escolares para alfabetizar, sin costo, a miles de personas; organizó un ejército de maestros-misioneros que llevaban las letras y los números a lugares que los burócratas creían inaccesibles, dnmde enseñaban oficios rudimentarios y medidas sanitarias. Lo hizo cuando el erario tampoco tenía suficientes recursos, entre otros motivos porque debía sufragar cuantiosos gastos militares. Y ello en medio de la acentuada corrupción del obregonismo y del enorme y creciente poder del sindicalismo de Luis N. Morones.

¿Trajo a los maestros de otro planeta o de algún país remoto? ¿Obtuvo donaciones de

Vamos México para reparar edificios en ruinas y convertirlos en escuelas? ¿Cooptó a los líderes para ganarse la confianza y entrega de los maestros? ¿Sobornó a los periodistas que pretendieron bloquear su proyecto y acabaron por reconocer sus méritos? ¿Amenazó, persiguió a los diputados o contrató empresas de “cabildeo” para que aprobaran sus presupuestos? ¿Hizo ahorritos para sobrevivir a la renuncia cuando rompió con Álvaro Obregón? *El Desastre*, tercer libro de la serie que se inicia con *Ulises Criollo*, tiene algunas respuestas.

Mas lo que aquí me importa subrayar es que para alfabetizar, enseñar español y matemáticas y expandir la educación y la cultura se necesita dinero, pero también hace falta determinación, valentía, honradez y genuina fe en la democracia como “forma de vida”. Hace falta hombría de

bien, una biografía intachable, una posición clara y firme ante la vida, el país y el mundo, y una confianza plena pero sin ingenuidades en los demás. Hace falta haber alcanzado en la vida al menos una certeza, y actuar en consecuencia.

Alfabetizar a los mexicanos, enseñarlos a comprender los textos y a hacerse entender por escrito empieza por reconocer como iletrados no sólo a los niños y jóvenes, sino a la gran mayoría de los profesionistas y posgraduados, incluyendo a los maestros. Ésta no es una tarea para la señora Gordillo, los líderes “democráticos” ni los maestros convertidos en masas. Es un trabajo para mexicanos como los que encontró Vasconcelos en una sociedad desarticulada y menguada por la lucha armada, con un gobierno de generales salidos del campo y con una economía en ruinas ●

E

Enamorada

Leonardo Lomelí Vanegas*

El 25 de diciembre de 2006 se cumplieron 60 años del estreno en el Cine Alameda de *Enamorada*, la película de Emilio “El Indio” Fernández en la que compartieron créditos por primera vez María Félix y Pedro Armendáriz, que a partir de entonces habrían de convertirse en una de las parejas emblemáticas de la época de oro del cine

mexicano. A más de 60 años de distancia, *Enamorada* sigue siendo una película memorable por muchas razones, además del nacimiento de dicha pareja cinematográfica: por su atinada dirección (Emilio Fernández), extraordinaria fotografía (Gabriel Figueroa), las actuaciones de Fernando Fernández y Miguel Inclán y, de manera destacada, por la belleza de las locaciones, en una Cholula de la que algo queda pero mucho se ha perdido. La película estuvo siete semanas en cartelera y se convirtió en una referencia obligada para las películas de tema revolucionario que se hicieron después.

Después de *Enamorada*, María Félix y Pedro Armendáriz volverían a ser pareja cinematográfica en varias películas, entre las que sobresalen *Maclovía*, *La escondida* (Roberto Gavaldón, 1955), *Flor de mayo* (Roberto Gavaldón, 1957) y *Café Colón* (Benito Alazraki, 1958). *Enamorada* fue también la primera película en la que Emilio Fernández dirigió a María Félix, dando inicio a una fructífera colaboración que habría de incluir otras cuatro películas destacadas, las dos primeras por su calidad, la tercera por sus pretensiones y la cuarta por haber sido la última cinta de Jorge Negrete, casado en ese momento con La Doña: *Río Escondido* (1947),

* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Economía de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Maclovía (1948), *Reportaje* (1953) y *El rapto* (1953). Años después, María Félix, “El Indio” Fernández y Pedro Armendáriz interpretarían sendos triángulos amorosos en *La cucaracha* (Ismael Rodríguez, 1958) y *La bandida* (Roberto Rodríguez, 1962).

La historia transcurre durante una ocupación zapatista de Cholula, en plena Revolución. ¿Existió tal ocupación durante la lucha armada? Sí, los zapatistas hostigaron y llegaron a ocupar por algunas horas la ciudad de Cholula en varias ocasiones, pero la ocupación más larga tuvo lugar en el invierno de 1914-1915, al inicio de la gran lucha de facciones revolucionarias que siguió a la caída de Victoriano Huerta. Después de la ruptura entre Venustiano Carranza y la Soberana Convención Revolucionaria, el Ejército Constitucionalista salió de la Ciudad de México, que fue ocupada a principios de diciembre de 1914 por los generales Francisco Villa y Emiliano Zapata. Entre los acuerdos a los que llegaron ambos jefes revolucionarios figuraba el compromiso de Zapata de avanzar hacia Veracruz, puerto en el que se encontraba Carranza. El primer punto importante del camino entre México y Veracruz es la ciudad de Puebla, en donde se encontraba en esos momentos el general Francisco Coss, con el general Salvador Alvarado en las cercanías, listo para auxiliarlo. El 14 de diciembre, 20 000 hombres del Ejército Libertador del Sur iniciaron el ataque sobre Puebla, defendida por 5 000 constitucionalistas al mando de Coss. Después de un día y medio de combates, el general Álvaro Obregón, comandante en jefe de las fuerzas constitucionalistas, envió a Coss la orden de evacuar la ciudad de Puebla y ordenó también el repliegue de Salvador Alvarado, en contra de su parecer.

El 16 de diciembre, el general Emiliano Zapata hizo su entrada triunfal a la ciudad de Puebla y se organizó la ocupación zapatista de la capital del estado y de la vecina ciudad de Cholula. Curiosamente, a pesar de la fama de la que venían precedidos, los zapatistas se ganaron a los poblanos, ya que dieron garantías a la población civil, abrieron las iglesias y liberaron a muchos prisioneros que habían hecho los constitucionalistas, incluido el ex gobernador porfirista Mucio P. Martínez. Esta ocupación se prolongó durante casi tres semanas. El 30 de diciembre, el general Obregón empezó el avance desde Veracruz con 12 000 hombres y a principios de enero estableció su cuartel en Acajete, desde donde ordenó que se cortaran las comunicaciones telegráficas y ferroviarias de las ciudades de Puebla y Cholula, como paso previo al ataque constitucionalista, que comenzó en las primeras horas del 5 de enero de 1915. Debido a la falta de parque, los zapatistas decidieron retirarse sin presentar batalla, tal como ocurre en la película. Ese mismo día por la tarde, las fuerzas del general Obregón hicieron su entrada triunfal a Puebla y ocuparon Cholula. Aunque el general Eufemio Zapata hizo varios esfuerzos por volver a tomar Puebla, no lo logró y solamente pudo volver a ocupar por algunas horas, cuando mucho por algunos días, la ciudad de Cholula.

La película se inicia al fragor de la batalla en la que las fuerzas zapatistas ocupan Cholula y termina con la retirada ordenada de esas mismas fuerzas, después de que el general José Juan Reyes decide que no vale la pena presentar batalla en la ciudad, aunque sale de ella en formación desplegada, lo que permite suponer que estaba listo para enfrentar al enemigo en sus inmediaciones. La

secuencia inicial es muy afortunada, a pesar de los créditos, para introducir a los personajes y también para dar una idea de la belleza de Cholula en los años cuarenta del siglo xx. Aunque se conserva la mayoría de los edificios que aparecen en la película (los templos, los conventos, la presidencia municipal, la casa de la familia Peñafiel), la fisonomía urbana de Cholula es muy distinta, como consecuencia de varias décadas sin una adecuada planeación urbana y una política más enérgica de preservación de la unidad arquitectónica, que aún se aprecia en las escenas de *Enamorada*.

Las locaciones que escogió “El Indio” fueron uno de los elementos más sobresalientes de la película. La secuencia primera de la batalla en la que los zapatistas toman Cholula permite ver lo que era todavía la ciudad sagrada a mediados de los años cuarenta del siglo xx, incluida la gran pirámide, las cúpulas de la capilla real, el convento de San Gabriel, la presidencia municipal y, sobre todo, el centro de la ciudad, donde se advierten más cambios de entonces a la fecha. Entre los muchos edificios que aún se conservan destaca la que en la película era la casa de la familia Peñafiel, sobre la plaza principal, hoy abierta al público, ante la que el general zapatista le lleva serenata a la niña rica del pueblo. La iglesia del padre Sierra es en realidad una combinación muy acertada del exterior de la iglesia de San Francisco Acatepec (cercana a Cholula y vecina de la joya del barroco popular poblano, Santa María Tonanzintla) y del interior de la capilla del Rosario del templo de Santo Domingo, de la ciudad de Puebla. El patio del cuartel es en realidad el claustro del convento de San Miguel Arcángel, en la cercana Huejotzingo, fácilmente reconocible por las almenas del templo y por los frescos. Todos estos monumentos se conservan y pueden recorrerse fácilmente, dada su cercanía, no así los vestigios hoy desaparecidos del convento de San Gabriel, que en la película es el exterior del cuartel del general Reyes.

La trama, como bien apuntó Emilio García Riera,¹ es una adaptación más de *La fierecilla domada* de Shakespeare. Sin embargo, el contexto revolucionario de la obra le imprime un dramatismo y significados especiales. José Juan Reyes (Pedro Armendáriz) es un general zapatista que ocupa la ciudad de Cholula e intenta allegarse recursos para la causa por parte de los ricos del pueblo, que como era previsible se muestran reacios a cooperar. El padre Rafael Sierra (Fernando Fernández), quien había sido compañero de José Juan en el seminario, acompaña a los ricos del pueblo para interceder por ellos, aunque guarda silencio cuando el general Reyes ordena el fusilamiento del comerciante Fidel Bernal, del que hablaremos más adelante. Carlos Peñafiel, el hombre más rico del pueblo, es encarcelado por negarse a cooperar con los revolucionarios, pero el general Reyes conoce accidentalmente a su hija Beatriz y se enamora de ella, por lo que es puesto en libertad. Tras el rechazo inicial de Beatriz y de un incidente en el atrio de la iglesia del padre Sierra, en el que se le va la mano al general con su enamorada y con su amigo, él les pide perdón a ambos, al cura en persona y a

¹ Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, tomo 4, p. 60.

ella con una serenata. Después de prometerle que no volverá a molestarla, Reyes se prepara para evacuar la plaza ante el avance del enemigo, el mismo día de la boda civil de Beatriz, pero ella en el último momento decide seguirlo, en una secuencia de escenas en la que los zapatistas abandonan Cholula a tambor batiente, pero dispuestos a enfrentar al enemigo en las afueras del pueblo.

Más allá de la historia de amor que da sentido a la trama, la exaltación nacionalista y revolucionaria destaca como la preocupación principal de Emilio Fernández y de Íñigo de Martino, los autores del guión. El general José Juan Reyes es un revolucionario idealista e íntegro, como hubo muchos, aunque los estereotipos del revolucionario aprovechado y habilitado como cacique, creado por eminentes artífices de la picaresca nacional, como Maximino Ávila Camacho o Gonzalo N. Santos, o por centauros de la Revolución, mitad revolucionarios y mitad empresarios, como Abelardo L. Rodríguez y Aarón Sáenz, hayan terminado por pesar más en la historia del siglo xx.

El general Reyes nos regresa a un momento en el que se estaba jugando el destino del país y se enfrentaban dos proyectos revolucionarios: el de la Convención, más acorde con la herencia del liberalismo social del siglo xix, y el constitucionalista, partidario de un Estado fuerte, lo mismo para hacer reformas sociales que para garantizar el control político y económico del país. Aunque de raigambre más popular, el proyecto de la Convención fue derrotado, no sólo por errores militares o problemas de aprovisionamiento, sino por su incapacidad para construir un proyecto político de alcance nacional y alternativo al constitucionalista. Sin embargo, a fines de 1914 y principios de 1915 cualquier cosa parecía posible: el triunfo de Carranza, el de la Convención apoyada por Villa y Zapata, o una guerra civil larga y desgastante que diera pie a una intervención norteamericana, de la que la ocupación de Veracruz había sido un primer anuncio.

Si la película se sitúa en esta coyuntura, es explicable el enojo del general Reyes cuando el comerciante Fidel Bernal le dice que él solamente quiere estar bien con todos y que lo dejen trabajar. El general revolucionario reacciona con indignación ante el oportunismo de los que no toman partido pero tratan de aprovecharse de la situación, como era el caso de Bernal, comerciante acaparador de granos como hubo muchos durante la Revolución, lo que le dio pie para lanzar el primero de sus monólogos, a partir de lo que él considera el significado de la Revolución:

Las revoluciones no se hacen para que algunos se hagan ricos a costa de la sangre de los que combaten por sus convicciones. Cualquier causa puede tener enemigos, porque los hombres tienen derecho a pensar libremente o no son hombres libres. Se puede sentir respeto por el enemigo que lucha y muere por la causa que considera justa, pero aquellos que se tambalean entre dos bandos, los que quieren quedar bien con todos, los que no son enemigos de nadie cuando hay una lucha en que se juegan los destinos futuros de la patria, éstos son los verdaderos traidores, los bastardos, las sanguijuelas que se alimentan chupando la sangre de sus hermanos.

Otra escena sobresaliente de la película es el diálogo que sostienen los antiguos compañeros del seminario, el general Reyes y el padre Sierra, sobre los caminos para servir a los hombres. En algún momento, Reyes reprocha a Sierra que no se haya dado cuenta de que en el fondo los dos son muy parecidos, ya que ambos se preocupan por los demás, pero mientras el sacerdote busca salvar las almas de sus feligreses más allá de la muerte, el revolucionario quiere que sean felices en vida, disfrutando de mejores condiciones materiales para su existencia. Al final, dice el general, ambas preocupaciones no sólo no son excluyentes, sino que pueden ser complementarias. Al mismo tiempo, echa en cara al sacerdote la ambivalencia de la Iglesia católica en la historia de México: por un lado, los misioneros del siglo xvi y los generales que aportó el bajo clero a la lucha por la independencia; por otro, el alto clero, sistemáticamente aliado a los intereses económicos y ávido del poder político. Al despedirse, cuando le pregunta el cura si puede seguir oficiando en su parroquia, el general le responde que puede hacer lo que quiera, siempre que siga el camino que le trazaron los misioneros del siglo xvi.

En la trama se hace alusión en tres ocasiones a uno de los cuadros más famosos de la pintura novohispana, *La adoración de los reyes*, de Nicolás Rodríguez Juárez, pintado en 1698. En un primer momento, el cuadro es mencionado por el padre Sierra cuando el general Reyes le pregunta si tiene objetos de valor para contribuir a la causa. Posteriormente, el general visita la iglesia del padre Sierra, lo ve en la sacristía y exalta su significado: los tres reyes, símbolo de poder, riqueza y opresión, postrados ante el redentor en el pesebre, y le pide a Sierra que lo cambie de lugar para que le dé buena luz. En la tercera ocasión, el padre Sierra defiende a José Juan ante Beatriz, después del incidente en el atrio del templo. Cuando Beatriz se refiere despectivamente a José Juan, el sacerdote le cuenta lo que dijo el general zapatista sobre el cuadro, en el que los reyes representan a los poderosos, a los que están o creen estar por encima de los demás, mientras que el niño pertenece a los de abajo y los reyes hacen un esfuerzo por estar a su nivel, porque saben que representa algo muy por encima de ellos. Cuando Reyes deja en libertad al novio de Beatriz, un ingeniero norteamericano que le había pedido al inicio de la película un salvoconducto para ir a la Ciudad de México y que había regresado con el vestido de novia, el sacerdote le dice al general que siempre busca buena luz para los demás, aun a costa de quedarse él a oscuras.

Es importante destacar que además de un marco espectacular para la película, las locaciones aportaron un significado especial que se ve reforzado por los diálogos entre el general Reyes y el padre Sierra. La ciudad de Puebla y sus alrededores fueron una de las zonas de mayor esplendor arquitectónico de la Colonia, en el que se vio reflejado el mestizaje cultural que anunciaba el surgimiento de una nueva nacionalidad, ni española ni india, pero con elementos de ambas. Aunque la región poblano-tlaxcalteca no fue escenario de las grandes batallas de la Revolución, sí se caracterizó por una gran efervescencia revolucionaria, desde el fallido alzamiento de Aquiles Serdán en noviembre de 1910 hasta la rendición de las últimas fuerzas zapatistas a fines de 1919, meses después del asesinato de Emiliano Zapata. Por tratarse de una zona de tanta importancia para la historia y la

cultura de nuestro país, en la que tuvo una presencia importante el zapatismo, es digno de alabarse el buen gusto del director y la acertada fotografía de Figueroa para plasmar en la cinta los monumentos más importantes de la región de Puebla, con la única excepción de su catedral, lo cual es explicable dado que la trama se desarrolla en Cholula.

En la película aparece el convento de Huejotzingo, que fue uno de los principales centros de evangelización del altiplano central. En sus muros están representados los 12 primeros misioneros franciscanos, entre ellos algunos de los principales defensores de los indios de la región, como fray Martín de Valencia o Toribio de Benavente, mejor conocido como Motolinía, los misioneros del siglo XVI a los que se refería Reyes. En las tomas iniciales, tanto de la batalla como de la entrada de los zapatistas en la plaza principal de Cholula, destaca la gran pirámide con el templo de Los Remedios en su cima, símbolo del sincretismo religioso y cultural del que somos herederos. La gran pirámide, que en realidad ya se encontraba abandonada a la llegada de los españoles y que fue contemporánea de Teotihuacan, es en realidad la penúltima etapa constructiva de este gigantesco templo: la última ya se encontraba parcialmente destruida y sus restos fueron utilizados en la construcción de la ciudad y del templo de Los Remedios, mientras que en su interior se conservan las etapas anteriores de la pirámide más grande del mundo en volumen.

Una de las escenas mejor logradas por la fotografía de Gabriel Figueroa es la primera visita del general Reyes a la iglesia del padre Sierra. Desde que el zapatista se baja del caballo, a las afueras de la iglesia de San Francisco Acatepec, hasta que finalmente se encuentra con su amigo y ambos caminan hacia la sacristía para poder hablar en privado, la escena transcurre en el interior de la capilla del Rosario, que es admirada por el general revolucionario mientras Fernando Fernández interpreta el *Ave María* de Schubert. De esta manera, la contemplación de uno de los más grandes monumentos del barroco poblano se combina con la religiosidad popular (al ingresar al templo, el general se quita las espuelas para no interrumpir el rezo de un modesto anciano) y sirve de preámbulo al diálogo entre Reyes y Sierra sobre *La adoración de los reyes*, de Rodríguez Juárez.

La lucha por un país más justo, la revaloración de la herencia cultural y el reconocimiento de la sincera devoción popular van de la mano en esta exaltación nacionalista de Emilio Fernández, en la que está también la apuesta por un futuro mejor, simbolizada en la escuela pública, cuyo profesor comparece al principio de la película ante el general revolucionario cuando le son presentados los notables del pueblo y que es enviado a reabrir la escuela después de aumentársele el sueldo. Aunque los revolucionarios aparecen en la película como una fuerza destructiva, su preocupación por la educación, que en realidad fue compartida por prácticamente todas las facciones en las que se dividió el movimiento, representó probablemente su aspecto más trascendental, incluso por encima de la reforma agraria, de la misma manera que el agotamiento de ese impulso reformador mediante la educación debiera ser motivo de preocupación para todos los mexicanos de principios del siglo XXI.

El éxito de la película llevó, tres años más tarde, a Emilio Fernández a realizar en una coproducción mexicano-estadounidense la versión en inglés, con Pedro Armendáriz interpretando una vez más al general José Juan Reyes, Paulette Goddard como María Dolores (ya no Beatriz) Peñafiel, Gilbert Roland como el padre Sierra y Julio Villarreal como don Carlos Peñafiel. Del elenco original, aparte de Armendáriz, solamente repitió Eduardo Arozamena en el papel de don Joaquín, viejo revolucionario que trata de consolar a Reyes ante los desprecios de su pretendida. La película se llamó *The Torch* y en español *Del odio nace el amor*, y fue estrenada el 14 de noviembre de 1951 en el cine Metropolitan, con un éxito de taquilla muy por debajo del que tuvo en su momento la versión original. Emilio García Riera comentó sobre esta película, filmada también en Cholula y en los estudios Churubusco:

Esta versión en inglés de *Enamorada* se filmó, diría uno, para que todo el mundo y no sólo México declarara a María Félix, protagonista de la versión original, vencedora contundente de su émula Paulette Goddard, actriz neoyorkina de 38 años de edad que se había dado a conocer quince años antes en *Tiempos modernos* por su marido de entonces, Charles Chaplin.²

La versión en inglés tuvo algunos cambios menores en la trama, como por ejemplo el hecho de que don Carlos Peñafiel ya no fuera el rico hacendado de la primera versión, sino un fabricante de vidrio, lo que dio pie a algunas escenas que muestran el trabajo del vidrio soplado. También hay una epidemia en Cholula ante la cual el general Reyes da permiso a Dolores Peñafiel y a su padre de salir del pueblo, pero ellos se quedan a combatir la plaga con ayuda del prometido de Dolores, el doctor Robert Stanley (en la versión original es ingeniero). La versión en inglés quedó muy por debajo de la original, aun cuando Figueroa se esmeró una vez más en su fotografía. Con su acidez acostumbrada, García Riera señaló que “como ya se sabían la película, ‘El Indio’ y Figueroa procuraron adornarla un poco más con mucho empleo del lente gran angular, con el consiguiente efecto de profundidad de campo, y luces contrastadas, y sombras de sombrerudos pasando en la escena final”. Sin embargo, probablemente el principal defecto de *The Torch* se deriva de las concesiones al público norteamericano al que originalmente estaba dirigida, que se tradujeron en un sacrificio de la profundidad de los diálogos y de los símbolos históricos de la versión original a favor de detalles que parecían más atractivos para la mentalidad estadounidense.

En la actualidad, casi nadie ha visto la versión en inglés, pero *Enamorada* sigue siendo una de las películas más conocidas de Emilio Fernández. Hoy sabemos que las fuerzas zapatistas a las que pertenecía el imaginario general Reyes en la película fueron finalmente derrotadas. Sin embargo, la paradoja es que Villa y Zapata perdieron en los campos de batalla y en la lid política, pero ganaron en

² Emilio García Riera, *op. cit.*, p. 122.

el imaginario popular. Actualmente poco se habla de los constructores del Estado posrevolucionario: Carranza, Obregón y Calles, pero en cambio Villa y Zapata siguen siendo figuras atractivas para legitimar movimientos políticos y sociales. Cuando se habla de la Revolución, son ellos los primeros que vienen a la memoria, antes incluso que el iniciador de la gesta armada, don Francisco I. Madero. Esta victoria en el imaginario se la debemos en gran medida a la raigambre popular de ambos, a las causas que abanderaron, pero también a la imagen que de ellos y sus respectivos movimientos nos legó el cine de la época de oro. En ese sentido, el general José Juan Reyes es un digno representante del zapatismo, una de las principales fuerzas revolucionarias cuya eficacia, más que en el campo de batalla, se ha mostrado en la vigencia de sus ideales. Constituye en gran medida un símbolo de los mejores hombres que han participado en las gestas con las que se ha construido la nación mexicana y un recordatorio de lo mucho que falta por cumplir de sus demandas. Tal vez por esta razón, además de sus grandes cualidades cinematográficas, *Enamorada* sigue conservando un encanto singular entre las múltiples producciones de tema revolucionario de la época de oro del cine mexicano •

Bibliografía

- Casasola Zapata, Gustavo, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, 10 vols., México, Trillas, 1992.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Era, 1973.
- García Riera, Emilio, *Historia documental del cine mexicano*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.
- Lomelí Vanegas, Leonardo, *Breve historia de Puebla*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2001.

Desafíos de la migración

Antonio Franco*

Las grandes migraciones humanas parten en la actualidad de los países llamados del Tercer Mundo, en vías de desarrollo o simplemente pobres, hacia los países desarrollados que, por su escaso o nulo crecimiento demográfico, demandan del exterior la fuerza de trabajo que les hace falta. En otras épocas fueron los europeos quienes emigraban a otras naciones en busca de una vida mejor; hoy día, el movimiento migratorio ocurre de sur a norte, produciendo uno de los problemas más graves que padece la humanidad, especialmente por la precariedad en que vive cada vez más gente.

Las fuerzas que impulsan a la emigración son diversas: persecuciones desatadas por prejuicios raciales, políticos, religiosos o de identidad sexual; agotamiento de recursos de la naturaleza o catástrofes naturales, y, lo distintivo en el caso de los mexicanos, la falta de oportunidades en su patria y la búsqueda de mejores expectativas de vida trabajando en el extranjero.

La historia de la humanidad —o casi toda— está articulada con los anales de las migraciones. Suponiendo que el *Homo erectus* haya aparecido en una zona de África, muy abundantes resultamos ser los miembros de la población mundial que descendemos de —o somos— migrantes.

Según el United Nations International Research and Training Institute for the Advancement of Women (UN-Instraw), en el año 2002 había 175 millones de migrantes, de los que 60% residían en países ricos. Los países que albergaban mayor número de inmigrantes eran Estados Unidos, Rusia, Alemania, Ucrania, Francia, India, Canadá, Arabia Saudita, Australia y Pakistán. La ONU estima que entre los principales países de origen de la emigración están México, Bangladesh, Afganistán, Filipinas, Kazajstán, Vietnam, Ruanda, Sri Lanka, Colombia y Bosnia.

En ese marco, no siempre presente, la antropóloga social y periodista Enriqueta Cabrera nos da a conocer un libro de textos documentados y enjundiosos acerca de los migrantes mexicanos que se desplazan al norte, sufriendo o botando en cada paso cuanto dejan atrás, y atisbando lo que ansían alcanzar.

Con el título *Desafíos de la migración* y el subtítulo *Saldos de la relación México-Estados Unidos*, Enriqueta Cabrera nos ofrece un libro (Editorial Planeta, mayo de 2007, 380 páginas) en el que compiló artículos de ella misma y de 15 autores más, todos sobresalientes investigadores y conocedores del tema.

Desde la primera línea del prólogo de *Desafíos de la migración*, el escritor Carlos Monsiváis menciona las causas de la emigración de corta y larga marcha

* Periodista.

—presentes a lo largo de la existencia humana, y no sólo de esta especie—, diciendo que la “explosión demográfica y la pobreza reducen el espacio”. Y más adelante, bajo el axioma de que la gran potencia hecha de inmigrantes vive la imposibilidad de funcionar sin el creciente arribo de indocumentados, Monsiváis pulsa la complicidad lacrada entre patronos e indocumentados que hablan una lengua común y soterrada al citar argumentos patentes y de amplia circulación entre amigos, parientes y paisanos: “Vente, ¿qué haces allá? Ya viene la temporada de pizca, la familia con la que trabajo me aseguró que sí te ayuda, vivirás con nosotros, recibí tu carta, órale, hay chances, no te quedes en el hoyo... La red de afectos y vínculos —agrega Monsiváis— atrae a los ganosos de aventuras y los ansiosos de sobrevivencia”. Y, desde la vieja sentencia “que obliga a los mexicanos a definir lo moderno a partir de lo norteamericano”, en referencia a la ampliación de los horizontes de los atrevidos, añade que “los migrantes quieren ser modernos... la ansiedad de los migrantes vuelve sinónimo a *modernidad* y oportunidad *de trabajo*”, asegura.

Seis páginas de su libro dedicó Enriqueta Cabrera para presentar a los 16 coautores de *Desafíos de la migración* y sus currículos extractados. Lo que sigue es un simple listado de este elenco, en el orden dispuesto por la compiladora: Lourdes Arizpe, doctorada en la London School of Economics and Political Science; Enriqueta Cabrera, antropóloga social, periodista y analista; Wayne A. Cornelius, profesor distinguido de ciencias políticas, Gildred Professor de relaciones México-Estados Unidos y director del Centro de Estudios Comparados de Inmigración en la Universidad de California; Rodolfo Cruz Piñeiro, doctor en sociología con especialidad en población por la Universidad de Texas; Denise Dresser, con maestría y doctorado en ciencias políticas por la Universidad de Princeton y politóloga; Miguel Escobar Valdez, con trayectoria periodística en docencia y en el servicio exterior mexicano; Guadalupe González González, maestra en sociología política por la London School of Economics y licenciada en relaciones internacionales por El Colegio de México; Rosario Green, doctora en relaciones internacionales por El Colegio de México y senadora de la LX Legislatura, donde preside la Comisión de Relaciones Exteriores; Paula Leite, licenciada en geografía y planeación regional y local (variante geografía humana) por la Universidad de Lisboa, con maestría en demografía por El Colegio de México; Lorenzo Meyer, doctor en relaciones internacionales por El Colegio de México; Carlos Monsiváis, escritor, periodista, cronista, analista, ensayista y narrador; Demetrios Papademetriou, doctor en políticas públicas comparadas y relaciones internacionales por la Universidad de Maryland; Jorge Santibáñez Romellón, doctor en matemáticas por la Universidad Louis Pasteur de Estrasburgo, Francia, presidió El Colegio de la Frontera Norte de 1998 a 2006; Rodolfo Tuirán Gutiérrez, economista y demógrafo, con doctorado en sociología por la Universidad de Texas; Mónica Vereá, investigadora y ex directora del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN de la UNAM); y Elena Zúñiga Herrera, licenciada en antropología social por la UAM y doctorada en ciencias sociales con especialidad en población por El Colegio de México.

Por caminos diversos, los autores llegan a la misma *Roma*. El tema del destino humano causado por la centrifuga o catapulta de la emigración, verificado en la

composición poblacional inocultable en el lugar de su destino, sirve como basamento a una coincidencia unánime de los autores de *Desafíos de la migración*, misma que Enriqueta Cabrera resume en el texto introductorio de la siguiente manera:

México y Estados Unidos. No hay dos países fronterizos en el mundo en que la migración sea más importante. Para la relación bilateral asimétrica y crecientemente interdependiente, se trata del tema más importante, sensible y rezagado; un tema que se expresa en cifras elocuentes: en Estados Unidos viven y trabajan alrededor de 10 millones de mexicanos, junto con otros 17 millones de ascendencia mexicana. En los últimos lustros, México y Estados Unidos alcanzaron acuerdos para avanzar en la integración comercial y económica. Sin embargo, el reducido número de visas de trabajo comparadas con la demanda creciente de inmigrantes en Estados Unidos creó una situación que difícilmente puede sostenerse: alrededor de 12 millones de indocumentados viven y trabajan en Estados Unidos, 56% son mexicanos, más de 6 millones. Hay libertad de tránsito para las mercancías, los servicios, la información, la inversión, pero ausencia de libre tránsito para las personas... La migración rebasó con mucho los marcos nacionales y se ha convertido en un fenómeno binacional. Para ambos países se convirtió en un asunto de política interna, de políticas nacionales... la forma en que se aborde la migración desde la frontera hasta el interior de ambos países definirá en el mundo el tipo de frontera y de relación entre México y Estados Unidos.

De ahí la propuesta de un cambio radical para que la ampliación, persistencia y diversificación de la inmigración no permitida o indocumentada, pero cada vez más evidente en territorio estadounidense, deje de ser vista como un "delito" y comience a apreciarse como una expresión de las grandes asimetrías de los desarrollos económico y poblacional existentes entre los dos países, así como de la creciente integración económica, social, cultural y demográfica que los envuelve.

Desafíos de la migración subraya el imperativo de construir acuerdos migratorios entre ambos países; asegura que para ello existen espacios mayores a los sugeridos en los medios de comunicación; propone que en asuntos de su interés, México debería influir en los debates de los vecinos, buscando la comprensión de la opinión pública y la justicia de las instituciones. Todo ello de cara a una relación precedida de reconocimientos y aceptaciones de las diferencias, y de valoraciones compartidas respecto de los intereses nacionales de cada país. Tarea que, ante la potencia estadounidense, obliga a los mexicanos a construir consensos nacionales y obtener respaldo internacional.

Las páginas de *Desafíos de la migración* postulan que "México no puede darse el lujo de seguir con 'la política de no tener política' o de posponer el despliegue ambicioso de esfuerzos dirigidos a estructurar respuestas integrales, eficaces y de largo plazo. México requiere contar, hoy más que nunca, con una política migratoria congruente con la complejidad y magnitud del fenómeno basada en un verdadero y genuino consenso nacional".

Huelga decir que los nacionalismos rancios, como el expresado por Samuel P. Huntington, de la Universidad de Harvard, en su libro *Who are we?*, en el que

escribe que la migración latinoamericana, especialmente la mexicana, es un peligro para la identidad estadounidense, reciben puntuales respuestas, particularmente porque en tiempos electorales Huntington se hace *la gallina distraída* respecto de los innumerables aportes de los latinoamericanos a Estados Unidos. La argumentación de Huntington es denunciada como “un ejemplo de la ciencia social que se pone al servicio de la política, del análisis prejuicioso disfrazado de artículo académico, de la intolerancia que produce resentimientos y los cosecha”.

Desafíos de la migración da cuenta de los cambios de cantidad y de calidad de la corriente, origen y destino de la migración mexicana a Estados Unidos. Puntualiza cómo, de aquel lado, los cambios estructurales de la economía en las últimas tres o cuatro décadas han demandado diversificaciones y crecimientos exponenciales de la fuerza de trabajo en las manufacturas y los servicios que se propagan de costa a costa y de frontera a frontera; y cómo, acá, de este lado, se expanden los territorios de la expulsión de los trabajadores y se diversifican las cualidades laborales, entre otras cosas, como consecuencia del Tratado de Libre Comercio, y bajo el auspicio de las redes familiares y sociales que, proliferantes en Estados Unidos, facilitan el “paso crucial”, por lo que la nueva construcción de 1 120 kilómetros de muro en la frontera “es en sí una manifestación más de violencia en el entorno fronterizo compartido”, lo que en el cruce estimula la agresividad de indocumentados, coyotes y narcos.

Luego del 11 de septiembre de 2001, el multimillonario saudita Osama bin Laden nos privó de la posibilidad de saber qué hubiera pasado si no se hubiesen producido sus ataques al Centro Mundial de Comercio en Nueva York y al Pentágono. *Desafíos de la migración*, sin embargo, aventura que hubiese habido algo mejor que lo ocurrido, al recordar que “México y Estados Unidos se encaminaban hacia un entendimiento en torno a la migración mexicana, pero [que] el 09-11 trastocó la perspectiva transformando el tema social en asunto de seguridad nacional”. Entre otros efectos de la reacción estadounidense, en el libro se señala que “el costo en dólares del ingreso ilegal se ha multiplicado por más de 4 veces; que los migrantes indocumentados ahora permanecen más tiempo en Estados Unidos; y que las muertes de los migrantes como resultado del cruce clandestino se han incrementado significativamente”.

En este punto, Enriqueta Cabrera se pregunta: “¿Cuáles son los límites de la política unilateral de control fronterizo por parte de Washington? Las políticas unilaterales de control de la frontera no han logrado reducir la migración indocumentada, objetivo para el que fueron puestas en marcha. México no puede seguir aceptando una política migratoria unilateral cuyas consecuencias indirectas son más muertos, mayores riesgos al cruzar, más actividad del crimen organizado y más mexicanos que tienen trabajo en Estados Unidos, pero que por su situación migratoria se ven obligados a vivir en condiciones de vulnerabilidad. Por su persistencia y amplitud, por los múltiples impactos que tiene a ambos lados de la frontera, la migración requiere consensos nacionales y políticas bilaterales”.

Eso y mucho más plantean los temas del libro reunido por Enriqueta Cabrera con el propósito de ilustrar la marcha más penosa e ilusionada de millones de

compatriotas, y de iluminar los rincones oscuros del desafío de la migración y de los saldos de la relación México-Estados Unidos.

La lectura que ofrece Enriqueta Cabrera permite profundizar en dos temas cruciales de la actualidad y del futuro inmediato de los mexicanos. Por un lado, resulta que el débito de la política mexicana crece, entre otras causas, porque la promesa de alcanzar mejores niveles de vida se ha trocado en desesperanza; y por otro, porque la política migratoria de Estados Unidos es falsa en sus fundamentos y desastrosa en sus resultados.

Como botón de muestra, en estos días, el gobierno de Bush informó por medio de la Oficina del Censo, que el número de mexicanos residentes en Estados Unidos aumentó de 9.2 millones en 2000 a 11.5 millones en 2006 (un promedio cercano a 400 mil personas más por año), y que, en el mismo lapso, el de indocumentados pasó, según el Departamento de Seguridad Interna, de 4.7 a 6.6 millones. Estos datos confirman el rotundo fracaso de la política *guarda fronteras*, y la urgente e insoslayable necesidad de que el gobierno mexicano asuma la defensa de los connacionales que laboran del otro lado, al mismo tiempo que acepte su responsabilidad ante este magno fenómeno social y supere la ausencia de políticas sociales, públicas y eficientes, acá, de este lado •

Un tribunal internacional para Líbano

Enrique Ochoa Reza*

Cuando uno pregunta en Beirut sobre las posibles soluciones a la crisis política que vive Líbano, tarde o temprano recibe la misma explicación: “La crisis política en Líbano tiene solución fuera de Líbano”. Esta simple idea pretende describir la extensa red de intereses externos que están involucrados en el destino inmediato de ese país.

Los intereses internacionales están divididos en dos bandos. Por un lado, los gobiernos de Estados Unidos, Francia y Arabia Saudita apoyan al gobierno libanés encabezado por el primer ministro Fouad Siniora. Por el otro, los gobiernos de Irán y Siria respaldan al bloque opositor encabezado por el líder del Parlamento Nabah Berri y el presidente Émile Lahoud.

Internamente, cada uno de los bandos tiene tras de sí el apoyo de coaliciones multipartidistas que trágicamente reflejan la división religiosa entre musulmanes sunnitas y chiitas que amenaza al Medio Oriente. La oposición se compone de los partidos chiitas Hezbolá y Amal, así como del partido cristiano Movimiento Patriótico Libre. La coalición gobernante incluye principalmente al partido sunnita Movimiento para el Futuro y al partido cristiano Fuerzas Libanesas.

Uno de los temas que divide a los dos bandos es el establecimiento del Tribunal Internacional para resolver el asesinato del ex primer ministro Rafik Hariri, ocurrido hace más de dos años y cuyas primeras investigaciones apuntan al régimen de Siria. Sin lugar a dudas, Hariri fue una figura pública cuya influencia rebasaba las fronteras libanesas. Estableció una empresa multimillonaria de construcción mediante vínculos con la familia real de Arabia Saudita, en donde trabajó Fouad Siniora antes de que Hariri lo hiciera su ministro de Finanzas. Presidió el partido Movimiento para el Futuro, que ahora dirige su hijo Saad Hariri, y fue amigo personal del presidente Jacques Chirac, quien habitara por un tiempo en la residencia de la familia Hariri en París al dejar el gobierno.

La influencia de la familia Hariri en Francia se extiende a la nueva administración. Nicolás Sarkozy se dio tiempo unos días antes de asumir la presidencia para tomarse una foto en fraternal abrazo con Saad Hariri y Jacques Chirac, la cual circuló ampliamente en los medios de comunicación libaneses. Ante tal apoyo, el asesinato de Rafik Hariri difícilmente podrá quedar impune.

* Candidato a doctor en ciencia política por la Universidad de Columbia en Nueva York.

Durante varios meses, el gobierno ha intentado que el Parlamento libanés apruebe el establecimiento del Tribunal Internacional, tal como lo marca la Constitución. Sin embargo, el líder del Parlamento se ha negado desde hace más de dos meses a convocar el inicio del periodo ordinario de sesiones, con lo cual —de hecho— ha evitado que se establezca el Tribunal.

Así, hace unos días, en un movimiento político audaz, el primer ministro Siniora ha pedido oficialmente que las Naciones Unidas establezcan el Tribunal Internacional sobrepasando los requisitos constitucionales libaneses. Las reacciones de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad no se han hecho esperar. Francia, Inglaterra y Estados Unidos sugieren que el Consejo puede analizar el tema de inmediato. Rusia —que tiene un entendimiento con Siria— ha pedido paciencia y China ha guardado silencio. Un voto en contra de cualquiera de estos países suspendería la maniobra y pondría en más aprietos al gobierno sunnita en Líbano. Por otro lado, la aprobación del Tribunal Internacional por encima del bloque opositor dejaría a los partidos chiitas como los perdedores en esta lucha de poder y posiblemente resulte en una reacción enérgica por parte de Irán y Siria.

En suma, parece que ha llegado el momento de probar la validez del comentario que se repite en Beirut. ¿Será que Líbano encontrará en la comunidad internacional la solución a sus problemas políticos? ¿O será la comunidad internacional la que aporte la chispa fatídica para regresar a la violencia sectorial que dio lugar a la última guerra civil? ●

La vaquilla, la España muerta de Berlanga

María Luisa Barnés*

Hablar siempre en voz baja es algo que, poco a poco, disuelve las palabras y reduce las conversaciones a un intercambio de gestos y miradas. El miedo, como la voz queda, desdibuja los sonidos porque el lado oscuro de las cosas sólo puede expresarse con silencio.

ALBERTO MÉNDEZ¹

A diferencia de lo que sucedió en el exilio, tuvieron que pasar muchos años de terminada la guerra civil para que España hablara de sus heridas. Las palabras de dolor parecían haberlas cauterizado durante los años de dictadura, cuando las únicas obras permitidas sobre la guerra eran aquellas cuya visión triunfalista coincidía con la proclamada desde la moral nacionalista-católica del sistema. Pocas críticas lograron vencer la censura. Afortunadamente, algunos cineastas aprovecharon el lenguaje cinematográfico para dar su visión sobre la dictadura española sin ser censurados. Luis García Berlanga fue uno de esos directores. Haciendo uso del sarcasmo, de la ironía, hizo fuertes críticas del régimen con cintas que fueron éxitos nacionales e internacionales, tales como *Plácido* o *El verdugo*.² Películas que criticaban, desde un punto de vista apolítico, la hipocresía de la clase burguesa, las buenas costumbres y el condicionamiento social por el que las personas no podían librarse de su destino.

En 1948, Berlanga y Rafael Azcona (guionista de gran número de sus películas) escriben un guión sobre la guerra civil española, cuyo argumento se centra en cinco soldados republicanos que deciden robarle al ejército nacionalista una vaquilla que tienen reservada para torearla en las fiestas del pueblo. Berlanga intenta en varias ocasiones burlar la censura cambiándole palabras y el título, pero nunca

* Licenciada en lengua y literaturas hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con estudios en edición de cine y video por el Centro de Estudios Cinematográficos de Cataluña. Actualmente estudia el doctorado en literatura comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona.

¹ Alberto Méndez, *Los girasoles ciegos*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 45.

² No obstante, debido precisamente a su película *El verdugo*, la censura dijo textualmente en 1969: "consideramos la filmografía de Luis García Berlanga como altamente inadecuada para su exhibición en cines españoles. Su falta de patriotismo es alarmante y rebosa comunismo, masonería y libertinaje, todos impropios de esta regia nación, una grande, libre, católica, apostólica y romana" (Carolina G. Miranda, "Aula del mundo", *El Mundo*, 6 de diciembre de 2001. <<http://aula.elmundo.es/aula/noticia.php/2001/06/12/aula992282255.html>>).

lo logra. Finalmente, dice Berlanga, “un ministro amigo nuestro, a quien le dimos el guión para que intentara que Franco lo leyera, nos dijo que el Generalísimo le había dicho que era muy pronto para hacer esa película”.³

Al morir Franco, en 1977, desaparece la censura y comienza a surgir una infinidad de obras que hablan sobre temas antes prohibidos. Por un lado, aquellas obras extranjeras que habían sido vetadas por el régimen y, por otro, las de aquellos autores nacionales que podían expresarse nuevamente, con absoluta libertad, sobre la guerra civil española, sobre la posguerra y sobre los años de dictadura que habían vivido en silencio. Berlanga aprovecha esta libertad y en 1984 filma, finalmente, lo que para él era su deuda pendiente con la guerra, su guión de 1948. La llamó *La vaquilla*.

En el particular tono burlesco, satírico, de la mancuerna Berlanga y Azcona, *La vaquilla* fue la primera comedia que se hizo sobre la guerra civil española. Pero si en 1960 Franco había considerado que era temprano para filmar esa película, en 1984, en opinión de Berlanga, llegaba tarde. La gente había cambiado, él había cambiado y el modo antipolítico y antiideológico con que trata la guerra hace que no le favorezcan las críticas. “Me ocurrió lo que me ha pasado a menudo durante toda mi vida: que a los comunistas y a los socialistas la película les pareció más bien fascistoide y, en cambio, a la gente de derechas les pareció una película de unos rojos indecentes, enseñando una cara de la guerra que no les gusta recordar”.⁴ No obstante, la película se convirtió en uno de los mayores éxitos de taquilla en España, sentando precedente y creando escuela.

Con una visión claramente esperpéntica y antibélica, logra mostrar una situación, si no realista de lo ocurrido, sí profundamente simbólica y trágica: “ni vencedores ni vencidos, todos debíamos sentirnos iguales ante el horror”,⁵ un mensaje que a mucha gente pareció molestar. Ciertamente, Berlanga presentó la tragedia de un modo novedoso. Hasta ese momento, las dos visiones de la guerra habían sido la de los ganadores —propia de los años del franquismo— y más tarde —ya muerto Franco e instalada la democracia— la de los vencidos. Pero *La vaquilla* de Berlanga no siguió ninguno de esos caminos. Desprendiéndose de ambas ideologías, pero impregnada de su mirada filoliberal, logra más bien el retrato cínico, pesimista y despolitizado de una nación enfrentada en la que la gran perdedora resultó ser España.

Ciñéndose a su idea original, la película nos sitúa en el frente de Aragón, en la parte republicana, sin un mendrugo para comer, en el que, después de un largo periodo de inactividad, se respira un aire relajado, poco disciplinado y poco marcial. Los soldados, vestidos sin rigor, juegan a la baraja, duermen, escriben cartas, escuchan música y sus únicos altercados con el frente contrario son discusiones por sus altavoces respectivos. El altavoz funciona como rifle y las palabras

³ Jess Franco, *Bienvenido Mister Cagada. Memorias caóticas de Luis García Berlanga*, Madrid, Aguilar, 2005, p. 206.

⁴ *Ibid.*, p. 210.

⁵ Luis García Berlanga, entrevista extraída de “La Revista”, <<http://www.elmundo.es/magazine/num203/textos/berlanga1.html>>.

como balas. La aparente tranquilidad se ve ensombrecida cuando el frente nacionalista “dispara” por su altavoz el anuncio de que se celebrará una fiesta en el pueblo (al mando de los franquistas), con motivo de la festividad de la Virgen de Agosto, en donde además de baile, jamón y paella habrá un espectáculo taurino.

Ante tal ofensiva, los republicanos deciden actuar de inmediato creando una tropa defensiva, formada por un grupo de cinco militares, cuya misión consiste en infiltrarse en el pueblo vestidos como el enemigo y robar la vaca que se toreará, con el fin de fastidiar la fiesta a los franquistas y de paso llevar comida a sus tropas hambrientas. Dicho grupo de contraataque está formado por el brigada Castro (Alfredo Landa) y el teniente Broseta (José Sacristán), antes peluquero, ambos incapaces de imponer disciplina; Limeño (Santiago Ramos), antes torero, cuya misión consiste en matar la vaquilla; Mariano (Guillermo Montesinos), un natural del pueblo que debe guiarlos hacia la vaca, pero cuya única motivación es visitar a su novia y a sus padres, y Carlos Velat, un casi cura republicano que los deberá sacar de apuros “disparando” dos padres nuestros.

Ciertamente nada saldrá como lo habían planeado y, después de varios encontronazos con el enemigo, vuelven al frente republicano con las manos vacías y con pocas heridas de guerra: “Hemos corrido un entierro, nos hemos tragado una misa, hemos cargado con un marqués, usted ha afeitado a un fascista, a mí me han pegado una cornada, éste se ha cagado, a éste lo han vestido de sacristán y a éste le han puesto los cuernos. Y todo esto por la jodida vaca”.⁶ La vaca, claramente simbolizando a España, se les escapa a los franquistas y muere en medio de ambos frentes, cuando el torero franquista y el republicano, antiguos amigos de faena, intentan cumplir con su deber patriótico, jalando y empujando la vaquilla hacia su lado. Muere la vaca, muere España, y queda sólo la imagen desoladora de la vaca siendo devorada por las aves de carroña.

A lo largo de toda la película, Berlanga creará situaciones que evidencian que España fue la gran perdedora de la guerra. Una secuencia magnífica que refleja esto es aquella en la que Mariano, guiando a la tropa hacia la casa de sus padres, en vez de hacia la vaquilla, encuentra su propiedad destrozada por los obuses que el ejército republicano ha lanzado. Furioso, lanza improperios contra su propio bando por haber destrozado su casa y no la del vecino, un conde mezquino y avaro, que coincide con la visión de los franquistas únicamente porque éstos le pueden ayudar a recuperar la parte de su terreno, del tamaño de una provincia, que quedó del lado republicano.

Así, en *La vaquilla* es innegable que el principal interés de Berlanga por rodar la película no es la burla simplona, sino hacer una crítica irónica de esa guerra cruenta en la que él mismo había tenido que luchar siendo aún muy joven. “Lo trágico y la ironía dejan sitio a un nuevo valor, el humor. Porque si la ironía es la coextensividad del ser con el individuo, o del Yo con la representación, el humor es la del sentido y el sinsentido; el humor es el arte de las superficies y los

⁶ Frase dicha por el brigada Castro al teniente Broseta antes de regresar a territorio republicano.

dobleses”.⁷ Por ello, a pesar del tono cómico de la película y de que la única muerte que ocurre es la de la vaca, Berlanga exhibe varias situaciones terribles que produjo y desencadenó la guerra civil española, tales como el hambre, la división entre familias, el rencor, el miedo, el determinismo social. Tal es el caso de la secuencia en la que nos muestra a un “topo”, como se denominó a las personas que tuvieron que ocultarse durante años, e incluso décadas, en los armarios, altillos o sótanos de sus casas. El “topo” es el padre republicano de Guadalupe, la novia de Mariano, a quien su esposa e hijo han dado por muerto y que vive realmente encerrado en un desván de su casa para evitar las represalias de los nacionales y que, durante su eterno encierro, escucha cómo su mujer estimula a su hija Guadalupe para que se olvide de Mariano y se case con un alférez franquista. Un hombre, como tantos que existieron en la guerra, cuyas dos únicas opciones fueron vivir enterrado en vida en su propia casa, viendo como su familia se vuelca al enemigo, o huir y morir fusilado.

Berlanga ha dicho que su intención era la de crear una película sin “grandes batallas ni personajes gloriosos o execrables”,⁸ y lo cierto es que logra ese cometido. Pero *La vaquilla* es más que nada un manifiesto antibélico y provocativo que muestra la decadencia de una España enturbiada y aniquilada por una guerra sinsentido entre hermanos que fueron reclutados al azar, dependiendo únicamente del frente que se levantó en el lugar en el que ellos estaban; una guerra en la que las diferencias ideológicas arrasaron con la fraternidad propia de una nación. Una guerra a la que podrían también arrancársele estas palabras de Kertész: “Cómo observo, cómo experimento la acongojante decadencia de este país, su caída en una paranoia suicida”.⁹ ●

Bibliografía

- Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, traducción de Miguel Morey, edición electrónica de <www.philosophia.cl>, Escuela de Filosofía de la Universidad ARCIS.
- Franco, Jess, *Bienvenido Mister Cagada. Memorias caóticas de Luis García Berlanga*, Madrid, Aguilar, 2005.
- Gubern, Roman, “The civil war: Inquest or exorcism? Remapping the Post Franco cinema”, *Quarterly Review of Film and Video*, editado por Kinder Marsha, vol. 13, núm. 4 (1991), pp. 103-112.
- Kertész, Imre, *Yo, otro. Crónica de un cambio*, traducción de Adán Kovacsics, Barcelona, El Acanalado, 2002.
- Méndez, Alberto, *Los girasoles ciegos*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- Miranda, Carolina G., “Aula del mundo”, *El Mundo*, 6 de diciembre de 2001 <<http://aula.elmundo.es/aula/noticia.php/2001/06/12/aula992282255.html>>.

⁷ Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*, traducción de Miguel Morey, edición electrónica de <www.philosophia.cl>, Escuela de Filosofía de la Universidad ARCIS, p. 118.

⁸ Jess Franco, *op. cit.*, p. 213.

⁹ Imre Kertész, *Yo, otro. Crónica de un cambio*, traducción de Adán Kovacsics, Barcelona, El Acanalado, 2002, p. 31.

Los socios de Elba Esther*

Como en su momento dijera Olac Fuentes Molinar, la educación en México continúa devastada. Alrededor de 24 millones de niños han sido abandonados a su suerte y despojados de la posibilidad de un futuro; la prueba está en que tres de cada diez establecimientos no tienen luz eléctrica; cuatro de cada diez niños reportan problemas de acceso para llegar a sus aulas, y seis de cada diez niños asisten a clases en instalaciones que no tienen drenaje. Así lo informó la Secretaría de Educación Pública en un reporte dado a conocer durante el mes de octubre de 2007.

Pero los problemas no radican sólo en las instalaciones educativas. Algo igual de lamentable ocurre con la calidad de los conocimientos que adquieren cotidianamente los niños mexicanos en el sistema de escolaridad pública. La UNESCO advirtió en el año 2000 que los niños mexicanos reconocen las palabras pero no consiguen comprender coherentemente una narración, es decir, que comprenden de manera fragmentaria los textos que se les dan a leer. Algo similar ocurre con el tema de los números. Los estudiantes mexicanos son capaces de distinguir los signos, pero no poseen habilidades para resolver un problema simple de la vida cotidiana relacionado con las matemáticas. Hacia el final del sexenio de Vicente Fox, el Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEE) informó que en México existen 32 millones de mexicanos mayores de 15 años sin educación básica completa y 6 millones de analfabetos. Parecería que cuando se trata del sistema educativo mexicano, lo que menos importa es que se eduque bien; la educación en México está supeditada a los deseos y ambiciones de unos cuantos, entre ellos, la dirigencia magisterial.

Los socios de Elba Esther da cuenta de la historia política de la profesora Gordillo Morales, recientemente ungida como líder vitalicia del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación (SNTE), y de cómo esta mujer ha logrado sobrevivir y aprovechar los cambios que ha atravesado la historia reciente de nuestro país. En 1989, de la mano de Carlos Salinas de Gortari, Elba Esther Gordillo ascendió al poder tras la defenestración de su tutor político, Carlos Jonguitud Barrios, y desde entonces, paciente y concienzudamente ha ido aumentando los alcances de su poderío. El *impasse* que atravesara durante el gobierno de Ernesto Zedillo Ponce de León lo aprovechó para diversificar y renovar su influencia. El sexenio del cambio la afianzó en su imperio tendiendo una mano amistosa y proporcionando recursos impensables. El nuevo gobierno parece no estar exento de culpa, al haberla ratificado como una aliada necesaria y temible. Casi 20 años después

* Libro de Ricardo Raphael publicado por Planeta en 2007.

de su arribo al SNTE se le considera la mujer más poderosa de la vida política de México. Gordillo ha demostrado, una y otra vez, que está aquí para quedarse... salvo que algún gobierno esté dispuesto a sacrificar lo que ella tan conscientemente ha sabido ofrecer: votos.

Cerca de 1 600 000 afiliados al SNTE, recursos federales millonarios, lucrativos negocios, puestos en el gabinete para sus operadores políticos, operativos electorales minuciosos y efectivos, pero sobre la desidia, el miedo y los infinitos deseos de permanencia y falsa estabilidad por parte de los grupos hegemónicos del país a lo largo de más de tres sexenios, han convertido a Gordillo en un bastión de poder fáctico que, aunque parece imposible, puede ser derrotado.

La minuciosa investigación y el profundo análisis de Ricardo Raphael en *Los socios de Elba Esther* estructuran ordenada y puntualmente lo que ya todos sabemos pero nos negamos a ver: el costo que pagamos por el poder de La Maestra supera la indignación por las corruptelas y los abusos y se inserta profundamente en lo más importante que una nación puede ofrecer a sus ciudadanos, la educación ●

La literatura como testigo

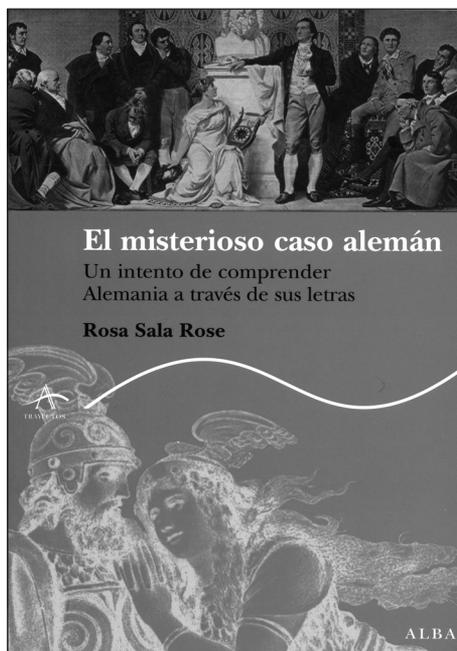
Rosa Sala Rose, *El misterioso caso alemán*.
*Un intento de comprender Alemania a través
de sus letras*, Barcelona, Alba, 2007.

No es posible poner en duda que el legado cultural alemán es de una riqueza extraordinaria, como tampoco su decisiva contribución a la cultura universal. Por ello, suele preguntarse cómo es posible que uno de los destinos de esa trayectoria fuera la trágica confusión de barbarie y racionalismo desquiciado que caracterizó el periodo nazi. En *El misterioso caso alemán*, Rosa Sala Rose afronta la tarea de resolver un caso que “nunca podrá darse definitivamente por cerrado”, para el que son de vital importancia las pistas y claves que a lo largo de los siglos ha ido dejando su tradición literaria.

Rosa Sala Rose, española, es doctora en filología románica y licenciada en filología anglogermánica por la Universidad de Barcelona. Autora del *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* (2003) y traductora de autores alemanes, en *El misterioso caso alemán*, su libro más reciente, aborda el legado cultural de ese país de manera detectivesca y la relación entre literatura e historia.

De acuerdo con Rosa Sala, la literatura puede ser testigo fehaciente de “las prisiones mentales que determinan nuestro comportamiento”. ¿Qué hay de realidad, y qué de invención, en el “camino específico” de Alemania? De la condena del humor a la pasión por la soledad y el llanto, del ideal de *Bildung* a la fantasía del individuo absoluto, de la identificación con Grecia a la genealogía *nibelunga*, el libro muestra cómo se construyen una cultura y una identidad mediante un análisis ameno y riguroso y que, posiblemente, puede aplicarse a otras nacionalidades.

El texto, muy bien documentado, parte del supuesto de que las letras alemanas constituyen un campo idóneo para indagar en las características y determinaciones del panorama mental germano; así que la autora “llama a declarar a las letras alemanas” como testigo de cargo en el proceso contra Alemania y su culpabilidad genocida.



Desde 1945, señala Sala, un nuevo arquetipo ha pasado a formar parte del escenario cultural de la modernidad: el hombre que, tras una ardua jornada en un campo de exterminio, llega a su casa y lee a Goethe o escucha a Schubert. Este paradójico arquetipo es posmoderno, pero el dilema que plantea abarca toda la modernidad, y las reflexiones que puedan surgir de él serán fecundas no sólo para comprender la historia, sino también para encauzar el futuro. Y aunque sea un arquetipo de alcance universal, está anclado en una entidad histórica, geográfica y lingüística particular.

El debate sobre el caso alemán y la hipotética unicidad de su trayectoria en el contexto europeo no puede resolverse atendiendo únicamente a cuestiones históricas o sociológicas: es imprescindible reflexionar sobre su imaginario cultural; en este sentido, ciertos aspectos peculiares de la tradición cultural alemana desde mediados del siglo XVIII podrían aportar indicios reveladores.

La pregunta de cómo Alemania, con un grado importante de desarrollo técnico y cultural, pudo hundirse en la barbarie, ha ocupado a lo largo de los años a muchos y ahora Rosa Sala se ha pro-

puesto desenredar un complejísimo nudo ideológico-emocional, enterrado en lo más profundo de la identidad europea: la vinculación simbólica entre cultura y vileza moral. Y lo hace mediante un escrutinio demoledor del concepto de cultura burguesa sustentada en Goethe, Schiller y Herder.

El misterioso caso alemán considera un amplio abanico de obras literarias, especialmente del siglo XVIII y XIX, sobre la construcción y reafirmación de una idiosincrasia nacional que desemboca en las leyes raciales y los campos de concentración. En *Las cuitas del joven Werther* o la elegía a *Los dioses de Grecia*, en la epopeya de *La batalla de Arminio* o *El veranillo de san Martín*, la autora discierne testimonios expresivos de los contradictorios conceptos de la identidad nacional, del conocimiento, del individuo o del ideal clásico de los teutones.

La mirada de la autora enfoca siempre la otra cara —la absolutista, la patética, la regresiva— de las peculiaridades alemanas idealizadas y, aunque toca múltiples cuestiones, no pierde de vista su tesis: los representantes del llamado idealismo alemán son los responsables de esa falta de conexión con la realidad social y política, característica de la Alemania del siglo XIX.

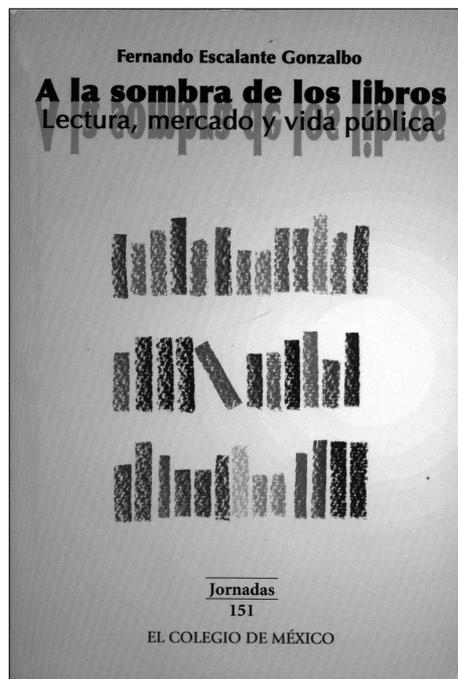
Parte de los intelectuales alemanes, con su rechazo a la Ilustración y la Revolución francesa, se encerró en “una burbuja” de valores espirituales que ha pasado por alto los problemas reales del país y ha fomentado el escapismo esteticista. Su literatura parece haber preparado el terreno para que la burguesía culta de una nación políticamente desunida hasta 1871 se perdiera en absurdos sueños de grandeza, rechazara los logros cívicos franceses y se identificara con la “sana” barbarie del supuesto legado germánico. La conclusión a la que nos conduce Rosa Sala es rotunda: más vale ser civilizado que culto.

El libro es un importante intento de comprender Alemania a través de sus letras, a partir del concepto de cultura burguesa y de la reafirmación de la idiosincrasia nacional.

Libros y mercado

Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, El Colegio de México, 2007.

Es México un país de pocos lectores? ¿Cuáles son nuestras prácticas de lectura ahora que la industria editorial está concentrada en poquísimas manos, dedicadas plenamente a la in-



dustria del entretenimiento? ¿Esta concentración comercial contamina la cultura? ¿Tiene importancia realmente leer libros? En fechas recientes El Colegio de México publicó *A la sombra de los libros*, texto claro e informado para poder contestar estas preguntas, escrito por Fernando Escalante Gonzalbo.

El argumento básico del libro, dice Escalante, es que “en los últimos veinte o treinta años se ha producido en todo el mundo una concentración extraordinaria de la industria editorial: la mayor parte del mercado global pertenece a ocho o diez empresas, integradas en grupos que tienen también periódicos, revistas, productoras de cine, discográficas, cadenas de radio y televisión. El negocio de los libros se ha convertido en un gran negocio, incorporado a la industria del espectáculo. Y esto tiene consecuencias sobre el tipo de libros que se publican y sobre el modo en que se venden, sobre las librerías y las prácticas de lectura” (p. 9).

Sin embargo, advierte el autor, esta concentración y mercantilización no pone en riesgo ni a los libros ni al hábito de lectura, ya que los cambios tienen que ver más con el tipo de libro que es más fácil encontrar en el mercado, así como con los criterios que permitían, en otro momento, diferenciar un buen libro de otro que no lo es.

Escalante explica los efectos de la concentración de la producción editorial en la escritura y

la lectura y muestra cómo se ha ido desdibujando la frontera entre el trabajo de calidad y los productos comerciales. Sin embargo, también aclara que su trabajo no busca ser un manifiesto de denuncia y que tampoco busca que todos sean grandes lectores o que sólo se lean “buenos libros”.

Si bien es cierto, considera Escalante, que la del libro es una industria que ha crecido a partir de transformaciones en las prácticas de lectura, esto no se ha traducido, necesariamente, en un aumento del número ni de la proporción de lectores, ya que el soporte de esta expansión ha estado impulsado por la demanda de libros de texto y técnicos que, evidentemente, no está relacionada con decisiones individuales (con el gusto de leer “un buen libro”; Italo Calvino diría “un clásico”), pero que sí permite una venta masiva y en buena medida predecible.

Considera que quizá el fenómeno más significativo en relación con los libros y los hábitos de lectura sea una asimilación de criterios de valoración comercial y literaria. En cuanto pensados como mercancías, desde el punto de vista del vendedor, es obvio que los mejores libros son los que mejor se venden.

Sin pretender convertirse en juez, ya que su intención sólo es hacer un retrato (muy bien logrado) en relación con libros y lectores (y, claro, con nuestro espacio cultural), Fernando Escalante afirma: “Las nuevas empresas editoriales, integradas a la industria del espectáculo han transformado el espacio público en la medida en que han contribuido a modificar el significado de los libros y su lugar en el campo cultural.

“El resultado más importante ha sido la formación de dos mercados y dos públicos muy distintos: un público minoritario y marginal, de lectores habituales, académicos y especialistas, y un público masivo, que consume novedades: cientos y miles de libros similares, parejamente mediocres, de textura periodística, cuyos autores han sido consagrados como intelectuales públicos” (p. 329).

Apoyado en su recorrido por el interesante y complejo mundo de las letras, los lectores y la industria, Fernando Escalante se apoya en varios autores (por citar algunos, Adorno, Max Aub, Balzac, Baroja, Bioy Casares, Bourdieu, Calasso, Castañón, Cuesta, Deleuze, Elias, García Canclini, Goytisolo, Herralde, Monterroso, Ortega y Gasset, Valery y Zaid) y comparte con nosotros el retrato de una época en la que dominan lectores ocasionales, cuyo ingreso editorial es mínimo, panorama que no está desvinculado del actual espacio cultural mexicano. No obstante, describir la aridez del panorama no significa cruzarse de brazos; es necesario, asegura el autor, “evitar la deriva hacia los ‘no libros’”.

“Acaso sea un principio más divertido y más sencillo, también más espectacular, recurrir a las nuevas tecnologías, pero la escuela es el sitio ideal para hacer que la lectura forme parte de la vida de los niños y los jóvenes: la lectura de libros —libros con páginas de letras, leídos enteros, de la portada a la cuarta de forros— y todo lo que eso lleva consigo, desde el ejercicio de la memoria hasta el aprendizaje de un sistema de referencias. Y no es incompatible con las computadoras ni con internet” (p. 343).

ENCUENTRO DIVINO

Víctor Manuel Villaseñor Andrade

Eran las cinco de la mañana, se levantó por inercia, rápido y agitado, una preocupación que no identificaba pasaba por su mente, la sensación de premura lo hizo vencer la somnolencia. Entró al baño, el foco daba una luz amarillosa y lograba resaltar las texturas del moho que crecía en el tubo de la regadera y el lavabo.

Abrió la llave, el golpe del agua fría caía en su nuca, pasaba por su espalda. Paró la respiración y sintió cómo los músculos se contraían. Cuando el malestar fue más intenso recordó su teoría de educar al cuerpo a través del dolor, hombre es aquel que resiste las molestias, pensaba.

Tomó una toalla, y se paró frente al espejo cuyo marco de aluminio dorado empezaba a oxidarse. Trató de rasurarse rápido, la mano le temblaba, la angustia por salir hacía que su ansiedad se incrementara.

Al subir el rastrillo por el cachete recordó su jubilación tres años atrás, respiró profundo por la boca, soltó el aire lentamente, terminó de afeitarse con calma, muy despacio.

Un poco húmedo, con el pelo mojado, permaneció en toalla, se recostó sobre el sillón viejo ubicado a un lado de su cama, sus ojos abiertos, el ímpetu que sintió al levantarse se convirtió en un letargo combinado con tristeza. Perdió la noción del tiempo, por varios minutos vio el abanico del techo, rechinaba al girar, él no lo escuchaba, la vista se le fue entre el movimiento de las hélices y las manchas de humedad dibujadas en el muro.

Se percató del amanecer, el sol se asomaba poco a poco, el cielo comenzaba a clarear. Sintió melancolía, lo atravesaba la indiferencia para el día que comenzaba. ¿Qué día era?, para qué saberlo si no tenía ninguna fecha a la que deseara llegar. Éste era otro en el que no tenía nada que hacer. La soledad se había filtrado lentamente.

La ciudad despertaba, el ruido de los vecinos comenzó a escucharse. La licuadora rugía. Era la del departamento de al lado. Juanito renegaba del huevo que le ponía su madre en el licuado.

—Tiene mucha proteína, para estar fuerte.

El niño no entendía por qué Pedrito estaba más grande que él y le pegaba más duro al balón si le daban “Chocomilk” solo. El conflicto nació cuando lo probó por primera vez sin huevo en casa de su amigo, pensó que toda su niñez había estado engañado, que sus mañanas podían ser más felices sin ese ingrediente en su licuado que normalmente se come frito o cocido.

El profesor Santiago alejó la vista del ventilador. Escuchar el llanto del niño

lo incomodó. Se levantó. Al poner los pies sobre el piso metió el izquierdo en la bacinica. Sintió el contacto de la orina con su piel, no le dio asco, al reaccionar ante lo que aquel líquido era se culpó por su torpeza.

—Qué pendejo.

Se alarmó por lo que dijo, no acostumbraba decir groserías. Al ver que estaba solo se disculpó. Sacó el pie lo más rápido que pudo. El movimiento tan brusco le provocó un dolor fuerte en las articulaciones. Goteaba. Pretendió secarlo con la sábana, se arrepintió. Caminó de puntitas al baño, se lavó tres veces, al final agregó un chorro de cloro y talló con mucha fuerza.

Salió a la calle, se dirigió a tomar el jugo de toronja, papaya y nopal que todos los días, excepto el domingo, tomaba en la lonchería de doña Tere. En un almanaque con paisaje de un campo europeo vio la fecha de 30 de mayo; recordó que ese mismo día, pero de 1953, se recibió de la Escuela Normal y surgió en su interior una sensación de orgullo.

—Antes la educación sí era de calidad. Hasta clases de latín impartíamos. Ahora sólo sirve para anidar a vagos, pandilleros, delincuentes.

Nadie contestó, todos siguieron con su trabajo, una empleada de los jugos lo miró con recelo, sólo doña Tere hizo una señal de aprobación al comentario.

La verdad era que nunca enseñó latín, sólo aprendió unas cuantas palabras que utilizaba para impresionar a sus alumnos en la clase de historia.

Permaneció en el sillón de la lonchería por varias horas, sin hablar, con la mirada hacia la calle, sin expresión. Una camioneta que pasó con música a todo volumen lo regresó a la realidad. La música de hoy los pone locos. Bonitas las orquestas de mis tiempos, pensó.

Fue a su casa, se dio cuenta de que caminaba jorobado, ya lo había descubierto antes pero en esa ocasión se sintió más viejo que nunca, las piernas tardaban en responderle, desconfió de poder mantenerse en pie.

Tomó la siesta, recalentó el caldo de pollo que llevaba tres días en el refrigerador.

En la tarde fue a misa, era la segunda vez que iba en el año, lo hizo más por no estar solo que por fervor religioso. Sólo había ancianos. A su lado se sentó doña Martha, a quien en su juventud había pretendido. Recordó la única vez que pudo besarla y que su mano con timidez y miedo le tocó el seno derecho.

Reaccionó y volvió a ver al Cristo sangrante y crucificado. Se cuestionó qué hacía en la iglesia, si toda su vida había sido ateo. Escuchó al padre hablar sobre el miedo que se le debe a Dios. Se desconectó del sermón y volvió a recordar las caricias de doña Martha, cara, cuerpo. Su pensamiento estaba cuarenta años atrás cuando sintió una mano sobre su pierna, era la de ella. El profesor Santiago fingió disimular.

Doña Martha llevaba un rebozo tinto, delgado, de algodón suave, que cubría su espalda hasta la cintura, con él cubrió su mano. Todavía la tenía colo-

cada en la pierna derecha del profesor. La dejó en el muslo. Él la sentía como una plancha, caliente. La extremidad se le puso rígida, después de un minuto se le empezó a entumecer, lo invadieron los nervios. ¿Qué ocurría? La mirada de ella seguía absorta en el sacerdote, con timidez volteó a verla, ella no, su vista estaba fija, ninguna gesticulación. La mano seguía ahí.

Se pararon a decir el Padre Nuestro, con un poco de tartamudeo el profesor hizo la oración, sudaba. Al sentarse, doña Martha se acomodó el rebozo. Movi6 su mano, cubierta por el manto, observ6 que estuviera bien tapada, llev6 la mano a la pierna del profesor, busc6 su mano, la tom6. El profesor seguía confundido y tenso, sigui6 la táctica de ella, vio fijo al sacerdote, de quien las palabras no entraban en sus oídos. Afloj6 el brazo por completo, la mano le empez6 a temblar. Con delicadeza, ella la apret6 y en un movimiento arriesgado pero muy bien realizado la jal6 a su cuerpo y la puso en su seno izquierdo. Nadie se percat6. La tela cubría todo. Su mano se qued6 inm6vil. Ella volte6 y le susurr6 en el oído: “Éste nunca me lo tocaste”.

— • —